

De los cuates pa' la raza
Antología



ÍNDICE

Paco Ignacio Taibo	
Gato Culto.....	7
José Agustín	
No pases esa puerta.....	9
Armando Bartra	
Tiempo de carnaval.....	15
Sabina Berman	
Desembarco. A la manera de Esopo. Mis calcetas.....	23
Bernardo Fernández BEF	
Crononáuticas	25
Óscar de la Borbolla	
La madre del metro.....	27
Beatriz Escalante	
El club de la azotea.....	33
Gerardo de la Torre	
La máscara de Muerte Roja.....	39
Germán Dehesa	
Están aventando gente.....	49
Laura Esquivel	
¡Sea por Dios y venga más!.....	57
Paco Ignacio Taibo	
Gato Culto.....	63
Santiago I. Flores	
En un abrir y cerrar de ojos.....	65
Carlos Fuentes	
La post-revolución.....	75
Juan Gelman	
Sobre la poesía.....	83
Enrique González Rojo	
El Hereje.....	87
Juan Hernández Luna	
Para que no te vayas.....	93
Agustín Jiménez	
Sin título.....	95
Eduardo Langagne	
Piedras.....	97

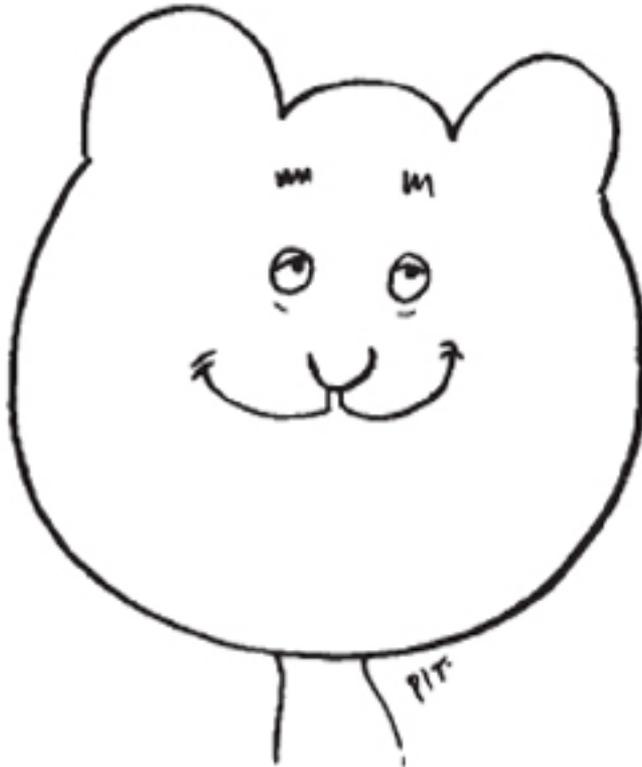
Mónica Lavin	
El desconocido.Más tarde.Despistada.Pretexto Testigo.....	99
Guadalupe Loeza	
El cristal con que se mira.....	103
Sanjuana Martínez	
Sicaro de profesión.....	113
Jorge Moch	
Carne frita.....	121
Carlos Monsiváis	
Era nuestro futuro una red llena de agujeros	133
Carlos Montemayor	
Quiero saber.....	139
Eduardo Monteverde	
Soliloquio.....	141
Humberto Musacchio	
El baile de las tabaqueras.....	147
Thelma Nava	
Los Inquisidores.....	153
Cristina Pacheco	
El viaje imposible.....	157
José Emilio Pacheco	
Manuscritos de Tlatelolco.....	163
Francisco Pérez Arce	
Palabritas.....	169
Elena Poniatowska	
El Chino.....	171
Víctor Ronquillo	
Tres rolas con la música por dentro.....	175
Pedro Salmerón	
Lucio Blanco.....	177
Benito Taibo	
Giordano Bruno.....	183
Paco Ignacio Taibo II	
Apaches en la colonia Granjas México.....	187
Armando Vega- Gil	
Desnudos en la calle.....	193
José Luis Zárate	
Invasión zombie.....	201
Rafael Barajas Durán	
El Figón.....	205

Antología

Gato Culto

Paco I. Taibo

LOS LIBROS MUY CAROS
NO SON PARA LEER.
SINO PARA REGALAR.





Antología

No pases esa puerta

José Agustín

Cuauhtémoc había escapado a tiempo. Unos meses antes Alba, su esposa, supo que la dictadura desataría el terror, y planearon huir. Ella lo hizo primero, para ver a sus amigos y encontrar un sitio adecuado en el que pudiesen trabajar. Él se quedó, siempre con la idea de que Alba exageraba y de que las cosas no resultarían tan mal. Sin embargo, al poco tiempo ocurrieron los primeros secuestros: la gente desaparecía, ya no la volvían a ver nunca más y el terror dominaba a los pobladores. Cuauhtémoc comprendió entonces cuánta razón había tenido su mujer. Logró salir de la ciudad la noche que empezaron los arrestos masivos y a duras penas logró evadir las tropas que marchaban por todos los barrios. Su corazón se ensombreció al ver que no había avisado a ninguno de sus familiares y amigos, que para esas alturas debían hallarse prisioneros del tirano. Pero ya no había nada que hacer, salvo alegrarse de que al menos ellos se habían salvado.

Alba se estableció en la ciudad de G, donde su familia tenía buenos amigos. Le fue muy bien, pues encontró ocupación para ella y para su marido, además de que pudo hospedarse en la legendaria Casa del Sol Poniente, donde residían ancianos jubilados y gente joven que, como ellos, podían entender y apreciar el tipo de vida que se acostumbraba allí. La casa en realidad era un viejo e inmenso palacio. En los te-

De los cuates pa' la raza

chos había fuentes, jardineras y una vista formidable de los volcanes y de las puestas de sol. Allí la gente mayor descansaba a la sombra de las enormes terrazas. En la planta alta se hallaban los grandes salones de la vida en común, los comedores, las salas de estar y de juegos, las cabinas de proyección, las estancias de los festejos y de las grandes reuniones, además de las oficinas de la administración. En la planta alta estaban los pequeños departamentos en donde vivían los ocupantes, todos con recámaras amplias, estancias, cocina, baño y un pequeño jardín con su fuente.

¡Es perfecta!, exclamó Cuauhtémoc, radiante, cuando Alba le mostró la casa. Y aún no conoces los jardines, en realidad son un bosquecito con todo y arroyos y estanques. Y los sótanos, Cuau, son interminables. Un verdadero laberinto. Dicen que en alguna parte, en lo más oscuro, hay una puerta con un cuadro de oro y que por ningún motivo puedes abrir, por nada del mundo. ¿Por qué? No sé, pero esta prohibidísimo. Pues entonces no se diga más, afirmó él, vamos a buscarla. ¿Ahora mismo? Sí, ¿por qué no? Bueno, suspiró Alba, pero nos vamos a perder, es que no los conozco bien, y una vez de plano me perdí. De pura suerte oí que alguien andaba cerca, me puse a pegar de gritos y me encontraron.

Cuauhtémoc pensó que en realidad su mujer siempre había sido más bien torpe para orientarse “medio despistadilla”, decía, en cambio él se ubicaba a la perfección en cualquier parte. Salieron ambos del departamento en donde vivirían y llegaron a la puerta

Antología

que conducía al sótano. En realidad era una soberbia escalinata de mármol que descendía hasta un arco de portón. Oye, es impresionante esto, ¿eh?, comentó Cuauhtémoc. Te dije, sonrió Alba, un tanto nerviosa. Bajaron el portón, que se hallaba abierto, pero, antes de que pudieran traspasarlo, una muchacha de la administración los alcanzó y les dijo que los coordinadores de la casa querían hablar con ellos. Otra vez será, comentó Alba. Cuauhtémoc miró largamente la entrada de los sótanos, y se prometió explorar “ese fascinante subsuelo”.

La ocasión se presentó pronto, y Cuauhtémoc descendió por la escalinata, franqueó el portón y llegó a una estancia de la que salían varios pasillos; tomó uno, al azar, y vio muchos cuartos llenos de libros y mesas para leer o trabajar; algunas personas lo hacían en ese momento y lo saludaron silenciosamente al verlo pasar. Avanzó con buen paso por el pasillo poco iluminado, fascinado por los libros que también había en el pasillo y por los cuadros de las paredes, encantado por la limpia humedad del aire y con la vaga aprensión, ¿a qué?, se preguntaba, pues a perderme, claro, pues el pasillo condujo a nueva bifurcación, y el camino que tomó lo llevó a otra y él ya no sabía por dónde andaba. Se había perdido por completo, demasiado pronto, se quejaba, herido en su amor propio. Por donde avanzaba todas las puertas estaban cerradas, pero ya no sentía curiosidad por asomarse a los cuartos, sino, más bien, cierto temor. Lo hizo en algunos y casi no vio nada por la oscuridad enrarecida

De los cuates pa' la raza

que los velaba, apenas se distinguía algo que semejaba maquinaria por los mortecinos destellos metálicos, o imprecisables muebles de madera oscura y húmeda. Pero nada de eso le importaba gran cosa, pues comprendía que lo que quería era hallar el cuarto con un cuatro de oro en la puerta.

La oscuridad era cada vez mayor. Cuauhtémoc abría puertas y ya ni siquiera se asomaba. Una de ellas llevaba a un nuevo pasillo, más oscuro, y ante él se detuvo. Se quedó muy quieto y trató de que la intuición le dijera si el camino era correcto. El nuevo pasillo se perdía en la oscuridad a los pocos pasos y el sólo enfrentarlos avivó la sensación de angustia calcinante que desde momentos antes lo carcomía suavemente. Advirtió un silencio denso y cargado, solo a lo lejos le parecía oír un goteo y lo llenó una necesidad irracional de cerrar la llave que goteaba. Comprendió, con desesperación creciente, que se hallaba al borde del pánico cuando, para su estupor, con toda claridad sintió que algo lo sujetaba de los hombros, lo hacía girar cuarenta y cinco grados y lo alejaba de ese camino. Avanzó con prisa entre la oscuridad total, rebasando lo que parecían nuevas puertas, penetró en otro corredor, casi corriendo, para entrar en calor porque se congelaba por dentro, se maldecía por haberse metido en ese laberinto interminable. No quería detenerse porque estaba seguro de que escucharía goteos y tictacs; con su estado de ánimo, la oscuridad y el silencio eran una vía regia a las alucinaciones, y ya veía pequeñas explosiones luminosas que se desgranaban en líneas

Antología

destellantes y hacían más negra la oscuridad al desaparecer.

De pronto Cuauhtémoc detuvo lo que para ese entonces era una carrera frenética. El silencio. Era un tenue zumbido que quién sabría de dónde llegaba, pero sí, emanaba de sí mismo, porque las cosas allí tenían su propia forma de silencio. El de Cuauhtémoc hervía, era un estrépito sordo que por fuera, con mucho cuidado, podía percibir como un flujo uniforme y denso. Estaba aterrado. Allí había algo terrible. Su cuerpo se había comprimido, y Cuauhtémoc lo sentía especialmente en una punción dolorosa en los testículos. Aguzó la mirada. Apenas se distinguía un número cuatro de oro en una de las puertas. Su cuerpo no quería moverse pero se desplazó y sí, allí estaba el número. Lo tocó y tuvo que retirar el contacto al instante porque sintió una descarga que en fracciones de segundo lo llevaba a perder el sentido.

El terror era muy vivo y a él sólo se le ocurría vomitar lo más posible y luego salir corriendo de allí. Con toda claridad escuchaba una voz ordenándole que no pasara esa puerta. Sin embargo, Cuauhtémoc convocó las últimas fuerzas y tomó la perilla. ¡No lo hagas!, decía la voz en su interior. Pero él abrió.

Dentro encontró a una mujer completamente desnuda, muy joven: el cabello se le ondulaba sobre los hombros, se perdía en la espalda y realzaba la blancura y la suavidad de la piel, de los pechos, llenos de dureza, de la pendiente de la cintura, del pubis con su dulce vello, y de las piernas. Toda ella parecía frágil

De los cuates pa' la raza

y poderosísima a la vez, había algo rotundo y conmocionante en su perfección, algo insoportablemente glorioso que no se debía ver, y Cuauhtémoc apenas podía retener un hilillo de vida ante la presencia de la mujer, que irradiaba su propia luz cegadora y cuyo rostro perfecto parecía el de una joven y de una anciana, de la eternidad misma.

Los ojos eran terribles, allí había un espacio negro, el vacío total, pero también calor calcinante, una mirada muy dura y severa con una llama de compasión, esto lo vas a pagar, le decía la mirada, no sabes lo que te costará haberte atrevido.

Cuauhtémoc cerró la puerta de golpe. Sabía que estaba a punto de desplomarse como edificio de cenizas si la continuaba viendo. Sintió que infinidad de fuerzas poderosísimas tiraban en todas las direcciones de su cabeza. Se iba a desintegrar. Se hallaba suspendido en una frontera fragilísima. En ese momento de nuevo sintió que algo o alguien lo tomaba y lo hacía girar ciento ochenta grados hasta quedar de espaldas al número cuatro. Cuauhtémoc salió corriendo a toda velocidad por la oscuridad, en medio de tropiezos y golpes. Conforme se alejaba advertía que al fin cedía lo que le desgarraba su interior. Había un poco más de luz cuando de súbito tropezó y quedó bocarriba en un suelo helado, jadeando ruidosamente, aún con deseos de gritar, de aullar. Una profusión caótica hervía en él y lo hizo levantarse, correr de nuevo por los pasillos cada vez más iluminados hasta que encontró la salida del sótano.

Antología

Tiempo de carnaval

Armando Bartra

Cuando las Torres Gemelas caen una y otra vez en obscuro *replay* televisivo mientras los muertos de Manhattan siguen muriendo en Palestina, en Afganistán, en Irak, en Líbano... Cuando el capital virtual coloniza el mundo por la red mientras los colonizados colonizan a pie las metrópolis primermundistas. Cuando el único porvenir disponible se compra en los “contratos de futuros” de la bolsa de valores. Cuando la gran ilusión del siglo XX deviene *ancien régime* y los integrismos envilecen causas que alguna vez fueron justas y generosas. Cuando los niños palestinos que perdieron familia, casa, tierra y patria pierden la vida, la guerra y el alma desmembrando niños judíos. Cuando por no cambiar, todo cambia en una suerte de gatopardismo cósmico. Cuando lo que era sólido se desvanece en una mueca irónica como el gato de Cheshire. Entonces, es hora de darle vuelta al colchón y a la cabeza. Es tiempo de enterrar a los muertos para abrir cancha a los vivos. Es tiempo de carnaval.

Porque a veces somos de izquierda por inercia, por rutina, por flojera de repensar los paradigmas. Y los hay que siguen zurdos sólo para preservar el *look* contestatario que tantos desvelos les costó. Pero hoy, cuando el gran proyecto civilizatorio de la izquierda naufraga y el socialismo tópico, que reveló sus íntimas miserias, es ingresado en la morgue de la historia con

De los cuates pa' la raza

otros cadáveres ilustres como su primo, el Estado de bienestar. Hoy, que se proclama el “fin de la historia” no anunciando el advenimiento del reino de Marx sino la llegada del mercado absoluto. Hoy, que se derrumban muros y mitos, estatuas y dogmas. Hoy, la izquierda apoltronada corre el riesgo de volverse reaccionaria, conservadora, reculante; repetidora de cavernosas consignas; defensora empecinada del doloroso fiasco social en que se convirtió la utopía realizada.

Si izquierda significa riesgo y aventura, si es vivir y pensar en vilo, en el arranque del milenio hay que dejar de ser de izquierda para seguir siendo zurdo. Hay que desembarazarse de rancios usos y costumbres, de fórmulas entrañables pero despostilladas. Hay que reordenar la cabeza, subvertir la biblioteca, vaciar el closet y el disco duro, airear la casa. Hay que disolver matrimonios caducos y enamorarse de nuevo.

La izquierda necesita deshacerse de tiliches desvencijados; abandonar sus ropajes envejecidos, su lenguaje de cliché, su modito de andar como arrastrando los dogmas. La izquierda necesita encuerarse para avanzar “a raíz” en el nuevo milenio. La izquierda necesita una purga de caballo.

Y si después de cuestionarlo todo, de subvertirlo todo, aún encontramos razones para ser zurdos, entonces —y sólo entonces— comenzará a nacer una nueva izquierda. Una izquierda burlona y con humor, porque para sobrellevar nuestros desfiguros y el papelazo que hicimos durante el siglo XX hace falta coraje pero también sentido del ridículo y cierto desparpajo.

Antología

Lo mejor de nosotros, los siniestros, ha emprendido un *magical mystery tour*, un viaje catártico y purificador con música de aquellos setenta. Llevamos poco equipaje, pero en el camino estamos descubriendo prácticas y pensamientos heterodoxos antes soslayados. Aunque también revaloramos nuestra heredad, podamos el árbol genealógico y sin pasar por el diván nos vamos reconciliando con algunos episodios penosos del pasado.

“Que la fantasía expulse a la memoria” escribió Herman Melville en “Moby Dick”. Buena consigna para una izquierda que aún alienta porque ha sido capaz de resistir al fatalismo, de exorcizar los fantasmas del ayer. Pues si algo debemos rescatar del cajón de los trebejos jubilados es que la historia no es destino —ni inercia económica— sino hazaña de la libertad, es decir, de la imaginación.

Cuando los catequistas del mercantilismo difunden machacones los versículos de la teología de la neoliberalización. Cuando impera un nuevo fundamentalismo economicista que ve en el mercado el territorio neutral donde se resuelve el destino de la humanidad por obra y gracia de las fuerzas ciegas, sordas y estúpidas de la libre competencia. Cuando se sataniza a la economía política y se rinde culto a la econometría como presunta ciencia exacta. Cuando se proclama que la economía es dura y la sociedad blanda, de modo que las aspiraciones humanas deben ajustarse a los dictados de la máquina de producir. Cuando se nos quiere hacer creer que la buena vida es

De los cuates pa' la raza

resultado automático del crecimiento y la felicidad *out put* de una matriz econométrica. Entonces, hay que revelarse contra el fatalismo, contra la inercia, contra un destino prefigurado en las cartas del Tarot de las prospecciones financieras. Entonces, hay que reivindicar la socialidad y el proyecto.

Si en la centuria anterior primó la desalmada economía, en la nueva habrá de imperar la sociedad solidaria. Más nos vale. La humanidad no aguanta otro siglo como el anterior. Pero para aplacar al autómeta mercantil, para domesticar a la máquina económica, es necesario reivindicar el porvenir como proyecto; es de vida o muerte recuperar a la historia como afán, como invención, como aventura, como utopía en movimiento.

Y el combate no será sólo contra los intelectuales neoconservadores y los Chicago Boys, también habrá que desembarazarse de los restos del fatalismo libertario, del determinismo económico de izquierda. Porque, en las últimas dos centurias del milenio uno de los saldos de las pasmosas revoluciones industriales, fue la exaltación de la técnica y sus saberes, un culto que se extendió al ámbito de lo social a través de la economía "científica". Cuando el maquinismo fabril devino corazón de una sociedad-máquina regida por los dictados del costo-beneficio, surgieron apologistas del sistema deslumbrados por el "todos ganan" de las "ventajas comparativas", y también profetas de la "tasa decreciente de ganancia" y la crisis ineluctable. Pero

Antología

unos y otros descifraban el porvenir en las entrañas del sistema económico.

“El Capital”, de Carlos Marx, fue la Biblia del nuevo socialismo. Un socialismo que se pretendía “científico” por trascender la pura condena moral de la sociedad burguesa desplegando una crítica rigurosa del sistema económico del gran dinero. Y más allá de las intenciones de su autor, el libro canónico tuvo lecturas fatalistas según, las cuales el desarrollo productivo del capital sería la antesala de un comunismo tan emancipador como ineluctable, que avanzaba montado en las galopantes fuerzas de producción. Así, pese a que el filósofo revolucionario concebía a la libertad como conciencia crítica y como práctica transformadora, su profesión de fe materialista se asimiló al determinismo metafísico de Hegel.

Paradójicamente, las revoluciones del muy revolucionario siglo XX —consumadas varias de ellas en nombre del visionario alemán— fueron un mentís a sus más caras predicciones. El asalto al cielo no se dio en los países industrializados de Europa, donde las embarnecidas fuerzas productivas debían reventar las costuras de las relaciones de producción, sino en las orillas del sistema. Aunque pronosticada por el análisis económico, la Revolución metropolitana no estalló. En cambio la excéntrica y voluntarista Revolución rusa fue el puente con insurrecciones igualmente precoces en países semicoloniales de Oriente. Y si el proletariado industrial era la clase económicamente predestinada a encabezar las luchas por la liberación

De los cuates pa' la raza

definitiva, fue el campesinado —desahuciado por la economía— quien protagonizó las grandes rebeliones del siglo pasado. Y el marxismo se adaptó de grado o por fuerza a las insurgencias realmente existentes.

Llamado a suceder al capitalismo monopolista en los países más desarrollados, el socialismo resultó en la práctica un curso inédito a la modernidad neocapitalista, una vía de industrialización y urbanización recorrida casi siempre por pueblos mayoritariamente campesinos en países económicamente demorados. Anunciado como el principio del fin del Estado dictatorial de clase, el socialismo devino hiperestatismo autoritario. La Revolución resultó una aventura fracasada en sus pretensiones liberadoras radicales y el nuevo orden acabó siendo inhóspita estación de tránsito.

Pero, en otra lectura, el socialismo fue igualmente un proyecto social de largo aliento, una heroica aventura civilizatoria protagonizada por los trabajadores industriales, aunque también, y sobre todo, por los campesinos y otros orilleros. Una excursión histórica emprendida a contrapelo de la bola de cristal de las predicciones económicas. Leer su fracaso como evidencia de que la Revolución ocurrió donde no debía, de modo que los insurrectos pagaron con la derrota de sus ilusiones libertarias la osadía de haber emprendido el asalto al cielo en las orillas y no en el centro; decir, a estas alturas, que la Revolución fracasó porque no sucedió en Europa es desechar un siglo de historia.

Antología

El socialismo realmente existente —de cuál otro podríamos hablar con verdadero provecho los presuntos materialistas— no fue la obra infame de un puñado de malvados ni tampoco un error histórico producto de insurrecciones prematuras o desubicadas. Rescatar de los escombros de las revoluciones fácticas un socialismo irreal, una utopía marxiana que se cumplirá indefectiblemente cuando por fin maduren sus premisas y —entonces sí— tenga lugar la verdadera Revolución, es catalogar de extravío y valorar en muy poco el esfuerzo de millones de seres humanos que dejaron sangre, sudor y lágrimas en la prodigiosa empresa de edificar un orden económico y social más habitable. Si los predestinados alemanes no supieron hacer la Revolución —que sí hicieron los rusos y luego otros orilleros— pues ellos se lo perdieron.

¡Hic Rodhus, hic salta! Buenas, malas o feas, ésas fueron las revoluciones del siglo XX. Probemos ahí la fuerza explicativa de nuestras teorías.



Antología

Desembarco. A la manera de Esopo. Mis calcetas

Sabina Berman

Desembarco

Están tus lienzos, tus pomos de pintura, tus pinceles, tu cuerpo. Tu mano toma carboncillo, medita un instante: traza un barco. Te vuelves a mirarme: desembarcas.

A la manera de Esopo

Había una vez una niña sentada en la playa. El sol blanco del mediodía quemaba tanto, que la niña sentía cómo le arrugaba la cara y se la convertía en otra, como de rana. Se dijo a sí misma:

¡Oh, qué desdicha: tener una cabeza de rana y un cuerpo de humana!

Entonces el sol también empezó a quemarle el cuerpo, hasta volverlo cuerpo de rana.

¡Oh, qué desdicha exclamó más la niña: tener una cabeza y un cuerpo de rana y una mente de humana!

Entonces el sol ardiente la invadió de golpe y le tocó hasta la mente.

¡Oh felicidad murmuró la rana conmovida: tener cuerpo y mente unidos!

De los cuates pa' la raza

Mis calcetas

Me desperté hoy como día a día me despierto: con el despertar de Ernesto: un súbito graznido, un sentarse sobre la cama rotundo, un canturreo idiota mientras busca entre las sábanas sus calcetas y hasta que se las pone. Se duerme vestido. Llega noche a noche cansado, harto de llegar noche a noche cansado, se tira sobre la cama, dice que se pondrá la pijama en cuanto recobre un poco de fuerzas, se duerme. Durante la noche pierde las calcetas. Se soba el pie derecho con la planta del izquierdo y viceversa. Se despierta de golpe, sacudido en un solo movimiento del sueño, se sienta sobre la cama con un graznido (mis calcetas, mis calcetas), revuelve las sábanas cantando no sé qué tierna canción de un negrito y una negra jacarandosa hasta que encuentra y se pone las calcetas. Yo, entre una pestaña y otra, lo observo, me digo: me desperté hoy como día a día me despierto: con el despertar de Ernesto: un súbito y eso y lo demás hasta llegar a cansarme de describir paso a paso el despertar de Ernesto; y decir simplemente que me desperté hoy como día a día me despierto: con el despertar de Ernesto: un súbito y eso y lo demás y me voy sumiendo nuevamente en mi sueño que trata de un hombre que se despierta graznando vestido y sin calcetas.

Antología

Crononáuticas

Bernardo Fernández, Bef

“Ayer moriré. Lo supe pasado mañana”, me dirá el tipo, esperando que yo me sorprenda. Desde luego, le observaré inexpresivo.

“Caeré por accidente en el cretácico, donde un dinosaurio me aplastó el cráneo cuando salgo de la máquina”, continuará diciendo. Luego dará un largo trago, con el que terminará de beberse la cerveza que orinó la semana pasada.

“Vine al último mañana, al que ya no vi. Jamás sabré qué pensé en el momento de morir. ¿Es inevitable?”, y yo asentiré, sabiendo que al tipo no le sirvió de nada.

“En fin, ayer todo valdrá madre, así que al mal paso darle prisa”, y dicho esto se levantará, subirá a su máquina y saldrá hacia ayer, de donde partirá al cretácico.

No será fácil ser crononauta, pero para eso estarán puestas esas estaciones atemporales, donde los navegantes podremos detenernos a echar unos tragos y recordar el futuro.

Si no, nos volveríamos locos.



Antología

La madre del metro

Óscar de la Borbolla

Yo fui el primer niño que nació en el Metro, un día como hoy, hace casi veinte años. Nací en la Línea 1, entre las estaciones Sevilla e Insurgentes. Mi madre, hija de ferrocarrileros y nieta de los hombres que hicieron nuestra Revolución desde los trenes, se empeñó en conocer el Metro a pesar de las advertencias de mis tías de que con esa panza no era bueno ir a inauguraciones tumultuarias.

Se fue de madrugada contra viento y marea y, cuando por la noche, regresó conmigo entre los brazos y yo con un chipote en la mollera, mis tías muy alarmadas, me desvistieron los folletos con los que mi madre me había improvisado una chambrita y unos pañales de papel. Le recriminaron su imprudencia: echarme al mundo en un subterráneo, sin la ayuda aséptica de una partera y todo por no poder aguantarse las ganas de visitar el Metro en esa ocasión: esa fue la defensa de mamá. Las tías soltaron unas palabrotas injuriosas, me exprimieron unos limones en los ojos para prevenir una infección y, como mis alaridos terminaron de enojarlas, mi madre y yo fuimos expulsados a la calle. Yo, por supuesto, no me acuerdo de nada; pero mi madre me contó mil veces los pormenores de esa calamitosa noche en que vagamos por las calles de México, de zaguán en zaguán, buscando un techo para protegernos de la lluvia, porque llovía a cántaros rotos y

De los cuates pa' la raza

los perros aullaban de frío; y su principal preocupación era que los túneles del Metro fueran a inundarse, porque si eso ocurría se iban a oxidar los flamantes vagones anaranjados y los rieles se mancharían con lamparones de salitre. Llovió toda la noche, pero los túneles amanecieron secos y los vagones impecables como el día anterior. Ella y yo, en cambio, despertamos ensopados debajo de unas hojas de periódico en las que se había deslavado la noticia de la inauguración del Metro.

Yo estaba muy pequeño y me faltaban fuerzas para exigir mi desayuno de calostro, para oponerme a la decisión de mi madre de acudir, en cuanto abrieran, a comprobar el estado del Metro, a revisar si de veras funcionaba el drenaje, a ver si todo seguía en orden y, por eso, la acompañé en ayunas, llore y llore, de una estación a otra hasta que unos usuarios, hartos de mis berridos, intercedieron por mí pidiéndole a mi madre me tapara la boca con algo. Fue mi primera comida en este mundo, y me atraganté cuanto quise porque mamá, distraída con el paso de la pared de afuera de la ventanilla, me dejó hacer y deshacer. A media mañana era un bebé feliz, un bebé sano, contento y encuerado que por la noche iba a volver a casa de sus tías junto con una madre arrepentida que juraba portarse bien de ahí en adelante y obedecer a sus hermanas mayores.

También en el Metro conocí a mi padre: tendría diez años por aquel entonces, y diariamente al salir de la escuela iba a pararme en el andén de la es-

Antología

tación Tlatelolco para interceptar a mamá que ahí se bajaba con la intención de hacer un nuevo transbordo. Discutíamos porque ya eran las tres, hora de la comida, y ella deseaba seguir paseando, cuando reparé en un hombre con overol de mezclilla y gorro de fogonero que en el andén contrario gritaba el nombre de mi madre y nos hacía unas señas con un paliacate rojo. Allá enfrente hay un señor que te habla, le dije a mi mamá, y ella, al verlo, se puso a lanzar besos con la mano y a gritar que este escuincle, refiriéndose a mí, es tu hijo, ¡míralo!, me cargó hasta el peligroso borde del andén para que el hombre me viera mejor, y a mí me dijo con los ojos arrasados de lágrimas: Ése que está allí es tu padre.

Yo, confundido, levanté la mano para saludarlo; pero en ese momento llegó un convoy anaranjado y se interpuso entre nosotros: mi padre entró al vagón que nos quedaba justo enfrente, sacó la cabeza por la ventanilla y sólo alcancé a oír la frase “mucho gusto”, pues en ese instante arrancó el tren y se lo llevó para siempre y no volví a mirarlo nunca, aunque mi madre me prometió que a la primera oportunidad iríamos a platicar con él a su trabajo, porque era un mayordomo de vía en Buenavista, un ferrocarrilero muy amable que a ella, cierta vez, le había mostrado un carro Pullman, y porque el lugar era hermoso: una especie de museo a la intemperie, un deshuesadero de chatarra donde había las cosas más lindas del mundo: locomotoras, ruedas de tren y ejes, clavos enormes para clavar durmientes, rieles amontonados,

De los cuates pa' la raza

tornos y fresadoras descompuestas, todo un cementerio ferroviario, y entre esas maravillas trabajaba mi padre.

Jamás fuimos porque yo no debía faltar a la escuela y porque mi madre, aunque yo tuviera vacaciones, prefería sus acostumbrados recorridos en Metro: las nuevas líneas, la red subterránea que surca hacia todos los rumbos el subsuelo de México, los ríos de gente que contagiaban a mi madre con su ímpetu y su decisión de llegar, las estaciones terminales con su bullicio de combis y trolebuses, las horas pico en las que no cabe un alfiler y uno se siente soldado a los demás; los tubos para detenerse, tibios y resbalosos, barnizados y rebarnizados con infinitas capas de sudor que los convierten en lo más liso de cuanto existe en el Universo y, muy en especial, los espectáculos artísticos gratuitos a cargo de la legión de limosneros cantores eran, sumados a la velocidad del Metro, unos atractivos que hacían que mamá no fallara nunca, que se la pasara yendo y viniendo hipnotizada desde temprano hasta que yo aparecía para convencerla de que ya era hora de volver a casa.

Y sucedió lo previsible, lo vaticinado por mis tías, lo que yo mismo temí cuando las interconexiones de las líneas multiplicaron las alternativas del andar errático de mi madre: Un día, precisamente el día en que muy ufano me presenté en el andén de Tlatelolco con mi certificado de secundaria, mi madre no llegó: la esperé toda la tarde y la noche hasta que el guardia me dijo que debía desalojar porque la estación estaba

Antología

a punto de cerrarse. Regresé al otro día y al siguiente y durante un mes entero estuve ahí buscando a mi madre entre la multitud.

Han pasado cinco años desde que la perdí, y cada que puedo vengo al Metro con la esperanza de encontrarla. A veces creo verla en un vagón que se aleja en sentido contrario de aquél en el que voy, y a veces también, cuando salgo por la boca del Metro entre los apretones y los empujones, siento que nazco a la intemperie de México, siento que me asomo al mundo por primera vez, y eso me la recuerda.



Antología

El club de la azotea

Beatriz Escalante

Bajen ese domo gritó la señora Lupita mientras se cubría el cuerpo enjabonado con una toalla de flores que el chorro de la regadera empapó inmediatamente. Por el rectángulo de cielo recién abierto en el techo del baño, asomaban dos pares de ojos infantiles y una frente pequeña sobre la que se agitaba un fleco lacio de color café.

¡Vuelvan a poner el domo, escuincles desgraciados! Ninguno obedeció. Corrieron entre los tanques de gas, esquivando las mortales zotehuelas, las antenas de televisión y los cables que manchaban todo con su óxido; se descolgaron por la escalera que daba al patio de la casa de Araceli y, después de recibir a Lalo, que era muy pequeño para saltar solo, y de bajar el *switch* de la luz para que no pudiera verlos el esposo de la señora Lupita, se escondieron junto al refrigerador.

¿A él nunca lo han visto? preguntó Lalo.

Sólo en el excusado dijo Araceli y las carcajadas no se hicieron esperar.

En cambio, el esposo de la señora Lupita sí se hizo esperar: no estaba de humor para vestirse e ir a una casa donde jamás hallaba a un maldito adulto con quien quejarse. Para Marcela y Araceli, todos los días eran idénticos: meterse al jardín de la casa abandonada a cazar chapulines o a mirar la transformación de

De los cuates pa' la raza

los ajolotes en el agua verdosa de los charcos; pasársela jugando avión o escondidas en su club de la azotea: un solitario cuarto de servicio situado al final de su territorio, en el límite de esa geografía gris de tenderos y tanques de gas, que era casi el paraíso. Pero esa tarde ellas no querían estar en el club, sino en la calle mirando lo que parecía ser una casa en obra negra.

Ahora sí vamos a entrar a los cuartos de la casa abandonada le dijo Marcela en secreto a Araceli, quien veía en esa construcción la azotea que tanto necesitaban, el puente indispensable entre sus dominios y la casa abandonada y, por eso, aunque unos perros se pusieron a copular a media calle, Araceli y Marcela no se rieron, ni se sonrojaron, ni se dieron de codazos como otras veces.

¿Hasta qué horas empieza el juego? se quejó Lalo.

Nosotras vamos a hacer un plan dijo Araceli, tú vete.

Si no me dejas quedarme te acuso con mi mamá.

Si tú me acusas, yo le cuento que te castigaron toda la semana sin recreo por burro. ¡Ay, Lalo!, ya lárgate con los niñitos de tu edad, ¿no ves que queremos estar solas? Y Lalo, con la capa de Batman que sus abuelos le acababan de regalar por su cumpleaños, se fue a la banqueta de enfrente, a ver a los niños que jugaban a las canicas y que no le permitían participar porque “siempre andas con viejas, maricón”. Los albañiles fueron vigilados por Marcela y Araceli durante

Antología

muchos días, tantos, que casi se llenaron las páginas de ejercicios de los libros de texto, los últimos de la vida, pues en secundaria “no hay libros de texto, ni tareas, ni horarios, ni quién se fije en si te vuelas una clase o si te vas de pinta”, aseguraba Araceli con los párpados semicerrados, para que esa visión de libertad no fuera a fugársele.

Por fin, el cemento fresco de la construcción alcanzó el nivel de las azoteas: ya no había separación entre el territorio continuo y la zona prohibida. Esa misma noche, cuando el reloj de la sala marcó las diez, Lalo y Araceli ascendieron por la escalera del patio. En cuanto estuvieron arriba, él se dedicó a brincar un cable de un lado para el otro ininterrumpidamente; en cambio, Araceli se sentó en el tanque estacionario de gas y, con la vista a lo lejos, esperó a su amiga casi una hora.

Ojalá mi mamá también trabajara en un hospital dijo Marcela justificando su retraso cuando al fin apareció.

Llevaba una linterna. Desde la nueva construcción, sembrada de varillas y costales, proyectaron el cono de luz sobre la azotea de la casa abandonada, por fin podían alcanzarla, abrir la puerta y entrar uno tras otro muertos de miedo y de risa, “porque en esta casa todo suena distinto”, dijo Araceli. “Es sólo el eco”, respondió Marcela. “No, no es cierto, me quiero ir, me siento mal, la ropa me aprieta”, dijo Araceli, mejor vámonos, insistió, y al tomar de la mano a su hermanito sintió unos dedos anchos, grandes, que la hicieron

De los cuates pa' la raza

gritar. “No te asustes, soy Lalo”, dijo una voz grave de adulto. “¿Qué pasa?”, preguntó Marcela y también desconoció su voz. “Vámonos”, gritaron los tres y, al correr hacia la azotea, descubrieron que tampoco sus pasos medían lo de antes. Marcela dirigió la luz de la linterna hacia su propio cuerpo y aterrada miró que ya no tenía el pecho plano. Tropezando y entre gritos salieron de la casa abandonada, saltaron de una azotea a otra hasta llegar a sus dominios y ni siquiera ahí se detuvieron, tenían que refugiarse en la casa de Araceli, esconderse a un lado del refrigerador. Al verse pálidos por el susto y la cal empezaron a reír.

“Crecimos”, dijo Marcela. “No, no es cierto, sólo nos asustamos”, dijo Araceli. “Crecimos repitió Marcela, por eso reventó nuestra ropa”. “Mentira, se rompió cuando corríamos.” Para Araceli ser grande no tenía ventajas: equivalía a convertirse en enfermera como su mamá; a cuidar enfermos que invariablemente terminaban muriendo. Le costó trabajo dormirse; soñó que atravesaba de un cuarto a otro un hospital en forma de pasillo, un tren cuyos vagones desembocaban en un anfiteatro.

“Yo no quiero volver a esa casa”, dijo Araceli la noche siguiente cuando, otra vez en la azotea, Marcela y Lalo estaban decididos a aclarar el misterio. “Porque yo crecí, yo sí crecí”, dijo Lalo deseoso de ser grande para bajar a la calle y desquitarse de los niños que no querían jugar con él y lo llamaban maricón. Pero, por más que intentaron convencerla, Araceli se quedó en la zona segura de las azoteas, sin aventurarse siquie-

Antología

ra, a ir hasta la construcción que durante el día había avanzado un poco.

Como si estuvieran en la casa de los espejos, pero sin risas, cada uno observó la transformación en el otro. Marcela acarició la cara de Lalo y, por primera vez, lo áspero de una barba no le resultó desagradable. Lalo, al mirar que el vestido de Marcela casi no la cubría, descubrió que esas piernas de muslos bien formados provocaban en él una sensación desconocida que lo hacía acercarse y buscar el contacto. Marcela sintió que se erizaba. Afuera, arriba, desde la escalera, sin atreverse a descender, Araceli les gritaba que volvieran, que llevaban horas allá abajo, que iría a pedir ayuda si no subían cuanto antes. Y regresaron: callados, sin mirarse. Araceli les reclamó su silencio: se pierden y encima no quieren contarme nada. “Les juro que la próxima vez yo también entro.” Pero, aunque los tres lo desearon y no hicieron otra cosa que pensar en volver a la casa abandonada, no lo lograron: al día siguiente y al siguiente y durante varias semanas, la construcción que les había permitido cruzar fue vigilada todo el tiempo por una cuadrilla de albañiles que les impidió el paso. Levantaron otro piso y otro más hasta que acabaron armando un edificio frente al que, una tarde, Marcela y Lalo comprendieron que ese atajo para encontrarse siendo adultos se había perdido.



Antología

La máscara de Muerte Roja

Gerardo de la Torre

—Tenía encendida una vela a Dios y otra al Diablo— dice Dionisia Primera. Y en seguida procede a explicar que Muerte Roja (de nombre real José Luis Domínguez, originario de Acayucan, Veracruz, 32 años en el momento de su muerte) se hallaba decidido a convertirse en el número uno, el luchador que arrastraría multitudes a la taquilla, y en consecuencia pasaba las horas en el gimnasio levantando pesas, fatigando la caminadora y la bicicleta fija, dándole a la pera y el costal, estudiando las posibilidades de la acolchada palestra porque para ser el más grande no bastaban las capacidades atléticas y la astucia en el combate, era necesario darle vuelo a la imaginación y arrastrar al público a escenarios inesperados. Seré el más amado de los luchadores, afirmaba Muerte Roja. Y Dionisia le decía que era ya el más amado, ningún otro recibía de ella tanto amor.

La vela encendida a Dios tenía la encomienda de asegurar para Muerte Roja los triunfos en el enloñado, incluidas lucrativas presentaciones en arenas de Los Ángeles, Houston, Chicago y quizás en las remotas tierras del sol naciente.

Y si Dios le fallaba, el recurso del Diablo consistiría en proporcionarle una plaza en la policía judicial, prometida por el comandante Cansinos, en sus tiempos de luchador conocido como La Bestia, que cada

De los cuates pa' la raza

viernes acudía a la Arena México y luego se llevaba a Muerte Roja a jugar dominó y beber cubalibres, o bien iban a los cabaretuchos de la colonia Obrera donde los meseros, los músicos, las empingorotadas damas y aun el gerente atendían al comandante a cuerpo de rey: cuando se le ofrezca bailar, ya sabe, comandante, ¿le tocamos la de siempre, comandante?, ¿una de güisqui, comandante?

Pero decía Cansinos que el güisqui era para maricones y demandaba buen ron jamaquino y todos los viernes, al filo de la tercera ronda, fuese en la taberna del dominó o en el ámbito lúgubre del salón de baile, colocaba el índice impetuoso, un dedo grueso y torcido como todos sus dedos, en el pecho del joven gladiador y proclamaba: cuando te retires, Muerte, cuenta con esa chamba, te voy a hacer un investigador chingón, mi brazo derecho.

Y Muerte Roja le agradecía y luego, en el departamento que compartía con Dionisia, alegre se pavoneaba ante la reina pueblerina, alardeaba de las expectativas de su vida: sería el más grande en los encordados o el mejor en la corporación. Dionisia Primera meneaba la cabeza de arriba abajo y de abajo arriba, jamás puso en duda ni una cosa ni otra, aunque desde luego se inclinaba por el éxito deportivo y, como si fuese dueña de premoniciones, sentía cierta aversión a la salida policiaca. Aunque el comandante Cansinos se empeñara en negarlo, mucho tuvo él que ver con la mala vida y la mala muerte de José Luis.

Antología

—Pero ni una ni otra vela surtieron efecto— refiere Dionisia—, y lo curioso es que en esto intervino un enmascarado de nombre Utopía.

Mucho antes de que el pasante de arquitectura Utopía, campeón universitario de lucha olímpica en la categoría de los pesos medios, decidiera hacerse luchador profesional, mucho antes de que se diseñara un atuendo azul pálido, decorada la máscara con el símbolo del infinito, Dionisia Primera fue coronada reina de las fiestas de la sidra en Acaxochitlán, Hidalgo, y esa noche, en el baile que siguió a la gran función de lucha, tres combates preliminares y titánica (así lo anunciaba el programa) batalla campal en la que salió vencedor Muerte Roja, el luchador se acercó a la reina y le pidió la siguiente pieza. Bailaron dos, luego Dionisia cedió al acoso de los admiradores y se fue a bailar cumbias, merengues y danzones, mientras en una mesa los luchadores, cuatro de ellos enmascarados, arrogantes concedían autógrafos y, sin desairar cervezas y cubalibres, se preguntaban si la soberana tendría bonitas piernas, ocultas esa noche bajo un largo vestido de suave color verde.

Muerte Roja logró averiguarlo dos semanas después. Durante la última tanda de piezas que había bailado con la reina, concertó cita para la tarde de un sábado en la cercana Tulancingo, donde lucharía esa noche. Dionisia aceptó el encuentro, a condición de que Muerte Roja se presentara en su carácter de José Luis Domínguez, es decir, sin máscara. ¿Pero entonces

De los cuates pa' la raza

cómo vas a reconocermé?, inquirió el luchador. Pues muy fácil, te enrollas esta mascada en el pescuezo, dijo la reina y ofreció un pañolón de color naranja que llevaba al cuello.

Habían quedado de verse en un cafecito en el centro de la población, a un costado de la iglesia parroquial. Muerte Roja, en efecto, llevaba puesto el pañuelo, pero también la máscara. Dionisia, ataviada con un vestido corto y ajustado, zapatos altos, las lindas piernas al desnudo, mostró un gesto de decepción o de molestia. Es que no me hallo sin este trapo, dijo el enmascarado a manera de disculpa. Y Dionisia, sagaz, irrespetuosa, replicó: lo que pasa es que seguro eres muy feo. Muerte Roja soltó la carcajada, un estallido vivaz y contundente que agradó a la reina. Desde el baile le había gustado la voz del luchador, la risa alta-nera, y lo poco que dejaba ver la máscara, unos oscuros ojos briosos, labios abultados, inmaculada dentadura.

Prometió Muerte Roja que esa noche, sin falta, después de la función se despojaría de la máscara. Pero tiene que ser en un lugar privado, íntimo, fuera de las miradas de la gente. Abrió Dionisia unos ojos desmesurados, dejó ver luego una sonrisa de mujer astuta. Qué dijiste, ya cayó la tonta, ni creas que voy a entrar al hotel contigo. Trabajo le costó a Muerte Roja, a lo largo de un par de cafés, convencerla de que no era esa su intención, lo único que en verdad deseaba, juró por lo más sagrado, era proteger su anonimato. De cualquier modo dijo Dionisia que no pensaba

Antología

quedarse a la función, y en el borde del atardecer el enmascarado, que un par de veces tuvo que detenerse a firmar autógrafos, la acompañó a la salida de autobuses. Unos segundos antes de subir al que la depositaría en Acaxochitlán, Dionisia puso en manos del luchador, cuyo rostro no podemos saber si mostraba indignación o desconcierto, un trozo de papel con sus señas: Dionisia Villada, calle Topiltzin 47. Ya sabes dónde encontrarme, se despidió.

—La noche del accidente, un viernes, me despertó el teléfono a eso de la una de la mañana —dice Dionisia. Era el comandante Cansinos. Tenía yo que ir de volada al Centro Médico, donde habían internado a José Luis. ¿Pues qué le pasó? No me lo quiso decir. Que estuviera lista, en diez minutos pasarían por mí.

No había transcurrido una semana y ya Muerte Roja estaba tocando a la puerta del número 47 de la calle Topiltzin. Era una casita de dos pisos —arriba, tres dormitorios y un baño; abajo, cocina grande, baño y una sala comedor donde se apretujaban los muebles— pintada de un azul desteñido. Abrió una mujer de cuarenta y tantos, enjuta, cuyos rasgos hacían recordar, lejanamente, los de Dionisia: la nariz recta y fina, semejantes ojos castaños. Pásele, la Nicha no tarda en bajar. Como si lo esperasen, como si fuera un visitante asiduo o la reina hubiese adivinado que se trataba de él. Siéntese, no demora. Y minutos después Dionisia Primera bajó la escalinata como una reina

De los cuates pa' la raza

auténtica. De pie, Muerte Roja, sosegado, comenzó a desatar la cinta de la máscara.

Duró el noviazgo nueve semanas justas, al cabo de las cuales el gladiador y la reina se casaron en la oficina municipal en presencia de Fermín Villada, tablero, Engracia Pérez, hogar, y dos hermanos de la novia. Y, por la parte del contrayente, tres luchadores que habían prescindido de las máscaras y el comandante Cansinos, quien al cabo pagó el banquete en el mejor restaurante acaxochiteco: sopa de hongos, mixiotes de carnero y abundantes tequilas, cervezas y cubalibres. Viajaron esa noche marido y mujer a Cuernavaca, donde al día siguiente Muerte Roja participó en una contienda de parejas, y luego se instalaron en el departamento repleto de trofeos, tapizados los muros con diplomas y fotografías, que el luchador poseía en la colonia Tabacalera, el mismo departamento en el cual una noche, dos años después, Dionisia Primera recibiría la llamada que anunciaba el golpe que el destino asestó al enmascarado.

En el hospital la esperaba el comandante fatigando un pasillo en el que ni siquiera le permitían fumar. Nada grave, informó el sudoroso judicial, pero lo están sometiendo a una operación larga y complicada. El accidente había ocurrido durante el combate estelar, un mano a mano entre Muerte Roja, campeón de peso semicompleto de la estirpe de los malvados, y el limpio y elegante Utopía. Se disponía a saltar enardecido Muerte Roja de lo alto de un poste y un resbalón lo echó a tierra en una caída para la que no estaba pre-

Antología

parado. Fractura múltiple y expuesta de la articulación de la cadera, dictaminaron los médicos y acto seguido lo introdujeron al quirófano.

Dos meses permaneció Muerte Roja en el hospital. Lo único que preocupaba al luchador era si quedaría bien. Decían los médicos que dependía de la paciencia, de la constancia, de la voluntad que pusiera en su rehabilitación, hidroterapia, masajes, medicamentos, un largo y tedioso programa de ejercicios. A veces, pesimista, Muerte Roja apoyaba la cabeza en el hombro de Dionisia, que iba a visitarlo todas las tardes, y prorrumplía en llanto: no voy a quedar bien, tengo el presentimiento de que no volveré a luchar. Ya verás que sí, lo consolaba la reina, y si no, tienes el trabajo que te ofreció Cansinos.

—Pero no quedó bien y las dos velas se le apagaron de manera simultánea —dice Dionisia. Porque tullido, cojo, no pudo regresar a las luchas ni lo aceptaron en la corporación.

Sólo una vez más usó Muerte Roja la máscara escarlata con el monograma MR bordado en negro sobre la frente. Al final, el último día de su existencia. Los casi cuatro años que mediaron entre su retiro y el momento fatal, si bien mustios, transcurrieron apacibles, o al menos así lo suponía Dionisia. La verdad la reveló después el comandante.

El luchador retirado había abierto un negocio de alquiler de videos. Por la mañana lo atendía una empleada y todas las tardes, después de la siesta, se presentaba Muerte Roja, a quien ya solamente el

De los cuates pa' la raza

comandante Cansinos y algunos compañeros del oficio conocían por ese apelativo. Buenas tardes, señor Domínguez, hoy fue un día flojo, señor Domínguez. Se ponían a hacer cuentas y el agreste propietario se quedaba en el local hasta las nueve o diez de la noche. Todos los viernes pasaba a recogerlo Cansinos y, como si nada hubiese cambiado, iban a la cantina y a los cabarés de los días de gloria. Una vez, a eso de medianoche entró al teléfono móvil una llamada urgente para el comandante. Ni modo, dijo Cansinos en cuanto cerró el aparato, hay que ir a la comandancia, parece que ya tienen a los secuestradores del banquero, ¿nos acompañas, Muerte? Dijo Muerte Roja que no tenía nada mejor que hacer y subió al auto con ellos.

En la comandancia entraron a un cuarto de paredes desnudas, sin ventanas y sin más mobiliario que un par de sillas. En una se hallaba sentado el que señalaban como cabecilla de una banda de plagarios. ¿Eres devoto de la virgen de Guadalupe?, le preguntó Cansinos. El detenido dijo entre dientes algo indecifrible y el comandante le asestó un bofetón que lo derribó de la silla. Conmigo vas a hablar claro, cabrón. Media hora después, el detenido había dicho todo lo que Cansinos deseaba saber. Es tuyo, Muerte, interrógalo, invitó el comandante. ¿Pero qué le pregunto? Pues pregúntale quién se anda cogiendo a su mamacita. Hubo una risotada y José Luis Domínguez, arrastrando la pierna derecha, se acercó al prisionero, tomándolo de la cabellera mantuvo unos segundos la cabeza echada atrás, expuso el rostro lacerado a la bri-

Antología

llante luz del techo. Luego, con la mano libre descargó un bofetón en la mejilla, otro, un puñetazo que abrió la piel sobre el pómulo.

Le tomó gusto a la calentada, reveló el comandante en el interrogatorio de Dionisia Primera. Semana a semana pedía Muerte Roja que lo invitaran a las mazmorras y al menos un viernes de cada mes el comandante le permitía ensañarse con algún detenido miserable. Eso le hacía bien, pensaba Cansinos, le ayudaba a desahogar tanta amargura. Pero una noche de alcoholes, a dos semanas de su fin, le dijo Muerte Roja que no podía más con ese fardo y estaba dispuesto a confesar a Dionisia su perversidad. Seguramente te lo platicó y lo mataste, dijo el comandante en el interrogatorio, lo considerabas un cerdo, no sólo le gustaba golpear a aquellos pobres diablos, a ti también te maltrataba. No, comandante, para nada, José Luis nunca me hizo daño, y juro que nunca supe de las golpizas. ¿Entonces por qué lo mataste? Fue un accidente, sucedió como le dije. ¿Y crees que vamos a aceptar esa versión descabellada?

Inusitadamente, aquella noche José Luis se había puesto el viejo atuendo de luchador. Zapatillas negras y medias deportivas rojas, calzón negro, máscara del color de la sangre viva. Llevaba en la mano una pistola. Se sentó en la cama al lado de Dionisia y le ofreció el arma. Ten, tómalala. No quiero, no me gustan esas cosas. Tómalala. Se apoderó de la mano de la reina de las fiestas de la sidra, la obligó a asir el arma. Qué pequeña es la muerte, dijo el luchador, cabe en este pe-

De los cuates pa' la raza

dazo de metal. Tengo miedo, no me gustan las armas, dijo ella. Muerte Roja sacó el cargador de la pistola. Ya no tienes por qué temerle. La devolvió a Dionisia, guió sus movimientos. Levántala, eso es, apunta a mi frente, tira del gatillo. Vio la reina por última vez los ojos intensos de Muerte Roja. Hubo un estruendo, un fogonazo.

—Fue como si nos hubiéramos muerto juntos —dice Dionisia.

No agrega más. Se repliega en la vastedad del catre y, encogida, ausente, permanece con la vista fija en un rugoso muro del aposento. Una de las reclusas que han estado escuchando tiende la mano hacia la suave cabellera oscura de Dionisia Primera.

Antología

Están aventando gente

Germán Dehesa

I

La realidad es, además de inverosímil, molestísima. Yo llevo 45 años tratando de evitarla, pero no hay manera. Terca, tenaz y emperrada me alcanza esté yo donde esté. Ahí tienen, por ejemplo, el lunes 26 de febrero; salvo el inusual y pelado frío que reinaba, esa fiera que es la realidad parecía dormir en calma. El día lo consumí en mis habituales faenas y ya hacia la noche, y faltándome todavía una junta de trabajo, me comuniqué a la humilde casa de ustedes nada más porque soy decente y para que se vea que estoy atento a lo que ocurre en el hogar. Lo que ni yo ni nadie podía prever era que en ese exacto momento se estuviera desencadenando en mi hogar una tragedia que, según un rápido análisis, tiene elementos de Las troyanas, La Celestina, Romeo y Julieta y todo esto en versión de José Alfredo Jiménez.

La heroína (*to say the least*) se llama Lola (nombre pasional y sospechosísimo) y trabaja, en calidad de auxiliar doméstica, en la casa que está junto a la mía. Según se desprende de las primeras averiguaciones, la arrebatada Lola tenía hasta el momento una foja de servicios intachable: cumplida, ordenada y “muy acomedida” es lo que declara de ella su patrona. Todo esto fue así hasta el domingo 25, fecha en la cual la feroz Lola recibió la infausta nueva (el cochino chis-

De los cuates pa' la raza

me) de que un jovencito con el que ella cultivaba una incipiente pero tórrida pasión y con el cual ya había tenido, como diría mi abuela, sus dares y sus tomares, le era ostensible y bellacamente infiel con otra joven-cita cuyo nombre no ha podido obtener este cronista. Pongamos que se llama Enedina. Saber esto y caer en el negro y profundo pozo de la melancolía fue todo uno para la hipersensible Lola.

Las primeras luces del día lunes la sorprendieron ojerosa y en calidad de quelite hervido. Todavía, en un último y heroico alarde de servicio, bajó a servir el desayuno, tender las camas, darle “una alzada” a la casa (todo esto fue tomado de la pintoresca declaración de la patrona) y preparar y servir la comida. Al término del refrigerio, y mientras acumulaba los trastos en el fregadero, anunció su decisión de retirarse a sus habitaciones y ya no bajar a servir la cena (“por rotura de sonaja me retiro de la danza”, como diría Sonia Amelio). Su enigmática explicación para tan extraña conducta fue: “es que me siento muy triste”. Los patrones, que son más bien poco inquisitivos, aceptaron tal declaración y se olvidaron del asunto. Lola no.

Lola se trepó a la azotea, se atrinchiló en su cuarto y de su buró extrajo una novísima botella de Bacardí que procedió a ingerir entera con la calma, la atención y la concentración que un menester así requiere. Entre vaso y vaso tarareaba aquello de que nos entierren juntos y en la misma tumba. Ya con la uva totalmente a su favor (en este caso la caña y la quími-

Antología

ca) la ferocísima Lola decidió hacer la prueba. No la del añejo, no la del viento, sino la de la resistencia del piso en directa colisión con su muy extraño cuerpo. Ejecutiva como es, la gran Lola se trepó a la barda de la azotea. Desde allí se contemplan dos posibilidades: caer al patio común, que es de durísimo adoquín, o caer en el jardín de los Dehesa, cubierto por un fino y costosísimo pasto inglés amorosamente cuidado por la Tatcher.

Dejemos a Lola en el pretil. Si ustedes quieren saber dónde azotó Lola y todo lo que de ahí siguió, no se pierdan el próximo capítulo de esta desgarradora serie.

Marzo 7, 1990

II

Lola está en el pretil. Pasión y ron doméstico. Si su intención era arrojarla contra el patio y quedar ahí estampada en calidad de calcomanía de verificación, su fracaso fue absoluto. Ahora bien, si su intención fue, desde un principio, caer en el jardín de los Dehesa con un extraño sonido como de aguayón cuando lo ablandan, su éxito fue total. La pequeña Carlos, que ya ha presenciado aguaceros, granizadas y un eclipse parcial de luna, tuvo ahora oportunidad de ampliar su repertorio de experiencias viendo el nada majestuoso vuelo de Lola, que surcó los aires cual meteorito mazahua y se incrustó toda ella unos veinte centímetros en nuestro cuidadísimo césped. Todavía hoy la pequeña sigue mirando insistentemente hacia los cielos en

De los cuates pa' la raza

previsión de que, en cualquier momento, caiga alguna de sus abuelas o su tía Maruca.

La pequeñísima veía a Lola incrustada en el pasto como bajorrelieve maya, volteaba hacia arriba y algo intuía de que las cosas no estaban marchando normalmente. No tuvo tiempo de elaborar más. En tromba aparecieron Josefina, Juana Inés y la Thatcher que —esto me lo explicó después— providencialmente se le había hecho tarde (sólo se le hace tarde 300 días hábiles al año). Josefina quería llevarse a la pequeña Carlos para que no viera el espectáculo y para darle un migajón que le recogiera la bilis. Juana Inés estaba petrificada y, víctima del síndrome de Ferriz, no sabía si reír o llorar. La Thatcher se disponía a hablarle a la Cruz Roja y las cuatro féminas estaban realmente descontroladas. La única tranquila, con esa serena catatonia que sólo las bebidas nacionales proporcionan, era Lola. Se levantó no sin cierto tambaleo, apreció el horizonte no sin algún desconcierto y acto seguido emprendió el camino escaleras arriba. “¡Se va a tirar otra vez!”, gritó Josefina, que siempre ha tenido la oculta vocación de Casandra.

La Thatcher soltó el teléfono (y miren que se necesita), la púber reaccionó de su marasmo, la pequeña Carlos palmoteaba presintiendo el bis y todas corrían detrás de Lola en una maniobra que en el fútbol americano es conocida como “tacleo pandilla”. Mientras esto sucedía en la casa 6, en la casa 4 el patrón de Lola, el único responsable ante Dios, ante el estado y ante la sociedad civil del destino de Lola, estaba en su

Antología

camita enfundado en una bata azul de seda que compró a plazos disponiéndose a ver en la tele El hombre del brazo de oro. Brazo de oro fue el que necesitó la robusta Thatcher para, más o menos, reducir al orden a la enloquecida Lola, que se retorció como almeja con limón y gritaba lo mejor del hit parade de las leperadas nacionales.

Llegó la Cruz Roja. La Thatcher dejó a Lola en manos de los ambulantes y se retiró discretamente a “darse una arregladita”. No era cosa de que los ambulantes la vieran “de cara lavada”. El panorama cada vez era más sombrío. Los ambulantes se negaban a llevarse a Lola porque no tenía ninguna herida. A destiempo comenté que si la hubieran dejado tirarse otra vez, ese impedimento hubiera sido superado. Lo malo es que yo no estaba ahí y en mi ausencia (sin mi freno moral) la Thatcher discurre puras insensateces. En vista de que los ambulantes no querían recibir la mercancía, la Thatcher no halló mejor solución que acomodar a la frustrada suicida en una recámara y que ahí los ambulantes la amarraran a la cama, mientras Lola canturreaba vigorosamente las obras completas de José Alfredo y citaba párrafos enteros de Picardía mexicana.

Los ambulantes se retiraron. Treinta segundos después, llegué yo. De las tremendas e inesperadas cosas que sucedieron a partir de mi llegada se enterará el paciente y avisado lector que lea el tercer y final capítulo de este drama doméstico.

Marzo 10, 1990

De los cuates pa' la raza

III

Todavía no termino de narrar la increíble y triste historia de Lola la voladora y ya los parientes y vecinos, azuzados por la Tatcher, se han dedicado a desautorizar mi versión. Que no, que no fue así; que no fue a esa hora; que sí tomó Bacardí, pero no alcanzó a terminarse la botella. Minucias. Para efectos de la inteligibilidad de la crónica, los hechos, tal como los cuento, son esencialmente verdaderos. Estábamos con Lola amarrada y vociferante en una recámara de la humilde casa de ustedes. Yo vengo llegando, la Tatcher está en la cocina preparando dos hectolitros de té de tila, mis hijas parecen anuncio de Beetlejuice con los pelos erizados y la mirada extraviada.

Desde la parte superior se oyen unos aullidos terribles como de señora que acaba de leer el recibo del agua. Es Lola, la tengo amarrada en la recámara de Ángel, comenta la Tatcher con esa serenidad que le envidiaría el almirante Nelson. Instintivamente yo busco mi frasco de Frisium, que es un estupefaciente legal que mi cardiólogo me ha recetado para cuando me ponga muy locochón. Quiero tomarme una pastilla (o quizás un puñito) y, acto seguido, comentarle a la canciller de hierro mi total desacuerdo con la conducción que hasta ese momento se le ha dado al *affaire* Lola. De nada me da tiempo. En el umbral de mi casa se ha materializado el doctor Evadyne, afamado neurólogo que había sido convocado telefónicamente por la Tatcher. Dentro de la mejor tradición médica mexicana, el doctor Evadyne lo primero que hace es

Antología

regañarnos: todo lo hemos hecho mal (yo acababa de llegar); se trata de un caso extremo de angustia y, en esos casos, lo menos indicado es amarrar al paciente. Yo por mí —pensé— también amarraba al doctor Evadyne, pero no dije nada. Él iba a hacerse cargo de la situación.

Profesional y resuelto subió la escalera seguido por la familia y por un representante oficioso de cada una de las familias que pueblan esta unidad habitacional. En mi libro de Historia sagrada recuerdo que había una ilustración titulada: “Daniel entrando a la cueva de los leones”. Hagan de cuenta. El doctor Evadyne se enfrentó a Lola y, poco a poco, los gritos fueron cediendo hasta llegar al punto en el que sólo se oía la voz del doctor Evadyne, que era como la de esos señores que hipnotizan tigres en los centros nocturnos. Después, el silencio. Con gran majestad, el doctor Evadyne abandonó el cuarto y miró a la boquiabierta multitud. Ya está —dijo con su voz de mago—, ya la desamarré y se quedó dormida; mañana va a despertar sintiéndose muy mal. Yo quería gritar ¡to-re-ro! Y concederle una oreja de Lola, pero preferí callar.

En silencio bajamos la escalera y en silencio le dimos nuestro emocionado y agradecido adiós al doctor Evadyne. Treinta segundos después se oyó el horrísono alarido de Lola; ahí te vamos hechos la mocha escaleras arriba. Cuando llegamos, Lola ya se había trepado otra vez al pretil (alféizar sería la palabra) de la ventana. Apenas alcanzamos a pepenarla. Comenzó un forcejeo horrible: yo jalaba a Lola, la Thatcher

De los cuates pa' la raza

me jalaba a mí al grito de “tú no, mi rey, a ti te va a dar algo”. Yo no soy tu rey, esto es una República, alcancé a decir en el momento mismo en que sentí que Lola se me iba a zafar. Ese fue el instante de la gran decisión. Yo nunca le había pegado a una mujer (y no por falta de ganas, sino por tara educativa). No creo que ni siquiera Julio César Chávez logre superar esa combinación de gancho de izquierda y recto de derecha con el que envié a la lona a la terrible Lola. Ahí quedó, hecha una seda y lista para ser entregada a su legítimo patrón, cosa que hice de inmediato. Hace unos días vino Lola por su ropa y traía un pómulo tipo volcán. Dice que recuerda que alguien la golpeó, pero no se acuerda quién. Yo ya le hice jurar a Josefina que ese secreto nos lo llevaremos a la tumba.

Marzo 14, 1990

Antología

¡Sea por Dios y venga más!

Laura Esquivel

Toda la culpa de mis desgracias la tiene la Chole. Apolonio es inocente, digan lo que digan. Lo que pasa es que nadie lo comprende. Si de vez en cuando me pegaba era porque yo lo hacía desesperar y no porque fuera mala persona. Él siempre me quiso. A su manera, pero me quiso. Nadie me va a convencer de que no. Si tanto hizo para que aceptara a su amante, era porque me quería. Él no tenía ninguna necesidad de habérmelo dicho. Bien la podía haber tenido a escondidas, pero dice que le dio miedo que yo me enterara por ahí de sus andanzas y que lo fuera a dejar. Él no soportaba la idea de perderme porque yo era la única que lo comprendía. Mis vecinas pueden decir misa, pero a ver, ¿quiénes de sus maridos les cuentan de la bola de amantes que tienen regadas por ahí? ¡Ninguno! No, si el único honesto es mi Apolonio. El único que me cuida. El único que se preocupa por mí. Con esto del sida, es bien peligroso que los maridos anden de cuzcos, por eso, en lugar de andar con muchas decidió sacrificarse y tener sólo una amante de planta. Así no me arriesgaba al contagio de la enfermedad. ¡Eso es amor y no chingaderas!, ¡pero ellas qué van a saber!

Bueno, tengo que reconocer que al principio a mí también me costó trabajo entenderlo. Es más, por primera vez le dije que no. Adela, la hija de mi coma-

De los cuates pa' la raza

dre era mucho más joven que yo y me daba mucho miedo que Apolonio la fuera a preferir a ella. Pero mi Apo me convenció de que eso nunca pasaría, que Adela realmente no le importaba. Lo que pasaba, era que necesitaba aprovechar sus últimos años de macho activo porque luego ya no iba a tener chance. Yo le pregunté que por qué no lo aprovechaba conmigo, y él me explicó hasta que lo entendí, que no podía, que ese era uno de los problemas de los hombres que las mujeres no alcanzamos a entender. Acostarse conmigo no tenía ningún chiste, yo era su esposa y me tenía a la hora que quisiera. Lo que le hacía falta era confirmar que podía conquistar a las muchachitas. Si no lo hacía, se iba a traumar, se iba a acomplejar y entonces sí, ya ni a mí me iba a poder cumplir. Eso sí que me asustó.

Le dije que estaba bien, que aceptaba que tuviera su amante. Entonces me llevó a Adela para que hablara con ella, porque Adelita, que me conocía desde niña, se sentía muy apenada y quería oír de mi propia boca que yo le daba permiso de ser la amante de Apolonio. Me explicó que ella no iba a quedarse con él. Lo único que quería era ayudar en mi matrimonio y que era preferible que Apolonio anduviera con ella y no con otra cualquiera que sí tuviera interés en quitármelo. Yo le agradecí sus sentimientos y me parece que hasta la bendije. La verdad, yo estaba más que agradecida porque ella también se estaba sacrificando por mí.

Adela, con su juventud, bien podría casarse y tener hijos, y en lugar de eso estaba dispuesta a ser la

Antología

amante de la planta de Apolonio, nomás por buena gente.

Bueno, el caso es que el día que vino, hablamos un buen rato y dejamos todo aclarado. Los horarios, los días de visita, etc. Se supone que con esto yo debería de estar muy tranquila. Todo había quedado bajo control. Apolonio se iba a apaciguar y todos contentos y felices. Pero no sé por qué yo andaba triste.

Cuando sabía que Apolonio estaba con Adela no podía dormir. Toda la noche me pasaba imaginando lo que estarían haciendo. Bueno, no necesitaba tener mucha imaginación para saberlo. Lo sabía y punto. Y no podía dejar de sentirme atormentada. Lo peor era que tenía que hacerme la dormida pues no quería mortificar a mi Apo.

Él no se merecía eso. Así me lo hizo ver un día en que llegó y me encontró despierta. Se puso furioso. Me dijo que era una chantajista, que no lo dejaba gozar en paz, que él no podía darme más pruebas de su amor y yo en pago me dedicaba a espiarlo, a atormentarlo con mis ojos llorosos, y mis miedos de que nunca fuera a regresar. ¿Qué, acaso alguna vez me había faltado? Y era cierto, llegaba a las cinco o a las seis de la mañana pero siempre regresaba.

Yo no tenía por qué preocuparme. Debería estar más feliz que nunca y ¡sabe Dios por qué no lo estaba! Es más, me empecé a enfermar de los colerones que me encajaba el canijo Apolonio. Daba mucho coraje ver que le compraba a Adela cosas que a mí nunca me compró. Que la llevaba a bailar, cuando a

De los cuates pa' la raza

mí nunca me llevó. Bueno, ¡ni siquiera el día de mi cumpleaños, cuando cantó Celia Cruz y yo le supliqué que me llevara! De puritita rabia, los ojos se me empezaron a poner amarillos, el hígado se me hinchó, el aliento se me envenenó, los ojos se me disgustaron, la piel se me manchó y ahí fue cuando la Chole me dijo que el mejor remedio en esos casos era poner en un litro de tequila un puño de té de boldo compuesto y tomarse una copita en ayunas. El tequila con boldo recoge la bilis y saca los corajes del cuerpo. Ni tarda ni perezosa fui al estanquillo de la esquina, le compré a Don Pedro una botella de tequila y la preparé con su boldo. A la mañana siguiente me lo tomé y funcionó muy bien.

No sólo me sentí aliviada por dentro, sino bien alegre y feliz, como hacía muchos días no me sentía. Con el paso del tiempo, los efectos del remedio me fueron mejorando. Apolonio, al verme sonriente y tranquila, empezó a salir cada vez más con Adela y yo a tomarme una copita cada vez que esto pasaba, fuera en ayunas o no, para que no me hiciera daño la bilis. Mis visitas a la tienda de Don Pedro fueron cada vez más necesarias. Si al principio una botella de tequila me duraba un mes, llegó el momento en que me duraba un día. ¡Eso sí, estaba segura de que no tenía ni una gota de bilis en mi cuerpo! Me sentía tan bien que hasta llegué a pensar que el tequila con boldo era casi milagroso. Bajaba por mi garganta limpiando, animando, sanando, reconfortando y calentando todo mi cuerpo, haciéndolo sentir vivo, vivo, ¡vivo!

Antología

El día en que Don Pedro me dijo que ya no me podía fiar ni una botella más creí que me iba a morir. Yo ya no era capaz de vivir un solo día sin mi tequila. Le supliqué. Al verme tan desesperada se compadeció de mí y aceptó que le pagara de otra manera. Al fin que siempre me había traído ganas el condenado. Yo la mera verdad, con tanto calor en mi cuerpo también estaba de lo más ganosa y ahí sobre el mostrador fue que Apolonio nos encontró dando rienda suelta a las ganas.

Apolonio me dejó por borracha y puta. Ahora vive con Adela. Y yo estoy tirada a la perdición. ¡Y todo por culpa de la pinche Chole y sus remedios!



Antología

Gato Culto

Paco I. Taibo

LA LECTURA ENRIQUECE.
POR ESO SOMOS POBRES.





Antología

En un abrir y cerrar de ojos

Santiago Flores Deache

Pataleó y pataleó. Todavía con la mitad del aire en sus pulmones Bart emergió lo suficiente para ver hundirse la mata de pelo entre los brazos crispados de Federico. Éste se hundía más lentamente de lo que avanzaba la corriente, Bart sintió, junto a la desesperación, que de espectador se trocaba en observado, y las un segundo antes, cristalinas aguas del arroyo lo cegaron con una turbidez viscosa y pesada.

La sensación de los lengüetazos de la Fanny sobre su cara lo despertó. Yacía, lo supo, sobre su catre de hierro. Al abrir los ojos miró un cielo raso, ajeno, desconocido para él. Los cerró. Se tranquilizó al escuchar el canto de los canarios muy cerca de sus oídos, adivinó la enredadera del porche de la casa en Eagle Pass. Los volvió a abrir sólo para sentir que aquellas vigas se precipitaban sobre él. Para escapar Bart los cerró de nuevo.

Los peligros del mundo de los ojos abiertos desaparecían al cerrarlos. Probó abrirlos tapando la visión con las cobijas. Penumbra verdosa, verdosa. Manchas negruzcas. Fue alejando la frazada para enfocar mejor las manchas. Leyó U.S.A. ARMY.

Le era insoportable estar sin combatir a las tropas del Kaiser. No recordaba haber sido herido, ni si habían llegado ya a las trincheras enemigas cercanas a la ciudad de Nancy, ni si las habían tomado

De los cuates pa' la raza

o los habían derrotado. Él y todos sus compañeros de la Primera División de Infantería, eran los mejor entrenados Doughboys de todas las Fuerzas Expedicionarias Americanas desde que desembarcaron en Bordeaux. Pero no recordaba haber participado en alguna de estas acciones. Lo que le carcomía el alma era la muy tardía participación de los Estados Unidos en una guerra desatada tres años antes. El sentimiento de rechazo profundo lo extendió hacia la guerra misma, hacia las guerras todas.

El beso húmedo lleno de ternura y pasión duró una eternidad en la que nunca acabó de abrir los ojos, aquella mujer al principio todo aroma y respiración vital, le dejó ver sus bellísimos ojos verdes acompañados de mejillas sonrosadas, frente amplia, y aquella nariz que completaba el beso aspirando ansiosa como queriendo robarle el alma o librarlo del éter emponzoñado. La cabeza se retiró un poco, giró para gritar “¡Isabel! ¡Ven, Isabel!” A unos metros, escuchó que la mujer llamada Isabel replicaba “¿Ya te reconoció, Rosa?”, “A mí, no estoy segura, pero a la Fanny sí.” Contestó Rosa pensando que el beso aceptablemente retribuido no garantizaba reconocimiento alguno.

“¿Bart? ¡Bartolomé, soy tu madre! ¡Háblame!” Le susurró la mujer llamada Isabel, y que decía ser su madre. Mientras su mente aceptaba llamarse Bartolomé, sin dificultad sabía que Bartolomé Vanzetti, y Nicola Sacco llevaban años en la cárcel del Commonwealth de Massachusetts injustamente acusados de asesinato, chivos expiatorios ideales por su pobreza y condición

Antología

de inmigrantes repudiados por el sistema. Todo el mundo los apoyaba. Los clubes anarcosindicalistas, o los obreros —sindicalizados o no—, las agrupaciones religiosas, la gente de bien, los estudiantes, los empleados, amas de casa.

Sandalio, su tío, narraba una y otra vez cómo los apresaron y fabricaron el juicio más puerco e injusto de que se tuviese memoria en Massachusetts y en la Unión Americana en todo el siglo XIX y en lo que va del XX, — que ya es un decir, si nos vamos a todas la marrullerías que se vinieron realizando año con año desde principios de siglo en contra de las huelgas obreras de los gremios que se nos ocurran, de las diversas hermandades libertarias, y de sindicatos agrupados en la IWW. Estos pensamientos se le amontonaban en la cabeza, por momentos creía ser el mismo Vanzetti, otros ser víctima directa de aquellas criminales campañas pro-belicistas, y aun ya declarada la guerra los primeros días de abril de 1917, en Tulsa, Oklahoma, chusma pagada por chusma enriquecida desangró a latigazos a 17 o veinte trabajadores petroleros usando los famosos látigos *blacksnakes* —esas víboras negras de seis a doce pies de largo, capaces de romper la barrera del sonido cuando la punta flagela el aire en lugar de la piel humana.

En las primeras noches de invierno, a sus siete años, Sandalio, el magonista, le explicó por qué cierto tipo de gente de Arizona era lo peor de lo peor, haciendo referencia a lo que cinco meses antes, en julio de 1917, había sucedido en la población de Bisbee,

De los cuates pa' la raza

Arizona. "Vigilantes" armados secuestraron a dos mil huelguistas de las minas de cobre, los sacaron de sus camas y en camiones para ganado los transportaron al desierto donde los abandonaron sin alimentos ni agua.

El muchacho caviló sobre la lejanía de su infancia que coincidía con la guerra que pudo evitarse. Guerra que fue fomentada y declarada por unos para que la pelearan los más. Muchachos como él... ¿Qué edad tenía en ese preciso instante?, ¿quién era? Definitivamente no era Gabino Sotero, quien murió en los campos de batalla franceses en 1918, se lo había asegurado Isabel, la que decía ser su madre, y la propia viuda de Sotero, cuya casita se encontraba en la cima de la loma que está en el camino a... en la que vivía junto con su hija con la pensión del Gobierno Federal desde hacía diez años.

Era 1928, vivía en Eagle Pass, pueblo texano, con sus padres en esa modesta casa rentada, un... porche (vagas y múltiples imágenes), un gallinero, un cuartito con tina de lámina galvanizada, una caseta con fosa séptica, un taller mecánico. Intentó varias veces detectar detalles, pero en vano, las imágenes se le movían y desaparecían sin que pudiera evitarlo. Le gustó el cielo raso ahora sosegado, y saber que su catre era uno de los tres que se compraron al ejército al finalizar la Primera Guerra Mundial. Conforme fue cotejando, corroborando, sonriendo, se fue... durmiendo. La pregunta fundamental que venía evitando, fuese quien fuese, viviese donde viviese era, qué hacía tirado en

Antología

ese catre y por qué no se movía, y recorría la casa a su antojo. ¿Estaba herido?, ¿enfermo? ¿Desde cuándo?

Dio de manotazos, más que brazadas, contra el agua tratando de alcanzar a Federico que... ¡no sabía nadar! Lo veía desaparecer en la corriente y él no podía acercársele... Quería pero no podía, algo se lo impedía, algo... Lo abrazó la oscuridad toda.

Esa madrugada Beatrice Slaughter despertó a Bart, quien dormía en el porche metiéndosele entre las cobijas: “Bart, te tengo dos sorpresas para hoy, la primera es que conseguí cinco muchachos de los pozos petroleros que firmarán las cartas contra la ejecución de Sacco y Vanzetti; la segunda te la entrego sólo si me llevas al día de campo que organizaron tus hermanas para hoy”. Estaba a punto de adelantarle algo de la sorpresa, y Bart de responderle, cuando Rosa la sacó a la fuerza. “Yo sólo trataba de despertarlo” —dijo haciéndose la mustia.

“¿Cuál día de campo?, ¿quiénes van? Yo tengo que seguir convenciendo gente para que contribuya con las estampillas postales para Massachusetts y Washington.” “Tus hermanas y primas lo organizaron, invitaron a los hermanos González Rosas, Federico y Celso, convencieron a tu mamá al decirle que también iban Miss Hester, la maestra de quinto año —a quien acompañaban Mr. Williams, su novio, y la pareja de amigos, Miss Lovelace y Mr. Simmons.” Cuando Bart le expresó su asombro —puesto que Federico y Celso, así como Ernestina y Cecilia estaban comprometidas

De los cuates pa' la raza

con él para solicitar apoyo— sólo recibió un guiño malicioso de parte de Bety.

La cita era, justo, en la esquina sur poniente formada por las calles Sheridan y Ceylan, a la sombra del enorme mezquite. Llegaron a la desvencijada puerta de la cerca que trunca la calle James Madison, y de aquí se desviaron al poniente hasta la Thomas Jefferson, también truncada por las barracas de los ilegales y siguieron; pasaron la tupida mezquitosa que se extendía por el lado del jardín derecho del diamante de béisbol. La comitiva continuó por la orilla de los riachuelos de aguas broncas afluentes del profundo arroyo El Callao.

Llegaron a la vereda que zigzagueaba entre carrizales y jarales compuesta de tres enormes escalones por donde las vacas lecheras del viejo Rosendo gustaban cruzar el arroyo, tomando posesión de terrenos del viejo Robert Browning del Condado Maverick. Este par discutía por todo, terminando siempre medio borrachos contándose sus respectivas desgracias. Hacía muy poco que los encontraron a punto de morir con quemaduras horrendas causadas por tequila y whisky, se sabía que este acto criminal fue causado por cobardes del Ku Klux Klan, quienes odiaban además de los negros, a los grasientos "*mexican*", y a los que confraternizaban con ellos, los "*white thrash*", la porquería blanca.

Al pie del último "escalón" se encontraba una laguna mucho más larga que ancha cuya agua presentaba una suave corriente. Más adelante aparecía

Antología

una extensión de tierra, especie de isleta larguísima de unos cuarenta metros de ancho que daba paso a la corriente principal.

Bety se adelantó corriendo para apartar un buen lugar entre varios sauces llorones donde extender el petate y colocar sobre éste el mantel. Una vez instalados Bart se dispuso a tenderse al sol, cuando escuchó: “¡Se está ahogando! ¡Auxilio!” Corrió hacia abajo donde empezaba la corriente, sacaban el cuerpo de un muchacho cuya parte de la cara y la cabeza habían sido destrozadas por las rocas. Dejó de ir al río por mucho tiempo.

Rosa se adelantó corriendo para apartar un buen lugar entre varios sauces llorones donde extender el petate y colocar sobre éste el mantel. Una vez instalados Bart se dispuso a tenderse al sol, cuando escuchó junto a él, el saludo de Miss Hester dirigido a todos, e inmediatamente después: “Bart, Mister Williams desea platicar contigo, si tú estuvieses de acuerdo”. No acababa Bart de girar para quedar boca arriba y ser deslumbrado por los rayos solares que rodeaban las sombras de su ex maestra y Mister Williams —a quien seguiría sin conocerle la cara—, cuando la voz de éste se escuchó: “Bart, te sugiero que abandones la tarea inútil de enviar cartas ridículas al Gobierno de Massachusetts, como habías abandonado la costumbre de venir al arrollo”.

Bety se adelantó corriendo para apartar un buen lugar entre varios sauces llorones donde extender el petate y la gruesa cobija de lana, y hacer el amor sin

De los cuates pa' la raza

testigos dominicales. Bart se dejaba llevar por el deseo sexual disminuido tan sólo por el recuerdo de la sugerencia de Mister Williams dos días antes. Una vez instalados y encuerados, Bety y Bart retozaban al sol, cuando escucharon junto a ellos la voz de Miss Hester: “Bart, Mister Williams desea lo acompañes a la orilla del arroyo, mientras que yo le garantizo a tu *“white thrash little whore”* que no le rebanaré el cuello si se queda quietecita”.

No acababa Bart de abrir los ojos cuando lo tomaron de los cabellos arrastrándolo fuera de los muslos de Bety. Mister Williams se lo llevó más allá de la isleta a base de golpes brutales en todo el cuerpo. Finalmente le soltó la cabellera y le gritó: “Eres un imbécil Bart, como todos los grasientos mexicanos, quiero que veas cómo muere uno de los que te siguieron en tus estupideces, que lo veas antes de que tú mismo te vayas al infierno. Nuestra patriótica acción la hacemos en nombre de los verdaderos ciudadanos blancos anglosajones a quienes queremos librar de ratas negras, amarillas, o prietas que infestan este hermoso país”.

Williams, dando un giro soltó la cabellera de Bartolomé, quien fue a clavarse en el agua no muy lejos del centro de la corriente, donde dos personas jalaban arrollo abajo, cada una, un talón de Federico. “¡No sé nadar!” Fue lo último que el muchacho gritó, dado que fue jalado hacia abajo, obligado a tragar y tragar más líquido. Con su propia carga a costas Bart nadó lo más rápido que pudo, sintió que lo jalaban hacia el

Antología

fondo, tomaba aire y alcanzaba a salir un poco, veía el pelo de Federico como una planta flotante. Sus brazos danzaban grotescamente. No los alcanzaría nunca porque él mismo se estaba ahogando.

Se abandonó al jalón de su asesino, tanto que el esbirro tuvo que soltarlo para salvarse a su vez. Cerrando los ojos vio su enredadera, cerrando los ojos se aferró a ella nadando hacia el fondo, nadó y nadó hacia la oscuridad.



Antología

La post-revolución

Carlos Fuentes

Federico Robles

—Pueden criticarnos mucho, Cienfuegos, y creer que el puñado de millonarios mexicanos —por lo menos la vieja guardia, que por entonces se formó— nos hemos hecho ricos con el sudor del pueblo. Pero cuando recuerda uno a México en aquellas épocas, se ven las cosas de manera distinta. Gavillas de bandoleros que no podían renunciar a la bola. Paralización de la vida económica del país. Generales con ejércitos privados. Desprestigio de México en el extranjero. Falta de confianza en la industria. Inseguridad en el campo. Ausencia de instituciones. Y a nosotros nos tocaba, al mismo tiempo, defender los postulados de la Revolución y hacerlos trabajar en beneficio del progreso y el orden del país. No es tarea sencilla conciliar las dos cosas.

Lo que sí es muy fácil es proclamar ideales revolucionarios: reparto de tierras, protección a los obreros, lo que usted guste. Ahí nos tocó entrarle al torito y darnos cuenta de la única verdad política, el compromiso. Aquello fue el momento de crisis de la Revolución. El momento de decidirse a construir, incluso manchándonos las conciencias. De sacrificar algunos ideales para que algo tangible se lograra. Y procedimos a hacerlo bien y bonito. Teníamos dere-

De los cuates pa' la raza

cho a todo, porque habíamos pasado por ésas. A éste lo había agarrado la Acordada, a aquél le habían violado a la madre, al otro robado las tierras. Y a todos, el porfirismo no nos abría caminos, nos había cerrado las puertas de la ambición. Ahora era la de armarnos, Cienfuegos, la nuestra, sí, pero siempre trabajando por el país, no gratuitamente como los del viejo régimen.

De pie junto a la ventana, Robles señaló la extensión anárquica de la ciudad de México. Cienfuegos prolongaba sus columnas de humo, silencioso.

—Mire para afuera. Ahí quedan todavía millones de analfabetos, de indios descalzos, de harapientos muertos de hambre, de ejidatarios con una miserable parcela de tierras de temporal, sin maquinaria, sin refacciones, de desocupados que huyen a los Estados Unidos. Pero también hay millones que pudieron ir a las escuelas que nosotros, la Revolución, les construimos, millones para quienes se acabó la tienda de raya y se abrió la industria urbana, millones que en 1910 hubieran sido peones y ahora son obreros calificados, que hubieran sido criadas y ahora son mecanógrafas con buenos sueldos, millones que en treinta años han pasado del pueblo a la clase media, que tienen coches y usan pasta de dientes y pasan cinco días al año en Tecolutla o Acapulco. A esos millones nuestras industrias les han dado trabajo, nuestro comercio los ha arraigado.

Hemos creado, por primera vez en la historia de México, una clase media estable, con pequeños intereses económicos y personales, que son la mejor ga-

Antología

rantía contra las revueltas y el bochinche. Gentes que no quieren perder la chamba, el cochecito, el ajuar en abonos, por nada del mundo. Esas gentes son la única obra concreta de la Revolución, y ésa fue nuestra obra, Cienfuegos. Sentamos las bases del capitalismo mexicano. Las sentó Calles. Él acabó con los generales, construyó las carreteras y las presas, organizó las finanzas. ¿Que en cada carretera nos llevamos un pico? ¿Que los comisarios ejidales se clavaron la mitad de lo destinado a refacciones? ¿Y qué? ¿Hubiera usted preferido que para evitar esos males no se hubiera hecho nada? ¿Hubiera usted preferido el ideal de una honradez angelical? Le repito: nosotros habíamos pasado por ésas, y teníamos derecho a todo. Porque nos habíamos criado en jacales teníamos —así, sin cortapisas— derecho a una casota con techos altos y fachadas labradas y jardines y un Rolls a la puerta.

Lo demás es no entender qué cosa es una revolución. Las revoluciones las hacen hombres de carne y hueso, no santos, y todas terminan por crear una nueva casta privilegiada. Yo le aseguro que si no hubiera sabido aprovechar las circunstancias y todavía estuviera labrando la tierra en Michoacán, igual que mi padre, no me quejaría. Pero el hecho es que aquí estoy, y le soy más útil a México como hombre de empresa que como campesino. Y si no yo, otros habrían surgido para exigir esas prebendas, ocupar el lugar que yo ocupó, hacer lo que yo hago. Nosotros también éramos del pueblo, y en nuestras casas y nuestros jardines y nuestros automóviles, triunfaba en cierta manera el

De los cuates pa' la raza

pueblo. Además, éste es un país que se duerme muy pronto, pero que también se despierta muy de repente: ¿quién nos iba a decir, en aquellos días, qué cosa iba a pasar mañana? Había que asegurarse. Y para obtener todo eso, nos la jugábamos. Nada de esa politiquita fácil de ahora. Entonces se necesitaban, en primer lugar, güevos, en segundo lugar, güevos y en tercer lugar güevos. Para hacer negocios, había que estar metido hasta el cogote en la circunstancia política y ser muy bragados. Entonces no había empresas de participación norteamericana que protegieran contra cualquier eventualidad. Entonces nos la jugábamos cada día. Y así inventamos el poder, Cienfuegos, el verdadero poder mexicano, que no consiste en el despliegue de la fuerza. Ya ve usted qué falsa ha resultado esa imagen del mexicano sometido por la tiranía. No hace falta. Lo demuestra el hecho de que llevamos treinta años sin actos proditorios. Hacía falta otra cosa: trepársele en el cogote al país, jorobar a los demás, no dejarse, ser los grandes chingones. Entonces, lejos de revueltas, hay admiración. Nada es más admirado en México que el gran chingón.

Robles dejó caer el brazo. En la exaltación, su color era pizarra; volvía a ser su piel la piel del indio, tan cuidadosamente disfrazada por el casimir, los tonos de la camisa y la corbata, los toques de loción en el pañuelo.

—Nosotros tenemos todos los secretos. Sabemos lo que necesita el país, conocemos sus problemas. No hay más remedio que tolerarnos, o caer de

Antología

vuelta en la anarquía. Pero eso lo impediría la clase media.

Ixca Cienfuegos apagó con movimientos lentos el cigarrillo y se dirigió a la ventana, encandilada por el sol de las tres de la tarde.

—Usted es muy mañoso, Cienfuegos, y nomás oye. No se crea que confío en usted ni que le hablo nomás por el gusto de escuchar mi propia voz. Usted sabe más de lo que enseña y de repente me quiere pegar un susto. Para eso le cuento estas cosas, para que sepa usted qué terreno pisa. Nomás.

Cienfuegos no ocultó una franca y simpática sonrisa que, a pesar suyo, reblandeció las duras facciones de Federico Robles. Los ojos de Cienfuegos, sonrientes, absorbieron todo el físico, tenso y flácido a la vez, del banquero y, en silencio, sus labios fueron repitiendo las palabras de otra entrevista, las palabras de otro hombre que inventó el poder mexicano, de otro gran chingón: “...México tiene ahora una clase media. La clase media es el elemento activo de la sociedad. Aquí y en todas partes. Los ricos se preocupan demasiado por sus riquezas y sus dignidades para ser útiles al bienestar general. Por otra parte, la clase menesterosa es, por regla general, demasiado ignorante para desarrollar poder. La democracia dependerá, para su desarrollo, de los esfuerzos de la clase media activa, trabajadora, amante del adelanto”.

Sin dejar de sonreír, Ixca pensó que esas anchas aletas nasales, esos ojos de saurio, ese cutis cuidadosamente blanqueado, de Robles, se asemejaban a los de

De los cuates pa' la raza

Porfirio Díaz. El banquero chupó por última vez su puro lánguido:

—Cuál no será la verdad de lo que le digo, Cienfuegos, cuál no será el instinto cabal del país, que hasta los gobiernos más izquierdistas han forzado la marcha hacia esa estabilidad burguesa. El capitalismo mexicano le debe gratitud a dos hombres: Calles y Cárdenas. El primero puso las bases. El segundo las desarrolló en vivo, creando la posibilidad de un amplio mercado interno. Aumentó los salarios, dio toda clase de garantías a la clase obrera, haciendo que se sintiera protegida y sin necesidad de armar borlotes, instaló definitivamente la política de gasto gubernamental en las obras públicas, aumentó los créditos, repartió las tierras y, en todos los ámbitos, logró desatar una vasta circulación de riqueza estancada.

Estos son los hechos vivos y permanentes. Su perniciosa demagogia me parece secundaria. Si Cárdenas no le imprime un carácter oficial al obrerismo, los gobiernos posteriores no hubieran podido trabajar en paz e incrementar de tal manera la producción nacional. Y, por sobre todas las cosas, con su política acabó Cárdenas con el feudalismo mexicano. Después de él, México podrá ser lo que se quiera, menos un país latifundista regido por una inútil plutocracia agraria. Plutocracia la puede haber, pero gracias a que crea mercados, abre fuentes de trabajo, impulsa a México. La Revolución Mexicana ha sido sabia: entendió temprano que, para que una revolución sea efectiva, la militancia ha de ser breve y la fortuna larga. Y no

Antología

dejó un solo acto de importancia al arbitrio sin formas. Todos sus actos han sido meditados. El hombre necesario ha llegado en cada ocasión a la Presidencia. ¿Se imagina usted a este pobre país en manos de Vasconcelos, de Almazán o del general Henríquez? Ahí sí, para hablar sin ambages, que nos hubiera llevado la puritita... Los cuadros técnicos y administrativos de México están hechos, y no pueden ser sustituidos por advenedizos. Ya aquí se acabó el cuento.

Federico Robles se abotonó, llenando el pecho de aire, su saco cruzado. Ixca sospechó que su gordura era ficticia: una necesidad impuesta por la mimesis política.

—Mi esposa nos espera con un jaibolito —dijo Robles, y corrió las cortinas de gasa de la oficina.



Antología

Sobre la poesía

Juan Gelman

habría un par de cosas que decir/
que nadie la lee mucho/
que esos nadie son pocos/
que todo el mundo está con el asunto
de la crisis mundial/

y con el asunto de comer cada día/
se trata de un asunto importante/
recuerdo cuando murió de hambre el tío juan/
decía que ni se acordaba de comer
y que no había problema/

pero el problema fue después/
no había plata para el cajón/
y cuando finalmente pasó/
el camión municipal a llevárselo
el tío juan parecía un pajarito/

los de la municipalidad
lo miraron con desprecio o desdén/
murmuraban
que siempre los están molestando/
que ellos eran hombres y enterraban hombres/
y no pajaritos como el tío juan/ especialmente

porque el tío estuvo cantando pío-pío todo el viaje
hasta el crematorio municipal/

De los cuates pa' la raza

y a ellos les pareció un irrespeto
y estaban muy ofendidos/
y cuando le daban un palmetazo
para que se callara la boca/
el pío-pío volaba por la cabina del camión
y ellos sentían que les hacía pío-pío en la cabeza/
el tío Juan era así/
le gustaba cantar/
y no veía por qué la muerte era
motivo para no cantar/
entró al horno cantando pío-pío/
salieron sus cenizas y piaron un rato/
y los compañeros municipales
se miraron los zapatos
grises de vergüenza/pero

volviendo a la poesía/
los poetas ahora la pasan bastante mal/
nadie los lee mucho/ esos nadie son pocos/
el oficio perdió prestigio/
para un poeta es cada día más difícil

conseguir el amor de una muchacha/
ser candidato a presidente/
que algún almacenero le fíe/
que un guerrero haga hazañas para que él las cante/
que un rey le pague cada verso con tres monedas de oro/
y nadie sabe si eso ocurre porque se terminaron
las muchachas/ los almaceneros/ los guerreros/ los reyes/
o simplemente los poetas/

Antología

o pasaron las dos cosas y es inútil
romperse la cabeza pensando en la cuestión/

lo lindo es saber que uno puede cantar pío-pío
en las más raras circunstancias/
tío juan después de muerto/ yo ahora
para que me quieras/



Antología

El Hereje

Enrique González Rojo

I

En un tiempo fui parte
de la fracción erótica
del Partido Comunista.
Era un partido dentro del partido
como un ciego que se esconde en una gruta,
un águila en el águila del viento
o unos labios cerrados en mitad del camposanto.

Todos mis documentos,
clandestinos,
disfrazados de puertas clausuradas,
concluían:
“¡Proletarios y proletarias de todos los países, uníos!”
y denunciaban las razones neuróticas
por las que a veces
la hoz no se acostaba con el martillo
o gusanos generados en el lecho
devoraban la manzana
de los puños.

Mis principios:
que las bocas dispersas
(que hacen una antecámara
de besos suspensivos) cierren filas,
trituren el espacio mojigato.

De los cuates pa' la raza

Que al avanzar la piel, levante el vuelo
la parvada de corpiños temerosos;
que nadie note, no,
la militancia reservada
de tus malas intenciones;
que sea tu estrategia conquistar,
en medio de las sábanas,
en frente unido,
tu táctica formar en la epidermis
una asamblea de poros excitados,
un mitin en que el sexo se levante
y tome la palabra.

Se reparó en mis actos fraccionales,
en mi pasarme los días amueblando
catacumbas.

Se me buscó de arriba
(como si preguntara alguna cúpula
por uno de sus sótanos)
para contarme cómo Giordano Bruno
—la verdad convertida en laberinto—
terminó por ser pasto
de un hambriento rebaño luminoso.

Tras una fatigosa discusión,
se insistió en que debería retractarme,
y que en el árbol de la noche triste
de mi arrepentimiento
se ahorcaran mis palabras.
Sin esperar al Congreso
se decretó la expulsión de la libido...

Antología

Y yo,
sin mi carnet,
como si dijera
que se le sale a uno de la bolsa
la identidad, salí a buscar un buitre enamorado
de mis entrañas.

II

También fui yo colega
de ese tipo de médicos que tienen
a neuróticos espermatozoides
por pacientes.
Los ilustres doctores
(barbas, lentes, sentados
en el muelle sillón de la ortodoxia)
hablaron de espionaje, murmuraron
que no era mi monóculo otra cosa
que un ojo en su corsé de cerradura,
denunciaron mis escritos
como, por lo menos,
el relincho del caballo de Troya
un puñal que flirtea con la espalda.

Yo hablaba
de que el enemigo principal
era el sexo reprimido,
tapiado en su bragueta moralista;
le hablé directamente a los testículos;
invité a discutir a los ovarios,
La solución (decía,

De los cuates pa' la raza

sembrando el descontento en mis colegas)
no se halla en el sofá sino en la cama,
Es una estupidez (grité furioso)
permitir que tu sexo
doblegue la cerviz en la impotencia
o que haya en este siglo todavía
virginidad de orgasmos.

Algo esencial:

hurtarle los secretos a la cama,
dominar el amor desde inicio
hasta el final feliz;
no sólo el arma de la crítica debe convertirse
en la crítica de las armas,
sino el principio del placer
en el placer del principio.
Todo debe empezar con algún beso
que al haber estallado a quemarropa
derrita la camisa y el corpiño
o que deje en los pies que se haga un charco
de pantalones.

También se decidió pedirme cuentas.
Se me exigió asimismo desdecirme
y desandar cada uno de mis libros.
Con espada flamígera del dogma,
Desarrollando la piel de cualquier duda,
se me mostró el camino hacia la puerta.
Sin perder los ideales, sin perderlos,
me sentí como Adán

Antología

cuando, expulsado, no pudo retener el paraíso
sino tan sólo el cuerpo
de su amada.



Antología

Para que no te vayas

Juan Hernández Luna

Para que no te vayas ataré tus cabellos a mi alma
te voy a sacar la sangre
secaré tus tristezas
te sostendré contra mi vida como cuando te conocí.

Algún día Júpiter no será un simple planeta girando
en el absurdo firmamento
tendremos corazones de pollo para la cena
y vaciaremos nuestros bolsillos desde la rueda de la
fortuna.

Te cortaré una pierna
morderé los dedos de tus dolores
te voy a hacer cachos y enredaderas
te voy a crecer oculta bajo esta tierra negra.

Diré que te amo para escuchar tu risa
pediré que te quedes conmigo
de este lado
a mirar pasar los tranvías
a ver caer los pájaros desde la lluvia.

Voy a cerrar la puerta de nuestro cuarto
para hacer el amor como te gusta
con las manos heridas
y la espalda apoyada contra el cielo.



Antología

Sin título

Agustín Jiménez

El mundo gira, dice el poeta
no necesitamos hacer nada para observar
su destrucción
pero ¿y la niña?
y la mujer que luego tiembla y lo confiesa
cortés, solemne y bella.
Y la mujer que aún es niña y mira
a un hombre que la ve y siento miedo
¿de quién?
del hombre, del mundo o de la niña.



Antología

Piedras

Eduardo Langagne

no tenemos la casa todavía,
tenemos piedras; algunas.
trozos de pan, algo de vino tenemos
pero la casa no;
sin embargo tenemos oscuridad,
porque luz no tenemos todavía;
tenemos algunas lágrimas y besos,
otras cosas igualmente ridículas tenemos,
pero la casa no. quizá
paredes que se levantan muy despacio,
más no tenemos casa todavía
donde encontrar el frío, la soledad,
la lluvia,
pero arriba
un cielo como sábana tenemos
y abajo un infierno delicioso
por donde deambulamos
recogiendo piedras.
“hoy no me llevas, muerte, calavera,
no me voy, no quiero ir.
hoy no voy ni entrego mi barco de papel,
mi brazo, mi guitarra, hoy no,
hoy solamente tiro piedras,
poemas,
muchas piedras contra tu rostro
no niego, dulce rostro

De los cuates pa' la raza

tiro piedras,
 me arranco el corazón y te lo arrojó,
 hoy no, muerte, hoy no voy, no quiero,
 necesito hacer la casa”.

y estoy vivo
 cuando arrojó palabras, muchas palabras,
 fuego.

Antología

El desconocido. Más tarde. Despistada. Pretexto. Testigo

Mónica Lavín

El desconocido

Lo encontró en un cajón del armario. Era el retrato de un hombre guapo, joven, vestido a la manera de los años treinta: sombrero de ala, traje sastre holgado de impecable corte y zapatos negro y blanco. Lo miró atraída por aquel rostro nuevo que le recordaba a alguien.

Oyó pasos y cerró el cajón de prisa con la foto sepia entre las manos. En la soledad de su habitación la contempló de nuevo bajo la luz del ventanal. ¿Por qué la habrá guardado mamá? Al reverso sólo una fecha estaba garabateada. Lo revisó incansable para arrancarle a esa mirada una historia escondida.

Llamaron para comer. Colocó la foto sobre la cómoda y acercó la cara al espejo para arreglarse el pelo. Fue entonces que descubrió la familiaridad de sus ojos en los del hombre del retrato.

*

Más tarde

Siempre dijo: “al rato”, “después de la carrera”, luego que si conseguía un buen trabajo, o hasta tener una casa propia. Al final, cuando sobraban tinta, papel y tiempo, se le habían acabado las ideas.

De los cuates pa' la raza
Despistada

Tardaban en abrir la puerta. Verificó que el número del departamento fuera el correcto. Tantas veces había estado frente a una casa equivocada o acudido a una cita el día después que más le valía confirmar.

Sonrió acordándose de los tropiezos de su mente. De niña olvidaba los suéteres en la banca del colegio, de jovencita las gafas, los nombres de los maestros y los cumpleaños de los novios. El despiste había crecido con la edad. Un día regresó a casa en autobús, su marido sorprendido por la tardanza le preguntó por el auto: lo había dejado estacionado frente al trabajo. Repetidas veces trató de subirse a un coche ajeno y forcejeó con la cerradura hasta el dueño la sorprendió.

Nadie abría la puerta. Se asomó por las ventanas. Las persianas cerradas sólo enseñaban la capa de polvo sobre el esmalte.

Se hizo de noche. Las campanadas de la iglesia a lo lejos la aclararon. Había olvidado su propia muerte.

*

Pretexto

Hoy me inventé un pretexto para verte: una taza de café. Estaba nerviosa, no lo puedo negar, mis pies resbalosos se aferraban al interior de los zapatos sujetándolos al caminar.

Antología

La cafetería apenas se había iluminado, eran las seis de la tarde y la ciudad se disolvía en gris. El pesado mantel que cubría la mesa se volcaba sobre mis muslos. Al fin, un sorbo de café y contemplarte. Qué gusto verte de nuevo. Me serena siempre penetrar la mirada en tus ojos claros. Tu piel tensa sobre los huesos de la cara transpira melancolía: Invento un par de ojeras alrededor de tus ojos y las atribuyo a noches de insomnio plagadas de ausencias mías.

Me encantan tus manos, cómo extienden los dedos largos al tomar la taza y enseñan los nudillos al llevarla hasta tu boca; tu boca entreabierta anticipa la llegada del líquido que, al caer en chorros delgados sobre tu lengua estremecida, la llena de vapor; tus pestañas que sombrean los pómulos y el pelo que te cae sobre la frente.

Me miras y sonrías con cautela. Mis manos se humedecen. Hablas y tu boca se transforma; me pierdo en su contorno que ondula en todos sentidos y descubre arrugas y líneas de risas profundas. Tu brazo se extiende y busca mi mano. Quiero gritarte que me gustas y sólo aprieto fuerte tus dedos. Menciono algo absurdo y reímos juntos.

Ajena a los minutos transcurridos, bebo el café abandonado y casi frío. Me tengo que ir. El mesero se acerca, le entrego un billete y digo:

—Por favor, se cobra este café y los de la pareja del rincón.

*

De los cuates pa' la raza
Testigo

Allí estaba, como una fecha caligrafiada al final de la página, perpetuada en el cerrar de un libro; intrusa despistada en la intimidad de tu lectura alguna tarde de jardín cuando los libros todavía costaban veintidós pesos; prueba casual del tiempo que perdiste entre estas letras dejando el murmullo de días más jóvenes.

Aplastada en el papel, la hormiga muerta es hoy cómplice de una historia que la página no puede contar.

Antología

El cristal con que se mira

Guadalupe Loaeza

Hasta los insomnios provocados por las muchas preocupaciones, por la angustia, por las deudas, por los vencimientos, por los telefonemas de los bancos, por los recordatorios del club, por el dentista, por el psicólogo; pero los insomnios de Antonio y de Alejandra tenían su lado bueno. Y ese lado bueno, en el caso de Antonio, es que el rato entre las cuatro y las siete de la mañana se había convertido para él en un espacio de reflexión; o bien se distraía imaginando la temperatura de la habitación o se ponía a pensar en todo lo que debía: en el banco, hacer con su vida, haber hecho en relación con sus hijos... Hacer que no hubiera hecho, si la vida le daba fuerzas. Quizá y salvo contadas excepciones, Antonio no dormía más allá de las cuatro o cuatro y media de la madrugada; en ocasiones hasta un poco antes.

En un principio trató de distraerse con la televisión, pero los programas a esas horas eran pésimos, o no tenía ánimo para ver películas cuando la angustia no lo dejaba dormir. Entonces, prefería refugiarse en su estudio. Escuchar buena música era tanto como aceptar que no volvería a dormir, de modo que tampoco encendía el estéreo; una taza pequeña de café, para no espantar el sueño, lo acompañaba en sus cavilaciones. Cuánto lo había perjudicado la impunidad reinante. En su caso, lo grave no era que miles de de-

De los cuates pa' la raza

lincuentes anduvieran sueltos por las calles; lo terrible era la extendida cultura del no pago. Esa actitud tan enraizada provocó que no fuera posible resolver los casos que gestionaba; que aunque conseguía sentencias favorables resultara casi imposible ejecutarlas. Era un hecho que en México, si alguien no quiere pagar, simplemente no paga, y Antonio no tenía explicación razonable para sus clientes. Aunque estaban al tanto del desastre bancario, el Fobaproa y el IPAB, esos clientes, si encomendaban un caso a un abogado y éste no daba resultados, tendrían que conseguir otro. Y consiguieron otro.

La situación fue para él cada vez más difícil. Su primer enfrentamiento con la impunidad lo escandalizó. Nunca dudó de la existencia de pillos, tramposos, chantajistas, extorsionadores, bribones, sinvergüenzas o cualquier tipo de delincuentes, organizados o no. Pero encontrar a la delincuencia organizada en una secretaría de Estado fue algo con lo que no contó. El asunto surgió cuando un amigo suyo le informó que en la constructora de su familia habían recibido un emplazamiento a huelga de un sindicato desconocido para ellos, y al que no pertenecía ninguno de sus trabajadores. Pensó que se trataba de un error y recurrió a su amigo de la infancia en virtud de que era el abogado más cercano y de absoluta confianza. Antonio le explicó que él no manejaba asuntos laborales, pero que lo podía presentar con el socio del despacho encargado del área. Su amigo, sin embargo, insistió en que mejor lo atendiera alguien más. La razón era muy

Antología

simple: un bufete internacional en donde se cobraba por hora y en dólares rebasaba sus posibilidades. Dadas esas condiciones, Antonio se acordó de un viejo amigo de su padre que desde siempre había estado en la Secretaría del Trabajo. Nadie mejor que esa persona para recomendarle un buen abogado laboral, sin muchas pretensiones, que se hiciera cargo del caso. Pidió una cita y lo fue a ver. Una vez que le expuso el caso el funcionario le contestó sin pensarlo dos veces:

—Te voy a recomendar al mejor abogado de México: el licenciado Antonio Rincón.

—Pero yo no soy laborista —intentó defenderse.

—Pues desde ahora lo eres. Además, yo voy a estar detrás de ti; y fíjate bien en esto, te estoy haciendo un favor a ti, no a tu cliente. Vas a cobrar bien. Aquí en la antesala está la solución a tu problema.

El funcionario pulsó el intercomunicador y pidió a la secretaria que hiciera pasar a un tal licenciado Ramírez. Al poco entró un individuo obeso y ensortijado, vestido de guayabera y calzado con botines de charro color hueso. Tras las presentaciones de rigor, le alcanzó el papel que, minutos antes, le entregara Antonio y le preguntó si sabía de quién “era” ese sindicato. Bastó un segundo para que el aludido sentenciara: “Es de los que emplazan por directorio. Me parece que es de alguien cuyo nombre no recordaba. Ahorita mismo lo arreglamos”. Sin esperar respuesta descolgó el auricular de uno de los muchos teléfonos dispuestos en la credenza y pulsó algún número. Al poco estaba

De los cuates pa' la raza

al habla con la causa del problema. Entre bromas y palabrotas le recordó que “hacía mucho que no se rompían la madre”, y que por lo pronto estaba fregando a un cuate suyo. Le dio los datos del emplazamiento, y preguntó sin rodeos, por último, que cuándo pasaba por el desistimiento. Siguieron más bromas y al fin una calurosa despedida. Sin consultar al funcionario se dirigió a Antonio:

—Ya está arreglado. Que pase después de las cinco por el desistimiento. Llévelo un cheque de... —dos segundos de duda— diez mil pesos. Sí, con diez mil está bien. Todo esto lo decía mientras buscaba, en una agenda de pasta de plástico, una tarjeta. Escribió unas señas en el papel y se lo dio a Antonio.

—Cobras bien —dijo el funcionario— Te hice el favor a ti. Antonio comentó el suceso con los socios laboristas del bufete. Aunque ya sabía de las mafias sindicales, sus compañeros le explicaron que obtener el registro de un sindicato era bastante difícil, pero que una vez conseguido, para muchos gángsters, era como sacarse la lotería. Se registra un sindicato de cualquier rama de la producción, y entonces a todas las empresas que tuvieran alguna relación con esa rama, —argumentando que por decisión mayoritaria de los trabajadores de la empresa les correspondía a ellos la titularidad del contrato colectivo—, las emplazaban a huelga para obtenerla. El procedimiento laboral para aclarar la situación ante las Juntas de Conciliación y Arbitraje es riesgoso y está lleno de mañas y triquiñuelas que esos gángsters conocen a la perfección. Es

Antología

preferible, en cualquier caso, llegar a un arreglo como el que Antonio había presenciado. O mejor aún, contar con la protección de alguno de los poderosos sindicatos que, mediante el pago de una jugosa iguala, no permiten la intromisión en su territorio de gente ajena.

Cuando Antonio fue a dejar el cheque quedó impresionado por lo bien puesto del despacho. Se enteró que ahí se manejaban cuarenta sindicatos y se practicaban entre mil y mil quinientos emplazamientos al año. A diez mil pesos cada uno, pensó, y con el dólar a veintidós, descontando gastos, un abogado de esos se lleva medio millón de dólares al año. No cabía duda que los mocasines Gucci dejaban menos que los botines de charro, concluyó. Pero lo escandaloso del asunto es que esto ocurría a ciencia y paciencia de la Secretaría del Trabajo. Y era así porque, formalmente, estas personas operan de acuerdo con la ley. Nadie puede acusar a un sindicato de pretender la titularidad del contrato colectivo de una determinada empresa, pero disputarla era más caro, riesgoso para la empresa, que pagar para que se hicieran a un lado. Ése era el verdadero chantaje, y las autoridades lo sabían, lo toleraban e incluso, posiblemente, hasta participaban de los beneficios. ¿Era eso un Estado de derecho?

Ése fue su primer encuentro con la impunidad, pero no el último. Ya como abogado independiente, representó a un ranchero de Michoacán que sufrió la invasión de su propiedad, amparada por un certificado de inafectabilidad, por cuenta de un grupo de campe-

De los cuates pa' la raza

sinos desconocidos en la región. El ranchero fue despojado hasta de la ropa que guardaba en su casa, y fue amenazado de muerte por los invasores, para el caso de que se acercara al rancho. Recurrió a las autoridades locales, y éstas levantaron un acta y le pidieron dinero. No pasó nada. Fue a ver al gobernador pero nunca lo recibió. Contrató a un abogado y ganó un amparo que decía que la invasión había sido ilegal; pero nadie se atrevió a sacar a los invasores. Diez años después conoció a Antonio. Y éste, por recomendación de su buen amigo el subsecretario de Gobernación, solicitó a la Secretaría de la Reforma Agraria el pago de una indemnización, y por intermediación de su amigo el subsecretario, logró que la SRA accediera al pago mediante una transacción, partiendo del avalúo que realizaría la Comisión de Avalúos de Bienes Nacionales. El ranchero ya no tenía dinero para lograr un avalúo justo, de tal modo que éste resultó bajísimo. Al fin, la Secretaría le propuso el pago de cincuenta por ciento del valor de avalúo. ¿Había de otra?

Antonio se rehusaba a aceptar que, en un Estado de derecho, una persona sufriera la invasión de sus tierras, amparadas por todos los títulos legales habidos y por haber, y que, tras diez años de lucha, consiguiera la quinta parte y todavía tuviera que dar las gracias. Recordó la genial novela de Mario Puzo, que describe la situación de una joven pareja que ahorró con sacrificios lo necesario para comprar los muebles de su futura casa. Los jóvenes entregaron el dinero a un rico comerciante que, al poco tiempo, se declaró en

Antología

quiebra, librándose, amparado en la ley, de entregar los muebles o devolver el dinero. Los jóvenes recurrieron a la policía y ahí se les dijo que la ley era la ley; tendrían que gastar en abogados para presentar su caso en la corte de quiebras y, al cabo de algunos años, ver repartir lo recuperado entre todos los acreedores, acaso, veinte centavos por cada dólar que le entregaron.

Acudieron los jóvenes al Padrino y éste constató que el comerciante vivía en una mansión y poseía autos deportivos y caballos de carreras; no entendía cómo la ley toleraba que él viviera con esos lujos mientras la joven pareja carecía de los modestos muebles de su hogar, ya pagados, con el fruto de su esfuerzo; pero en cambio le quedó muy claro por qué ese individuo había recurrido al mismo procedimiento en varias ocasiones: formar una empresa que vende a crédito, cobrar el enganche a tantos como se pueda y luego declararse en quiebra. Como es de esperarse el Padrino persuadió al comerciante de devolver a los jóvenes hasta el último centavo. La ley es la ley. Debe promulgarse teniéndose en cuenta situaciones generales; y se acepta que, en algunas ocasiones, al aplicarla a casos particulares, puede resultar injusta. Pero esto debe ser la excepción y no la regla.

Lo que ahora siente Antonio es que el Estado de derecho quedó atrás. Vivió el caso del sindicato que emplazaba a huelga con la sección amarilla en la mano y vendía el desistimiento. Entonces, eso era la regla. Vivió el caso del rancharo despojado que mendigó durante diez años la quinta parte de aquello que

De los cuates pa' la raza

le robaron. Y eso también era la regla. Vivió el caso de una tintorería que cobraba ochenta pesos por lavar un traje y pagaba treinta y cinco mensuales de renta congelada. Y eso también era la regla. Si le preguntan por la justicia sabe que está más cerca del Padrino que de los tribunales. Hoy vive y padece la cultura del no pago, la causa primera y última del tristemente célebre Fobaproa. Es cierto que en un principio la gente no pudo pagar sus deudas, que los abonos de sus casas o coches se triplicaron y que el “error de diciembre” lo cometieron Salinas y Zedillo, o sus secretarios, pero no el infeliz que pagaba con grandes sacrificios su hipoteca, aunque, como siempre, fue él quien tuvo que pagar los platos rotos.

Pero ese infeliz pronto descubrió que un abogado habilidoso o un Barzón temerario podían sacarlo del problema. Pronto descubrió la enorme ineptitud de la banca privatizada; la precariedad de los contratos leoninos que le obligaron a firmar; la deficiencia del aparato contable de bancos y financieras; la ineficacia del aparato judicial para resolver los casos que le fueron planteados y, en última instancia, para hacer cumplir sus controvertidas determinaciones. Lo que comenzó como una asociación de deudores ahorcados se extendió hasta convertirse en el común denominador de los deudores holgados. Si la justicia no puede obligarme a pagar, ¿entonces para qué pago? La cultura del no pago se instaló definitivamente. Los deudores pobres incumplieron con sus pagos y los empresarios ricos incumplieron con sus pagos. El sistema bancario

Antología

nacional está en quiebra y el rescate correrá a cargo, como siempre, del contribuyente. Antonio no recordaba en sus treinta años de ejercicio profesional tanta dificultad para lograr que un tribunal hiciera cumplir sus determinaciones.



Antología

Sicario de profesión

Sanjuana Martínez

El Chino lleva a la Santa Muerte tatuada en sus pantorrillas, también en el pecho y en la espalda, incluso más abajo y por todas partes, lo muestra con orgullo. Dice que todo su cuerpo es una ofrenda a la santa patrona del crimen organizado.

Estamos en el epicentro del clandestinaje sinaloense. Esta es la tierra del Chapo Guzmán y del Mayo Zambada, amos y señores, venerados y odiados en Culiacán. Como en tiempos de Pablo Escobar, aquí los dos grandes capos del sexenio de Felipe Calderón son considerados por muchos como benefactores, filántropos o Robin Hood; gente buena, pues.

El Chino entra en el Bar Papion's. Es la una de la mañana y al ritmo de banda en la improvisada pista bailan prostitutas, narcos de poca monta y travestis. El ambiente es sórdido, el olor también. El tufo a orines se mezcla con los tequilas. Los sanitarios son inexistentes. En una esquina hay una pared falsa que esconde los meaderos como en los establos. En la barra están apoyadas viarias mujeres de la vida galante. Llevan minifaldas y ropa muy ajustada que deja ver sus extensos michelines. Hay entre diez o doce mesas pegadas a las paredes. En el centro un hombre gordo y sudoroso aprieta las nalgas de su acompañante mientras bailan fajando.

De los cuates pa' la raza

El lugar es centro de reunión de sicarios y El Chino sabe que hasta aquí viene gente y lo contrata. Se sienta a la mesa con la mirada retadora. Le jode que una periodista pretenda preguntarle cosas de su trabajo, de su chamba, de su profesión como él le dice: “Es un trabajo, jefa. Entiéndalo, alguien tiene que hacerlo”.

Se sabe guapo. Anda en los 30 años. Tiene los ojos borrados muy papujados tirando a orientales; tal vez por eso le dicen El Chino. Su piel morena brilla con las luces neón del lugar. Es muy delgado y de repente su mirada extraviada por la cocaína se posa en la realidad del lugar al que ha llegado: “Pinches travestis, no valen verga”, espeta sin contemplaciones. Adopta pose de mamón, está recién bañado y lleva el cabello largo peinado rechupado hacia atrás con algo de brillantina. Me ve de reojo. Viste unas bermudas verdes y camiseta oscura. Cruza la pierna y finalmente me mira. Coquetea. Silencio.

Le invito una cheve, la bebe a gran velocidad y al terminar acaricia la figura en plata de la Santa Muerte que trae colgada al cuello. ¿Qué quiere saber?, me suelta de entrada, “Pa'que chingaos quiere que le cuente”. Le explico que me dedico a escribir, que además de periodista, me interesa desde el punto de vista humano conocer detalles de su profesión. “Yo estoy especializado. ¿Entiende lo que quiere decir especializado? Sí jefa, especializado, especializado”. En ese momento se saca una especie de funda dorada que llevaba en alguna parte del cuerpo. De la funda extrae

Antología

lentamente una daga grande cuyo filo resplandece. Se ríe al ver mi expresión y define: “Corto cabezas”.

Me explica que es un profesional. Sus cortes, según dice, son quirúrgicos. Sostiene que de un solo tajo desprende la parte superior del cuerpo humano. No le gusta la tortura. Él va a lo que va. Asegura que hace su trabajo lo “más limpio” posible. Le pregunto si se droga para hacerlo. Ríe sin contestarme.

Hablamos por cuarenta o cincuenta minutos. Se ve relajado. Pide más bebida. Le pregunto su cuota, el precio de sus “trabajitos”. Y suelta: “Usted me cae bien, a usted se lo dejo barato. Nomás deme tres mil pesos (150 euros) y le quito al gallo de encima. ¿A poco no tiene enemigos? Le agradezco el detalle, pero le explico, sin ofenderlo, que no me interesan sus servicios.

El Chino está cada vez más relajado y suelta la lengua. Da detalles de su chamba sin hablar sobre sus jefes. Empieza a hablar cosas de su vida privada. No quiere decir si su madre está viva, si tiene familia, si está emparejado: “Yo sólo vivo el momento. Las pinches viejas siempre quieren lo mismo: casarse, las muy pendejas”. Me pregunta si yo soy igual. Asiento con la cabeza. Me mira lascivamente de arriba a abajo.

Aprovecho para comentarle que mi compañero, el fotógrafo Manuel Ortiz, le quiere hacer unas fotos para mostrar sus tatuajes. Dice que sí, pero lo invita a salir del lugar. Las calles en Culiacán no son un lugar seguro, especialmente en este barrio. Se van los dos y a los pocos minutos Manuel vuelve con el asombro

De los cuates pa' la raza

en la cara: “Dice que quiere que le pague, que le gusta mi equipo”. El Chino llega retador: “Denme seis mil pesos”. Le pido que se calme, pero se pone bravo. Pedimos un taxi. Amenaza: “Ustedes no se van hasta que me paguen”. Su mirada extraviada se convierte en expresión iracunda.

Salimos como podemos. Todo pasa en cuestión de segundos. El taxi está en la puerta. Nos metemos a estirones, pero El Chino amenaza también al conductor: “Si se mueve amigo, se lo lleva la chingada”. El pobre chofer quiere huir y de paso llevarnos. El Chino no suelta la puerta. Me encabrono. Lo miro y le digo gritando: “¡Cálmate!... ¿A cuenta de qué quieres dinero, güey?... El Chino se enfurece más: “Nomás, culeros. Páguenme por las fotos pinches ojetes. No quiero que me saquen la cara, pendejos. Si me la sacan, los mato cabrones”.

El chofer acelera. Le alcanzo a dar las gracias con una sonrisa y le digo adiós con la mano. Nos vamos con la puerta abierta unos metros y cerramos. En ese momento pienso en la fragilidad de la vida. Reímos a carcajada nerviosa. La adrenalina todavía se siente en el cuerpo. El hormigueo en las manos persiste. Volteo y veo al Chino encabritado haciendo aspavientos con los brazos

“Anda bien loco el bato”, dice el taxista, acostumbrado a las incidencias nocturnas. “Es un sicario”, le digo, “según él, cobra tres mil pesos por matar a alguien...” “¿Uffff!.. eso es caro”, comenta sin inmutarse, “Aquí matan de a gratis”.

Antología

El sicariato

Los golosos del dinero fácil, han encontrado una nueva profesión remunerada y prestigiada que proporciona estabilidad económica, estatus social y nulo aburrimiento: el sicariato.

Ser sicario en México se ha puesto de moda. La figura de esta red de hombres asesinos a sueldo ha predominado en Centroamérica y el Cono Sur, particularmente utilizada desde los poderes fácticos y las redes criminales o paramilitares. En algunos países como Colombia, Guatemala, Honduras, Ecuador o Venezuela, los sicarios han eliminado campesinos opuestos a la expansión de empresarios terratenientes, también a sindicalistas incorruptibles, periodistas independientes o políticos del bando opuesto.

Es el resultado de la impunidad. Ante el incremento de la brecha que separa a ricos y pobres, una parte de los jóvenes latinoamericanos están perdidos en el submundo del desempleo, la droga y la violencia. Organizar un ejército de sicarios, por tanto, no es tan difícil en nuestros países.

Como asenso social es imparable. El sicario compone una elite de sujetos matones por encargo. Su nivel económico se incrementa vertiginosamente. Visten con ropa de marca, usan coches o camionetas lujosas, se codean con los hampones más renombrados y muchas veces, los políticos de alto nivel, valga la redundancia.

De los cuates pa' la raza

A diferencia de los sicarios en Medellín, que andan matando en motocicleta o a pie; los sicarios mexicanos usan vehículos potentes. Llegan al lugar señalado, se estacionan tranquilamente, bajan con metralleta en mano y frente a los vecinos impávidos. Cumplen con su misión: acribillan a diestra y siniestra. Así ocurrió con la limpieza étnica emprendida por los narcos en Ciudad Juárez contra los drogadictos. En esa ciudad han asesinado a una veintena de jóvenes en rehabilitación, primero en el centro “Leyes de Reforma” y luego en “El Aliviane”. En ambos hechos ha imperado el mismo método de exterminio, como si se les acabaran los clientes con unos cuantos desintoxicados. Asesinatos de escarmiento, en una ciudad con mil seiscientos asesinados en lo que va del año.

La figura del sicario, sin embargo, no aparece en las condenas judiciales. Se sentencia por homicidio agravado, por lesiones, por delincuencia organizada, pero no por ser sicario; con lo cual, dicha “profesión” queda impoluta. De hecho, el Estado nunca ha declarado oficialmente perseguir a los sicarios, por el contrario, niega su existencia.

Los sicarios se especializan como en cualquier otro trabajo. Los hay, expertos en cortar cabezas, algo ciertamente común en estos días violentos que vivimos en México. Algunos otros, se preparan en el arte de torturar, destazar, mutilar, entambar, ensabanar, encajuelar, empozolar, embolsar los pedacitos, quemar con apariencia accidental... el abanico de modalidades es amplio.

Antología

El sicariato ya forma parte del tejido social. Fernando Vallejo lo rescató en su novela “La Virgen de los sicarios” para retratar a las mafias que controlan Medellín: *“Abuelo, por si acaso me puedes oír del otro lado de la eternidad, te voy a decir qué es un sicario: un muchachito, a veces un niño, que mata por encargo.”*

Nuevas ciudades añaden ese fenómeno, y a como vamos, pronto nos veremos obligados en México a cambiar el letrero de “no estacionarse” por otra advertencia: “Prohibido tirar cadáveres”.



Antología

Carne frita

Jorge Moch

Pachito no era un mal hombre. Al contrario: era de esos que trabajan desde niños y jamás se quejan; de esos para los que trabajar es descubrir mundo y en ello, felices, conocer gente; hacer algo diferente todos los días aunque se trate de la misma rutina, del mismo sitio, del mismo instrumental, de las órdenes, los olores, las manchas de siempre. Siempre igual, pero siempre algo diferente. Pachito era un optimista irredento, un tipo de los que no abundan porque todo el tiempo le buscan el lado amable a las cosas malas, la herramienta útil al deshuesadero, la oportunidad a la pérdida. Apacible, amigo de su casa, de su sillón, del fútbol y de su oficio de taquero, Pachito era en suma un buen partido. Un poco gordo, sí, y grandón y algo torpe para las cosas finas, pero un buen partido en suma. Pero su mujer nunca lo creyó así.

Se hicieron novios más que por amor, por miedo: a Milena la aterraba quedarse de chismosa vestidora de santos como su tía Mina, que iba todos los días a su casa después de misa de ocho a envenenarle el corazón a su madre y a sus hermanas y, si se dejaba, también a ella con el mismo mensaje esencial: los hombres son una mierda. Nunca ni su madre ni sus hermanas ni ella misma se atrevieron a entresacarle de los pelos del bigote a la tía Mina el por qué de su odio de género, de su fobia a las barrigas, las voces cantoras

De los cuates pa' la raza

y aguardentosas de las serenatas, los gritos destemplados del borracho, los arrumacos del amoroso o el olor a pies: hasta donde pudieron enterarse, la tía Mina ni siquiera había conocido varón con que ayuntarse. Allí, en secreto, escuchándola despotricar un día, Milena concluyó que no, que ella no iba a terminar así, y que si se va a odiar al sexo masculino habría primero que conocerlo bien y no nomás por ese pavor demencial al miembro que, pensó con malicia, en erección algo tendría de cirio como los que prendía la tía Mina todos los días en la capillita de la Asunción.

Pero ella, al final, al único que se atrevió a conocer en términos de sexo masculino, fue al hijo del tendero de las esquina, con quien mantuvo encendidos escarceos —sin llegar a mayores, eso sí que no— en la trastienda, tumbados en mullidos sacos de harina y frijol negro sobre los que abundaron la humedad de los besuqueos y la pecaminosa ansiedad de escasos, mal contenidos roces de piel a piel. Luego, más experimentado, dicharachero y enamorado de veras, apareció en su vida Pachito y ella se quiso creer a sí misma que la prisa que de pronto le entraba, ese miedo a verse peluda y amargada como la tía Mina, de casa en casa cuando llevaba de visita al Santo Niño o para que besaran el vestidito de la Virgen cantando sus rencores intensos, era puritito amor por las risas, los ojos negros y brillantes como escarabajos, el vello que pintaba los belfos besucones de Pachito, como el más alambicado de los amores del mundo.

Antología

Como en una vorágine de sexo incontenible y cambios de atmósfera, repentinos, drásticos como la pérdida de la potestad eterna de su padre y serena de su madre, Milena se vio en sucesivas estampas de las que apenas recordaría para siempre instantes aislados, minúsculas fotografías infinitesimales, brevísimas, mezcladas con una interminable sensación de aturdimiento: un vestido blanco que no le calaba bien en las gordezuelas axilas, un ajuar, hasta entonces inimaginable, de calzones, corpiños y sostenes, un miedo silencioso al cura que la miraba con ojos acusadores, falsamente piadosos porque lo que vino inmediatamente después, un miedo silencioso a aquel hombre fuerte y moreno, un poco panzón, que en donde juntaba las piernas, naciendo de un mechón oscuro y desordenado, esa pelambarrera como un insulto procaz, le ofrecía un trozo de carne que ella, un poco con horror pero mareada con una sensación casi igual a la náusea que no supo calificar como deseo, acunó en sus manos por vez primera para maravillarse con aquellos trémulos, calientes latidos, como si se tratara de un animalejo calvo con vida propia. Y más allá, los ojos del hombre, muy abiertos, desorbitados, casi, y entre ella, el miembro y aquellos ojos de locura, el jadeo. Luego, un velo inmarcesible de tiempo, el diario, el hastío, ese vaho de inapetencia, de aburrimiento, de repulsa y odio, en ese orden.

Alguna vez Milena escuchó de otra mujer sabia, su madre, la sentencia: “la rutina, hija, mata el cariño”. Milena supo que la rutina se le colaba en el

De los cuates pa' la raza

matrimonio con cara de bruja y silenciosas patas de mosca perversa apenas recién casada, matándole al querubín cupido día tras día, desplumándole las alas primero, cortándoselas luego, volviéndolo peatón y en un largo final, contagiándolo de muerte lenta, consunción, leucemia, hambruna, hasta convertirlo en lo que quedaría ya de él: un esqueletito reseco, unas cuencas terrosas donde alguna vez hubo miradas de contemplación; una tenue ausencia que dejaba la huella del mal olor y peor talante: a Milena la ponía de mal humor tan sólo recordar que alguna vez había querido a ese hombre de sonrisa fácil que ella ahora calificaba de mueca idiota.

Eterna inconforme o quizá simplemente ingrata, porque no era ella misma una ninfa ardiente, Milena se aburrió de Pachito, pero incapaz de rebelarse abiertamente, discapacitada para la auténtica coquetería —putería, habría dicho sin misericordia ni miramientos— por la educación confesional que había recibido desde niña, en lugar de buscar aventuras amorosas con que paliar el aburrimiento, Milena se dedicó en cuerpo y alma a domeñar primero y simplemente humillar después a Pachito, quien todavía por entonces se desvivía tontamente por ella.

No. Pachito no era un mal hombre, y por eso Milena nunca fue capaz de identificar cuándo ni por qué empezó a detestarlo. Más que pararse a pensar en ello, prefirió dedicarle a su marido un silente desprecio, el continuo reproche por ignorar aquel descontento rabioso que ella misma no lograba discernir

Antología

claramente aunque acusaba su continua mordedura. Pronto descubrió que su único afecto era la comida. Pero sin tener que cocinar. Él, amoroso siempre, se esmeraba en cumplir todos sus caprichos, saciar todos sus apetitos. Es que mi vieja es de carácter fuerte, decía, como deben ser las mujeres llenitas. Él, optimista irredento, nunca le dijo gorda. Pinche gorda, gorda de cagada, marrana, puerca, como se recriminaba ella misma ante el espejo todos los días para luego pedir que le llevaran pastelillos, unas quesadillas, “uy, mijo, hoy quiero unas tortas de queso de puerco...”

Hacia el final de sus días, ella sólo tenía claro que no quería a Pachito, que lo aborrecía, que su vida toda sería desgano y muecas apenas él asomara sus labios gordos por la puerta de la cocina o dijera, desde la cama desordenada a la que volvía cada mañana, después de trabajar durante la madrugada en la preparación de todo lo que más tarde llevaría al puesto, esa esquina del centro de la que era tácito propietario desde hacía muchos años: “buenos días, mi vida”, para que ella mascullara, inaudible: “tuvidatuchingadama-dre” y en cambio balbuceara, carne viva el desgano:

—Mmmsbbsdss.

Con el tiempo ambos, cosa previsible en cualquiera que se dedique a la preparación y venta de tacos, tortas, sopes y enchiladas, engordaron todavía más. Pero si en Pachito era como si eso fuese precisamente lo que durante años le hubiera faltado para completar su estampa amigable, barriga y esa redondez que le daba un barniz amable y bonachón, en Milena se

De los cuates pa' la raza

tornó un rasgo que la volvía refractaria a la simpatía ajena: la suya era ya una gordura odiosa, cárnica, de ésas que hacen evidente la pesadez de alguien más en el carácter que en la cadencia del movimiento al derramarse bolsas de grasa en los costados.

Pachito era un gordo enjundioso, mientras que Milena se miraba todos los días desde siempre en el espejo y odiándose a sí misma cada día un poquito más, musitaba la diaria letanía: “pinche gorda desparrramada. Puerca. Marrana. Cochina lonjuda. Pero la culpa la tiene él por estarme cumpliendo cualquier gustito pendejo. Maldito, acabó, está acabando, va a acabar conmigo, con mis sueños, con las ilusiones de toda mi vida”.

¿Dónde estaba la adolescente rebelde y guapa, la de cabello largo y lustroso, la de los grandes ojos garzos?; ¿dónde la que iba a ser gimnasta, cantante, maestra, mujer policía, diputada, dueña de la panadería, dueña de los abarrotes, azafata, arquitecta, nadadora olímpica, la más distinguida, importante, despiadada, elegante, displicente de las mujeres de negocios que México y el mundo jamás la dicha de haber conocido tuvieran? Y se envalentonaba ante la gorda del espejo y se insultaba por largos, gozosos minutos para luego, a menudo, romper a llorar silenciosamente en la soledad del cuarto de baño. Minutos después había ya volcado su propia repulsa en un odio paulatinamente más gordo, como ella, en su gordo marido: estaba gorda por su puta culpa. Estaba amargada por su puta culpa. Se odiaba a sí misma por su puta culpa.

Antología

Estaba frustrada por su putachingadapincheculpa. Y así todos los días.

Pachito creía halagar a su mujer cuando le tarareaba canciones amorosas de Pedro Infante y Jorge Negrete, canciones que él había aprendido cuando siendo niño disfrutaba con su madre y sus hermanas las funciones de media tarde en la televisión, ésa que evocaba con necia, melancólica añoranza la época de oro del cine nacional porque esa época no volvería nunca. Siempre se había visto a sí mismo como legatario del donaire, la galanura, la alegría de vivir de esos dos grandes del cine mexicano.

Para Pachito no habría jamás quien superara a Pedro Infante en “Escuela de vagabundos”. Seguido llegaba a casa tarareando “amorcito corazón, yo tengo tentación... de un beso”, y luego repasaba el resto de la canción —ese himno del mexicano enamorado y dicharachero— silbando como lo hubiera hecho el mismísimo Pepe el Toro en su carpintería. Pero de su propia, robusta Chorreada no obtenía más que un mutismo cargado de displicencia. Su mujer nunca sería Lula.

A Milena le chocaba toda esa parafernalia triste del “buen cine” de antes y el ídolo de Guamúchil, su vida de escándalos, su trágica muerte la tenían sin cuidado. Lo suyo era Menudo, Los Chamos, El Sol y su conejuna sonrisa; las coreografías (que de niña primero y de adolescente después gastaba tardes enteras con sus primas y amigas ensayando, copiando, soñando que un día sería como cualquiera de sus artistas

De los cuates pa' la raza

preferidos, sería novia de uno de ellos, estaría siempre allí) de Fresas con Crema y Flans. Nunca se lo dijo abiertamente a su marido, pero Milena hubiera querido contestar a “si te vienen a contar cositas malas de mí” con que ella atendería el llamado de Súbete a mi moto, y que efectivamente nunca habría conocido un amor tan veloz, y que la moto, pinche gordo inmundo, guardaría el secreto de los dos. Milena nunca, a pesar de que con el tiempo pudo atreverse a insultar más y mejor a Pachito, le dijo que ella hubiera dado la mitad de su vida no para ser Irma Dorantes, sino Thalía. Pero entonces el espejo. La vida. La realidad. El odio. Ella toda.

Aquella noche Pachito estaba de mal humor. Atendía a su clientela más bien con desgano. Picaba la carne y los cueritos más con un dejo mecánico que con el usual disfrute de quien ama su oficio. Pero entonces llegó la mujer con su pequeña cohorte, y esa dama de negro, la palidez de ese rostro desmentido en su altivez por esos labios gruesos, besables y oscuros, morados, casi, pero sobre todo por esas teas glaucas que tenía por ojos, la luz que parecían despedir, las largas, sensuales pestañas que ella, sin duda, usaba tan bien, su sonrisa luminosa... Cuando aquellos labios del grosor del pecado se separaron en un gesto delicioso para exhibir una ristra de blanquísimas perlas por dientes, toda aquella visión de salvaje sexualidad a punto le puso a Pachito la carne de gallina en la nuca, los cachetes y la parte baja de la espalda, madre suya, qué hembra.

Antología

Y Pachito, habiendo atendido ya de otro talante el pedido de la mujer y sus acompañantes, no pudo evitar la comparación con su gorda intratable, con sus pelos tiesos, con sus labios chuecos y con los más chuecos dientes, que se le antojaron las teclas desiguales de una pianola vieja y destartalada, y gorda, inabarcable pirámide de carne. Y como un relámpago, que es como llega al corazón de los iluminados el acero de una revelación, Pachito supo lo que tenía en casa, lo que más o menos pesaba y lo mucho que le podría redituár, paliar un poco los muchos años de vejaciones y amenazas, los muchos miles de pesos que hasta entonces le habría costado ya.

Miró sus trinchas, los aguzados pinchos con que sujetar la carne, el tocón de vieja, gruesa y oscura madera grasosa que hacía de tabla de picar, el par de groseras jergas con que recogía el jugo y la grasa que soltaba la carne al ser troceada; los recipientes plásticos de colores para las abigarradas, violentas salsas hechas con chiles de todos los colores. Miró las caras felices de sus clientes, los carrillos llenos y brillantes a la luz de las farolas, otra vez, con esa súbita inquietud... ¿o certeza?, los ojos verdes de la mujer que ahora pedía amablemente más servilletas de papel, los gordezuelos labios dulcemente pringados con la grasa del taco de buche que recién le había servido. Pensó —cómo evitarlo—, en Milena, y no pudo, no quiso reprimir el gesto cruel, deliberado, admonitorio de mirar sus filosos cuchillos, siempre oportunos y perfectos para el trabajo, y sonrió casi condescendiente, anticipando

De los cuates pa' la raza

llegar a una casa deliciosamente sola, exquisitamente silenciosa, únicamente suya y totalmente convencido de lo que tendría que hacer aquella misma madrugada, antes de que Milena, aquello en que Milena se había convertido, se desperezara, almacenara conciencia de lo que pasaba, comenzara el primero de los muchos reclamos, reproches, regaños del día, de todos los días, de tanto, demasiado tiempo de vivir a su lado, de cebarla diariamente con las mejores legumbres, el maíz más fino, los más ricos chocolates o el suave pan que le hacía ir a comprar a dos barrios de distancia; antes de que empezara a aullar con su detestable voz de pito, sus gordos brazos rematados en peligrosas uñas temibles escalpelos, brazos muy blancos, como espolvoreados de harina, lo mismo que sus pies también blanquísimos, cada uña esmaltada en rojo una fresa de cada uno de aquellos dos pastelitos regordetes, blancas también y sobre todo, las nalgas inmensas todavía aplastadas entre las sábanas, desperdiciadas, enormes, jugosas y, ahora lo sabía, se regocijaba ante las posibilidades —sentía la mordedura de la impaciencia— sosegadamente puestas a punto, maduras, abundantes: sabrosas.

Y por primera vez en su vida rompió las reglas, la propia disciplina impuesta con años de observar metódicamente una misma rutina, y decidió cerrar temprano aquella noche, porque en casa iba a tener mucho trabajo, tanto que cortar, tanto que pelar, tantos cubos de carne que echar al perol y sazonarlos, dorarlos, mirarlos amorosamente derretirse en su

Antología

propia, glotona grasa, y dar una pequeña probada que de sólo imaginar ya le causaba un estremecimiento, un como sobresalto, la súbita vergüenza porque, qué tal si un cliente se daba cuenta, si aquella bella mujer enfundada en negro, por ejemplo, podía con aquellos hermosos ojos verdes leerle el pensamiento, el antojo, el desespero —aquello, en fin, que viéndolo sin antifaces, había sido, sólo de imaginar el cocimiento, la textura perfecta, la inmejorable comunión de carne, grasa, cebolla, ajo laurel y sal, casi un orgasmo. Su primer orgasmo en tanto, tanto tiempo mientras canturrea para sí, casi diríase feliz, recuperado el salero diario, el amor a la vida, el semblante de alegre locura que se reconoce sólo en aquellos que recuperan una ilusión: amorcito corazón, yo tengo tentación, yo tengo tentación, yo tengo, chingao.

De un beso.

De una mordida.

De un sorbo. Un sorbito nada más.

De tu sangre fresca.



Antología

Y era nuestro futuro una red llena de agujeros (fragmento)

Carlos Monsiváis

Era la tarde del mitin. Faltaban diez días para que diesen principio los XIX Juegos Olímpicos y fuese notificado el planeta entero de cuánto habíamos progresado desde que Cuauhtémoc arrojó la última flecha. Y eran las cinco y media y la gente se agrupaba, absorta en la fatiga de quien presiente la transferencia que lo convertirá en el asistente del próximo mitin y estaban los Comités de Lucha con sus pancartas y los brigadistas y los padres y madres de familia seguros de la calidad de su apoyo y había simpatizantes de clase media y empleados o profesionistas arraigados en la justicia del Movimiento Estudiantil y periodistas nacionales y reporteros de todo el mundo y quienes vendían publicaciones radicales y quienes vendían dulces y curiosos y habitantes de Tlatelolco.

Hace un mes estudiantes y maestros de primarias y obreros ferrocarrileros y maestros universitarios y del Politécnico y militantes de los grupúsculos acudieron a la Plaza de las Tres Culturas, con su historia acumulada que aprovechan edificios donde la propaganda ha improvisado “un nivel de vida superior”, con sus tesis explícitas sobre la asechanza de lo indígena, de lo colonial y de lo contemporáneo. Y el mitin se inició, al instalarse los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga en el tercer piso del Edificio Chi-

De los cuates pa' la raza

huahua. Dieron comienzo los discursos que cercenaban el desánimo y sembraban la reciedumbre porque la victoria estaba próxima. El número de los asistentes se incrementaba. Por el micrófono un aviso: para contradecir los rumores de una represión del ejército, se suspendía la marcha de Tlatelolco al Politécnico. No podían correrse riesgos después del 18 de septiembre, cuando el ejército ocupó la Ciudad Universitaria, cuando el humorismo darwiniano, a propósito de los ejecutores de la represión, se petrificó ante esa hosca fisonomía implacable que se repetía, se desdoblaba, insistía en su corporeidad, volvía a dar órdenes, obligaba a los detenidos a acostarse en el suelo, postergaba cualquier estado de ánimo, revisaba listas, conducía a los estudiantes hacia los camiones, les ordenaba alzar las manos, les exigía continuar tendidos, se vanagloriaba de la influencia que las armas tienen siempre sobre las víctimas.

Y eran las seis y diez de la tarde y de pronto, mientras el equipo de sonido divulgaba otra exhortación, rayó el cielo el fenómeno verde emitido por un helicóptero, el efluvio verde, la señal verde de una luz de bengala “desde la niebla de los escudos”, desde el reposo de lo inesperado. Se oyeron los primeros tiros y alguien cayó en el tercer piso del Edificio Chihuahua y todos allí arriba se arrojaron al suelo y brotaron hombres con la mano vendada o el guante blanco y la exclamación “¡Batallón Olimpia!”, y el gesto era iracundo, frenético, como detenido en los confines del resentimiento, como hipnótico, gesto que se descar-

Antología

gaba una y mil veces, necesidad óptica, engendro de la claridad solar desaparecida, descomposición del instante en siglos alternados de horror y de crueldad.

El gesto detenido en la sucesión de reiteraciones se perpetuaba: la mano con el revólver, la mano con el revólver, la mano con el revólver, la mano con el revólver. Alguien alcanzó a exclamar desde el tercer piso del Edificio Chihuahua: “¡No corran. Es una provocación!” Y como otro gesto inacabable se opuso la “V” de la victoria a la mano con el revólver y el crepúsculo agónico dispuso de ambos ademanes y los eternizó y los fragmentó y los unió sin término, plenitud de lo inconcluso, plenitud de la proposición eleática: jamás dejará la mano de empuñar el revólver, jamás abandonará la mano la protección de la “V”.

Y los tanques entraron a la Plaza y venían los soldados a bayoneta calada, y los soldados disponían al correr, de esa pareja precisión que el cine de guerra ha eliminado (por infidelidad de la banda sonora) y que consiste en la certidumbre de la voz de mando, una voz de mando que se transformará en estatua o en gratitud de la patria, pero que antes es coraje y alimento, cansancio y fortaleza, severidad de los huesos, simiente de obstinación, voz de mando que distribuye los temores y las incitaciones. Y cesó la imagen frente a la imagen y el universo se desintegró, ¡llorad amigos! Y el estruendo era terrible como apogeo de un derrumbe que puede ser múltiple y único, inescrutable y límpido. El clamor del peligro y el llanto diferenciado de las mujeres y la voz precaria de los niños y los ge-

De los cuates pa' la raza

midos y los alaridos se reunieron como el crecimiento preciso de una vegetación donde los murmullos son del tamaño de un árbol y lo plantado por el hombre resiste las inclemencias de la repetición. Y los alaridos se hundieron en la tierra preñándolo todo de oscuridad.

Los hombres con el guante blanco y la expresión donde la inconsciencia clama venganza dispararon, y el ejército disparó, y la gente caía pesadamente, moría y volvía a caer, se escondía en sus aullidos y se resquebrajaba, seguía precipitándose hacia el suelo como una sola larga embestida interminable, sin tocarlo nunca, sin confundirse jamás con esas piedras. Los niños corrían y eran derribados, las madres se adherían al cuerpo vivo de sus hijos para seguir existiendo, había llanto y tableteo de metralla, un ruido que no terminaba porque no empezaba, porque no era segmentable o divisible, porque estaba hecho jirones y estaba intacto. Los fusiles y los revólveres y las ametralladoras entonaban un canto sin claudicaciones a lo que moría, a lo que concluía entonces, iluminado con desnudo, con hostil premura, por la luz de bengala que había lanzado un helicóptero.

El olor de la sangre era insoportable porque también era audible y táctil y visual. La sangre era oxígeno y respiración, el ámbito de los estremecimientos finales y las precipitaciones y los pasos perdidos. Se renovaba la vieja sangre insomne. Y la sangre, con esa prontitud verbal del ultraje y el descenso, sellaba el fin de la inocencia: se había creído en la democracia y en

Antología

el derecho y en la conciencia militante y en las garantías constitucionales y en la reivindicación moral. La inocencia había sido don y tributo, una inminencia del principio, algo siempre remitido al principio, allí donde el llanto y las reverberaciones de la sangre y el rescoldo de la desesperanza se gloriaban en la memoria de los días felices, cuando se vivía para la libertad y el progreso. Los cadáveres deshacían la Plaza de las Tres Culturas, y los estudiantes eran detenidos y golpeados y vejados y los soldados irrumpían en los departamentos y el general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa exclamaba:

“El comandante responsable soy yo. No se decretará el estado de sitio. México es un país donde la libertad impera y seguirá imperando... Hago un llamado a los padres de familia para que controlen a sus hijos, con el fin de evitarnos la pena de lamentar muertes de ambas partes; creo que los padres van a atender el llamado que les hacemos”.

Y Fernando M. Garza, director de prensa y relaciones públicas de la Presidencia de la República, informaba a los periodistas mexicanos y a los corresponsales de la prensa extranjera:

“La intervención de la autoridad... en la Plaza de las Tres Culturas acabó con el foco de agitación que ha provocado el problema... Se garantiza la tranquilidad durante los Juegos Olímpicos. Hay y habrá vigilancia suficiente para evitar problemas”.

Ametralladoras, bazukas y rifles de alto poder disolvían la inocencia. Los rostros desencajados redu-

De los cuates pa' la raza

cían a palidez y asco el fin de una prolongada confianza interna: no puede sucedemos, no nos lo merecemos, somos inocentes y somos libres. El zumbido de las balas persistía, se acumulaba como forma de cultura, hacía retroceder a las manifestaciones y las voces de protesta y los buenos deseos reformistas del pasado. La temperatura del desastre era helada y recia y la gente tocaba con desesperación en la puerta de los departamentos y allí se les recibía y se les calmaba y desparramándose en el piso todos compartían y acrecentaban el dolor y el asombro. Los detenidos eran registrados y golpeados con puños y culatas y pistolas. Los agentes de policía emitían dictámenes: “A la pared, a la pared”. La inocencia se extinguía entre fogonazos y sollozos, entre chispas y ráfagas.

Antología

Quiero saber

Carlos Montemayor

Quiere saber si saldré igual que todas las mañanas.
Si bajaré la escalera de mi casa y caminaré por la acera
con el sabor del café negro en la boca,
con la amargura dulce del cigarrillo en los labios,
pensando ya en lo que no haré,
pensando ya en el lo que dejaré para mañana.

A cada momento la espero.
Busco reconocerla,
encontrarla por fin con todas las fuerzas de mi vida,
saber cómo es.

Hoy no me aflige la tardanza.
La ciudad es así: se demora y se apresura.
¿Es aquélla que acaba de pasar?
¿Es ésta?

Mejor descansaré, sí.
Permaneceré acostado todo el día,
esperando,
porque siento que desde hoy le soy infiel,
siento que estoy a punto de engañarla.



Antología

Soliloquio

Eduardo Monteverde

¿De veras lo quieren escuchar? Va. Empecé a matar porque sí, primero a un perrillo lanudo que se atravesó en el parque. Le pisé la cabeza y entonces decidí armarme, no hasta los dientes, apenas con una navaja de muelle. Al par de días degollé a un gran danés negro que merodeaba. Lo sorprendí durmiendo una siesta. Pero, mientras vagaba por los senderos entre álamos temblones, apartaba a las hormigas para que nos las fuera a aplastar algún caminante. Así me descubrió el señor ese, uno que dizque era vigilante. Nada más me miraba como un aparecido entre los troncos, en ese lugar todo estaba caído. Me regaló una placa de *sheriff*, yo apenas andaba en la escuela secundaria, en las primeras borracheras, y una noche atropellé a una criada que iba por el pan de los patrones. El señor ese apareció en la comisaría, dijo que yo era *marshall*, me ascendió, pagó la fianza. No hubo reclamos, los patrones se cambiaron de barrio. A la criada la volví a ver una sola vez luego de estamparse en el parabrisas. Cuando salí en libertad me asomé en el sótano del edificio y estaba en una plancha de granito. No valía ni la sábana porque no la taparon.

Mis padres me pusieron en una escuela Montessori porque era muy inquieto. Me quitaron el coche, me robé otro. La maestra de ética sí que estaba buena y era muy culta. Me ponía a ver cuadros en un

De los cuates pa' la raza

libro muy grande de los prerrafaelistas y se brincaba detrás del sofá para que le contara lo que veía. Me iban a suspender cuando el señor aquel apareció en la dirección. Yo era tan inteligente, dijo el director, que me puso a aprender francés leyendo a Julio Verne y a Baudelaire. Gané un premio humanista por llevar a la escuela una colonia de hormigas en peligro de extinción. Se la robé a unos ecologistas. ¿Merezco ahora estar en prisión? Soy Nicola Barbie.

La foto de Nicola Barbie salió en todos los diarios, en una sonreía con devoción.

—¿De qué se ríe?—, le preguntó un reportero cuando lo presentaron a la prensa.

—De mis ateos favoritos. De Stalin y de Lavrenti Pavles dze Béria; o en ruso que también lo hablo porque les compro armas: Лаврентий Павлович Бэрия, de Slobodan Milošević y de todos aquellos que sonreían cuando rescataban pajarillos en invierno. Yo he salvado una colonia de gorriones. Estaban a punto de extinguirse. Las avecillas también tienen comunas.

Nicola Barbie no rehusó hacerse las pruebas de resonancia magnética con enviados de la Universidad de Heidelberg. No le faltaba ningún circuito neuronal para considerarlo un psicópata sin conciencia. Tras las rejas, solicitó entrar a una sociedad protectora de animales. Lo aceptaron. Un reportero osó hacer una semblanza sobre el pérfido de La República. El editor del diario no la publicó por falta de contenido. La subió a Internet y a los tres días apareció ahorcado frente a su casa. Ni una sola nota sobre su muerte. Un blog

Antología

naturista puso el torso de Nicola por la musculatura. El señor aquel le dio una buena suma a la viuda.

El reportero había sobrepuesto fotografías de la banda del asesino confeso, encima de revolucionarios del siglo XX y casaban muy bien. Pura plebe. El sello censura cayó.

Continúo mi soliloquio. La cuestión de los héroes es apenas cosa de matices. Lo dijo Bakunin. Yo no soy lombrosiano. Simón Bolívar traicionó a Miranda y ya ven, ¿quién es el héroe? Amo por igual a Edmundo Dantes que al Capitán Nemo. En el aquí y ahora tengo más lectores que aquellos que imaginan. De mis canciones, de mi leyenda hay mucho más, ¿por qué?, porque sin duda tengo más botas que las de los que me cepillé, y por las hormigas y aves que he salvado, muero con las botas puestas, como esa película ¿de quién? de un tal Raoul Walsh con Errol Flynn, ese australiano borracho exaltando a Custer, el exterminador de indios, el de “Murieron con las botas puestas”. Es cine de culto. Sí que lo es. Ahora que aquel editor censuró mi semblanza por falta de contenido, la cuento yo. Todos se quieren poner en mis botas sin conocer el olor a cuero, y vaya que están vacías. No hay nada qué contar. Comencé a traficar cuando quería ser *hippie*. Mis padres, que el silencio guarde en su gloria, me acogían en mis idas y venidas, nunca dejé de ser hijo de familia. No hace mucho el señor del parque me llevó de paseo y me topé, como Don Quijote, con la Iglesia, con unas ruinas, un instituto creado por un presidente liberal junto a un lago

De los cuates pa' la raza

sumido en las provincias. Me remontó a los tiempos del espejismo perdido en la belleza del paisaje indio, un centro de acopio cultural, paraíso del libre albedrío. Llegaron de ultramar cineastas, pedagogos y poetas a descubrir la sepultura del Día de los Muertos. Fumaban cosas raras, porque aquí no se daban las hierbas malas que los franceses trajeron, los moros, al mediar el siglo XIX. El señor del parque, que era un muchacho entonces, me contó que sembró unas matas en las riberas del lago. La semilla se la dio un gringo y empezó a hacer fortuna. Las canoas llevaban fardos de maíz en un programa de ayuda que venía del presidente Kennedy. Se metía yerba en los fardos y así llegaban al plantel de la cultura. Los costales regresaban a la frontera dizque vacíos, pero con droga. Vaya bullicio que se armó con tanta libertad del orbe civilizado, que era poco, un puñadito de disidentes. Llegaron pintores, directores de cine. La minúscula empresa de los proveedores se diversificó. Lejos de ahí, en la costa, filmaba por aquel tiempo John Huston “La noche de la iguana”. Las tierras del cultivo junto al lago eran de un gobernador, —vaya a saber cuál era el nombre—, que cuidaba de sus hijos naturales, indios y mestizos, con dotes de organización. Toda una comuna que los antropólogos no estudiaron, no porque no quisieran, —unos estudiaban a la Comuna de París y otros se volvieron marihuanos. Los comuneros de verdad se volvieron propietarios y el señor ese que era medio hippie, llevaba los encargos a la costa, a lomo de mula, entre pantanos y breñales para que se los fumara “La

Antología

noche de la iguana”. Era un sufridor que conocía palmo a palmo los caminos, olfato de hiena y pupila de zopilote albino. No da para una novela. Seguí sus enseñanzas y pasé de las brechas a las autopistas, luego de la pavimentación de la Madre Tierra, y me dirigí a los barcos y los aviones, ya en la época de las fórmulas, bienaventuradas sean las moléculas que me dan para pagar a los mejores químicos del mundo bajo la bandera del libre albedrío, esa es mi República. ¿Que maté naturales? Igual que el señor que me crió, aunque aquí entre nos fueron más los blancos que los indios, para que nadie me llame Custer, a quien no le admiro ni las botas. Nunca las tuvo en una amalgama de avestruz y tiburón. Ninguna especie en peligro de extinción. Yo uso zapatos Nike de confección privada, pero a mis muchachos no les he podido quitar la costumbre de lo exótico. Que valga, mañana serán como hoy lo soy, que somos muchos y seremos más, sin que en verdad se sepa que estamos tan huecos como el economista de la cuadra, el escritor del vecindario o el panadero de la esquina. Tantos escriben sobre mí sin haberme conocido y tienen apenas un ápice de fama bordando en el vacío sobre mis historias, cuidado que yo vivo en el presente que se escapa, que ya pasó. Yo, que llevo en mi persona más hijos de la chingada muertos que Pancho Villa por su mano. No me comparo excepto si sobreponen mi fotografía sobre la cara de cualquier tropa, de pueblo cualquiera.



Antología

El baile de las tabaqueras

Humberto Musacchio

La Fábrica del Buen Tono estuvo ochenta años en el barrio de San Juan. Abierta por don Ernesto Pugibet en 1882, su entrada principal se abría frente al parque del Buen Tono, jardín flanqueado al norte por la Basílica de San José y al poniente por el templo de Nuestra Señora del Buen Tono, que en 1908 sustituyó a la demolida iglesia de San Juan de la Penitencia, donde el coro tenía la espléndida reja que hoy está a la entrada de Chapultepec.

La capital contó siempre con alguna fábrica de tabacos y su personal fue predominantemente femenino. Desde el siglo XVII y hasta 1770, obreros y obreras se amontonaban en una vieja casona de la plaza de Santa Catarina, donde estaba la Fábrica de Puros y Cigarros de la ciudad de México. En 1789 esa multitud proletaria fue trasladada a una sección del viejo convento de la Enseñanza, el que hoy ocupa la Secretaría de Educación Pública. Hacia 1808 los siete mil operarios fueron alojados en el edificio proyectado por Manuel Agustín Mascaró, cuya construcción se inició en 1793 pero fue suspendida entre 1794 y 1804. Se trata del inmueble conocido desde 1815 como La Ciudadela, porque durante la guerra de independencia fue convertido en cuartel por el ejército colonial.

Ahí, como siempre, las mujeres jugaron un papel de primera importancia en la industria. En el ve-

De los cuates pa' la raza

rano de 1839, cinco mil de ellas realizaron grandes manifestaciones callejeras para oponerse a las medidas laborales dictadas por el monopolio privado del tabaco. En febrero de 1842, las tabaqueras se amotinaron contra el pago de sus salarios en la devaluada moneda de cobre, y sólo desistieron ante el embate de la gendarmería. En 1846, las obreras de la Fábrica de Puros y Cigarros de la ciudad de México, enteradas de que la empresa tenía intenciones de comprar en Europa una máquina forjadora de cigarros, escribieron una petición a las autoridades en la que se oponían a tal importación, que afectaría a 30 mil familias que dependían de la producción de cigarros y porque, razonaban las trabajadoras, ningún artilugio tecnológico podía resolver exitosamente todos los procesos de elaboración de los cigarros que requerían iniciativa y decisión personales. La guerra de 1847 ocupó la atención general y la máquina nunca llegó a México.

En 1874, los trabajadores de la fábrica La Bola estallaron una huelga para impedir la utilización de mano de obra femenina, porque las mujeres recibían menos salario y, decían los operarios, eran más sumisas a los mandatos de la empresa. El movimiento fue rápidamente derrotado y las mujeres continuaron como siempre incorporadas a la industria, pero no tan sumisas como suponían sus compañeros, pues a mediados de 1877, las obreras de La Sultana, El Borrego, La Africana, Los Aztecas, El Negrito y El Modelo estallaron una huelga para que se redujeran las cargas de trabajo. Aunque este movimiento tampoco tuvo éxito,

Antología

las operarias continuaron organizándose y diez años más tarde, en diciembre de 1887, crearon la Sociedad Mutualista Hijas del Trabajo del Ramo de Obreras de Cigarrería.

El proceso de mecanización era irreversible y en 1888 los obreros presenciaron la llegada de la primera máquina forjadora de cigarros, similar a las que existían en Estados Unidos y en Gran Bretaña desde 1854, capaz de elaborar siete mil 520 en una hora, tres veces más cigarros que un obrero en toda la jornada. El introductor de aquel ingenio mecánico fue el mismo Pugibet, empresario francés que empezó en 1789 con sólo tres operarios e hizo crecer su empresa siempre a golpes de imaginación y mejoras tecnológicas constantes. A principios del siglo XX aumentó la importación y fabricación de máquinas para hacer cigarros y en 1909 se fabricaron 511 millones de cajetillas. Las nuevas máquinas eran mucho más rápidas: El Buen Tono podía producir 10 millones de cigarros diarios gracias, entre otras razones, a las decenas de innovaciones que los obreros de la fábrica pudieron introducir con el apoyo de Pugibet.

Para los capitalinos, las marcas del Buen Tono formaban parte de sus ritos colectivos y de sus señas de identidad. Pugibet planeaba las campañas publicitarias de sus cigarros utilizando juegos de palabras, motivos de historia mexicana y referencias a la situación política, lo que hizo de marcas como El Número 12, Reina Victoria y Canela Pura, los cigarros más vendidos. El talento empresarial de Pugibet se valió

De los cuates pa' la raza

de carteles *art-nouveau* e historietas para anunciar sus cigarros y consiguió hacer realmente célebres a algunos de los personajes, como Fradiávolo o Ranilla, el de Las aventuras de Ranilla. Los diseños de las cajetillas y de los anuncios tuvieron grandes aciertos y algunos figuran entre lo mejor del *art-deco* mexicano. En 1910, Pugibet hizo traer de Francia un dirigible, con el que presentó al público los nuevos cigarros Alfonso XIII, llamados así en homenaje al rey español. No menos impresionante fue para los capitalinos ver en 1928 un avión que escribía con humo, sobre el cielo de la ciudad, el nombre de la empresa y de sus marcas principales.

Don Ernesto murió en 1915, después de construir las privadas del Buen Tono, de la calle de Bucareli. Ocho años después se instaló en Monterrey una gran fábrica de la empresa American British Tobacco, la que fomentó la producción en gran escala de tabacos rubios y promovió su consumo, al extremo de que diez años después había logrado modificar drásticamente los hábitos de consumo y en 1933 una sola planta, El Águila, producía 402 millones de cajetillas de tabacos rubios contra sólo 85 millones de El Buen Tono, que trabajaba con tabacos oscuros. Para una empresa con menos arraigo aquello hubiera sido el fin, pero ésta resistió hasta principios de los años sesenta, cuando la situación se hizo insostenible y la vieja fábrica dejó de sonar su silbato que tan bien conocían polleros y pescaderos de la calle de Aranda y los comerciantes del mercado de San Juan. La modernidad derrotó a

Antología

quien había sido uno de sus grandes abanderados y la ciudad perdió la tenaz energía de esos obreros, pero sobre todo la fuerza y la alegría de esas aguerridas trabajadoras que inspiraron a Bizet “El baile de las taba-
queras”. Su ejemplo vive.



Antología

Los inquisidores

Thelma Nava

I

No respetaron nada
ni siquiera las cartas de amor
los retratos de familia o los pequeños
recuerdos de infancia.

II

Se esconden detrás de cualquier parte.
Todo lo contaminan
cuanto dicen sus labios es corrupto.
A pesar de todo
ellos tampoco están seguros
de amanecer al día siguiente.

III

¿Sabías que se pasan las noches
imaginando nuevas formas de tortura?
Escriben su miserable y reptante nombre
en el cráneo de su propio hermano.
Ellos creen que están vivos
y que un hombre dejará de gritar
la palabra libertad cuando queman sus libros,
cuando desnudan a su mujer
o cuando le roban el pasaporte.

De los cuates pa' la raza

IV

Ignoran que el tirano no duerme y da saltos
en su lecho cuando le falta el aire.
No saben que la libertad se respira como una
golondrina
se navega como una isla por todos los rincones de la
patria.

V

Siempre es posible que de un momento a otro
llamen a la puerta destrocen las paredes
para mirar qué hay detrás de los ladrillos.
Te pongan una bomba de tiempo entre las manos
derriben la escalera y se alejen silbando mientras
urden la versión oficiosa
que habrá de publicarse al día siguiente.

VI

A todos puede sucedernos. Nadie escapa
de sus perseguidores. Usan el traje del vecino,
el auto de un amigo, la sonrisa del hombre
de la esquina
para sacarte con engaños de tu casa,
golpearte el bajo vientre,
obligarte a firmar declaraciones
y pretender hablar a solas con tu viuda.

VII

Sabes que existen y están en todas partes.
Te miran por agujeros invisibles

Antología

te acechan cuando haces el amor.
Están en el teléfono, en la mesa del café
y en los supermercados. Se reproducen como larvas.

VIII

Es necesario conjurar el peligro de los inquisidores,
escribir la palabra amor sobre las puertas
donde antes se leía “censada”.

Utilizar un código secreto meterse a la pantalla
de la televisión, amar con gafas negras.

Aprender de memoria las consignas
Escritas por toda la ciudad.

No viajar en un radio mayor de 250 kilómetros.

Llevar un equipaje ligero. Nada de libros.

No cruzar las fronteras por si acaso.

No investigar el nombre de los muertos.

Olvidar la tortura para siempre.

Ellos avanzan y nos sitian y nadie puede verlos.

Amurallan el territorio y los niños no aprenden
la verdadera historia en los textos gratuitos.



El viaje imposible

Cristina Pacheco

I

Desde finales de junio se modifica el ritmo en la fábrica de esferas Ilusión. Doña Estela, la propietaria, y Chalo, el supervisor, han tenido que resignarse a que en esta temporada las mujeres disminuyan su actividad. Roban minutos de su jornada para intercambiar información acerca de los horarios y precios de los cursos de verano. Para ellas representan la única posibilidad de que sus hijos se mantengan a salvo entre nueve de la mañana y una de la tarde, aprendiendo mientras ellas trabajan, pero sobre todo disfrutando de lo que en sus casas no tienen: un poco más de espacio y un jardín.

Lina está satisfecha por haber encontrado un buen curso para sus dos hijos; sin embargo, le preocupa lo que harán cada día al terminar las clases. Magda siente la misma inquietud, aunque confía en que su niño sabrá protegerse tomando en cuenta las advertencias que le hace cada mañana: Si tu papá no llega, esperas a que venga tu hermano a recogerte. Se van derecho a la casa y cierran bien la puerta. Cuando tengan hambre se comen la torta y las papitas que les dejé. No salgan a jugar a la calle. Si quieren entretenerse pongan la tele.

Janet dice que esa diversión ya no es tan segura. El jueves descubrió a su hijo viendo una película para

De los cuates pa' la raza

adultos. Paulina procura tranquilizarla diciéndole que hay un sistema para bloquear esa programación. Janet pregunta si tiene un costo adicional; aunque lo tenga, está dispuesta a pagarlo con tal de que su hijo no vea esas porquerías.

Danae está embarazada de seis meses. Dice que cuando su hijo crezca, ya sea hombre o mujer, se preocupará menos si lo encuentra viendo una película pornográfica que ante la escena que ella miró la otra noche. Doña Estela abandona su sopor y se alarma: ¿Qué viste? Danae se toca el vientre. Lo que menos esperaba: imagínese un salón de clases en donde niños de nueve años están recibiendo instrucciones para protegerse contra balaceras, bombas y secuestros. Está bien que aprendan eso los militares o los policías, pero no las criaturas.

II

Después de todo lo que ha oído, Tania acaba por confesar que, aunque lamenta el paso del tiempo, no le gustaría ser niña en estos tiempos. Jazmín opina lo contrario: pues fíjate que a mí sí. Los escuinclitos ya no son tan dejados como fuimos nosotros; andan muy despiertos y saben muchas cosas. Mi sobrino de siete años maneja la computadora mejor que su papá. Con decirles que ya hasta organiza sus propios juegos y les manda correos a sus amigos.

Tania se muestra más firme que antes. No envidia a ese niño ni a los demás, y hasta siente algo de lástima por ellos. Crecerán sin saber lo que es vivir sin

Antología

miedo, andar solos por la calle, irse al parque y al cine con los amigos, pasarse las horas oyendo las historias de los abuelos. La reflexión de Tania impone un momento de silencio. Luego sus compañeras lamentan que no les haya tocado vivir ni siquiera unos años de ese mundo que Tania describió.

A lo lejos se escucha el silbato de la locomotora que cruza por Tlatilco. Doña Estela agrega que a los niños de hoy les faltará otra cosa que conocieron las generaciones anteriores: el tren de pasajeros. Danae le pregunta cómo eran. Lina quiere saber adónde iba; Paulina, cuánto costaban los pasajes. Chalo les pide que no sean indiscretas y sigan trabajando. Janet protesta: ya es hora de nuestro descanso. Deje que ella nos cuente. Doña Estela duda en hacerlo. Teme aburrirlas, no recordar experiencias que tuvo hace mucho tiempo. Janet insiste.

Vuelve a escucharse el silbato de la locomotora. Doña Estela cierra los ojos y emprende el viaje de regreso a su infancia.

III

“Aquél era otro mundo. Para los niños las vacaciones estaban relacionadas con el fin de año y para nosotros, quiero decir para mi familia, con ir al pueblo a visitar a los abuelos. Su casa era grande. Tenían establo. Los domingos, junto con la leche, vendían la carne fresca de algún marranito que acabaran de matar en su corral. Eso no me gustaba ni tampoco que siempre que me veían me dijeran lo mismo: ¿cuándo creces, pingüica?”

De los cuates pa' la raza

De allí se me quedó el apodo. Si mi hermano quería hacerme repelar me llamaba así: Pingüica. Hasta la fecha lo hace cuando me llama desde Cuautla, sólo que ya no me molesta”.

“Los preparativos para el viaje eran complicadísimos, más que si fuéramos astronautas que se dirigen a la Luna. Mi mamá blanqueaba la ropa que nos íbamos a poner, mi padre iba a la estación de Buenavista a cada rato para asegurarse de que el tren saldría puntual. Pudo haberlo preguntado por teléfono, pero no confiaba en los aparatos ni en la gente a la que no le veía los ojos.”

“A mi hermano y a mí nos recordaban que debíamos portarnos bien cuando estuviéramos en casa de nuestros abuelos, y nos repetían nuestras obligaciones durante la visita: tender la cama al levantarnos, no pedir más guisado si no nos lo ofrecían y sobre todo no contarles que andábamos siempre mal de dinero.”

“Todo, todo era soportable ante la ilusión de emprender el viaje en tren. Tomábamos el que iba al norte y salía muy temprano. Por eso la noche anterior nos acostábamos casi al atardecer, pero nadie dormía. A las seis ya estábamos en pie, asueñados, tropezando con las maletas y los bultos. A las siete mi padre se iba en busca de un libre que nos llevara a Buenavista. La estación ya no existe. Lástima. Era preciosa, o al menos así la recuerdo. Tenía techos muy altos y unas columnas de metal que parecían de filigrana.”

“Aunque faltara mucho tiempo para salir, nosotros nos acercábamos al andén con los boletos en

Antología

la mano. Allí, rodeados por otras familias, permanecíamos atentos, listos para ser los primeros en subir al vagón. Eso garantizaba que por lo menos a mi hermano y a mí nos tocaría ventanilla. Los vidrios siempre estaban manchados de grasa y nosotros, con la manga del suéter, los frotábamos para ver mejor lo que ya tantas veces habíamos visto: vendedores de gardenias, personas con la mano levantada despidiéndose, el vericuetto de vías y luego la ciudad se iba quedando atrás hasta que al fin llegábamos a Lechería.”

“Ese punto era para nosotros el comienzo del viaje que duraba no recuerdo si 10 ó 12 horas. A mi hermano y a mí nos parecía poco tiempo, quizá porque cuando uno es niño las horas transcurren de otro modo. A media mañana el solecito entraba por las ventanillas y el paisaje se aclaraba y se hacía más árido. Había tramos en los que sólo se miraban huizaches, uno que otro pirú, y allá muy lejos caseríos.”

“Cada vez que nos acercábamos a una estación el portero lo anunciaba para que los que iban a quedarse allí tuvieran tiempo de tomar su equipaje. Esas personas, de las que nunca sabré nada, me daban lástima. No sé por qué, a lo mejor porque su viaje había sido muy corto o no iban, como nosotros, más al norte, al pueblo, a la casa de los abuelos.”

“Cuando llegábamos a una estación mi padre se bajaba del tren a dar unos pasitos. Mi mamá, mi hermano y yo lo veíamos alejarse con temor de que no regresara a tiempo. Pero siempre volvía con alguna sorpresa agradable: dulces, bolsas de pinole, gorditas

De los cuates pa' la raza

de maíz con piloncillo, una canastita de guayabas que lo llenaban todo con su olor. Nuestra felicidad crecía al oír la voz de: ¡váaaaamonos!”

“En aquellos viajes todo era divertido, hasta ir al baño. Como el tren iba ya a buena velocidad, mi hermano y yo cruzábamos una apuesta: A ver quién llega al baño sin agarrarse de los pasamanos y sin caerse. El juego no era invento nuestro. Otros niños hacían lo mismo. En un segundo el carro se llenaba de asombro, risas, gritos y advertencias: niños, se van a caer. El peligro inexistente hacía que nos sintiéramos heroicos.”

“Al fin regresábamos a nuestro sitio. El paisaje era el mismo que habíamos visto durante todo el camino: tierras áridas donde sólo crecían yerbas, huizaches y tequesquites. Por mucho que quisiéramos verlo, el panorama terminaba por aburrirnos y nos adormecíamos. Mientras tanto mis padres, ya sin tener que vigilarnos, se ponían a conversar de un asiento a otro. Nunca alcancé a oír de qué hablaban, porque el chirrido de las ruedas contra las vías era muy fuerte, pero conservo como algo muy grato el rumor de sus voces.”

El timbre del teléfono interrumpió a doña Estela. El viaje recordado por ella, ya imposible para todos nosotros, terminó en la fábrica de esferas Ilusión.

Antología

Manuscrito de Tlatelolco (2 de octubre de 1968)

José Emilio Pacheco

1. Lectura de los “Cantares Mexicanos”.

Cuando todos se hallaban reunidos
los hombres en armas de guerra cerraron
las entradas, salidas y pasos.
Se alzaron los gritos.
Fue escuchado el estruendo de muerte.
Manchó el aire el olor de la sangre.

La vergüenza y el miedo cubrieron todo.
Nuestra suerte fue amarga y lamentable.
Se ensañó con nosotros la desgracia.

Golpeamos los muros de adobe.
Es toda nuestra herencia una red de agujeros.

2. Las voces de Tlatelolco (2 de octubre de 1978: diez años después)

Eran las seis y diez. Un helicóptero
sobrevoló la plaza.
Sentí miedo.

Cuatro bengalas verdes.

Los soldados
cerraron las salidas.

De los cuates pa' la raza

Vestidos de civil, los integrantes
del Batallón Olimpia
—mano cubierta por un guante blanco—
iniciaron el fuego.

En todas direcciones
se abrió fuego a mansalva.

Desde las azoteas
dispararon los hombres de guante blanco.
Disparó también el helicóptero.
Se veían las rayas grises.

Como pinzas
se desplegaron los soldados.
Se inició el pánico.

La multitud corrió hacia las salidas
y encontró bayonetas.
En realidad no había salidas:
la plaza entera se volvió una trampa.

—Aquí, aquí Batallón Olimpia.
—Aquí, aquí Batallón Olimpia.

Las descargas se hicieron aún más intensas.
Sesenta y dos minutos duró el fuego.

—¿Quién, quién ordenó todo esto?

Los tanques arrojaron sus proyectiles.
Comenzó a arder el edificio Chihuahua.

Antología

Los cristales volaron hechos añicos.
De las ruinas saltaban piedras.

Los gritos, los aullidos, las plegarias
bajo el continuo estruendo de las armas.

Con los dedos pegados a los gatillos
le disparan a todo lo que se mueva.
Y muchas balas dan en el blanco.

—Quédate quieto, quédate quieto:
si nos movemos nos disparan.

—¿Por qué no me contestas?
¿Estás muerto?

—Voy a morir, voy a morir.
Me duele.
Me está saliendo mucha sangre.
Aquél también se está desangrando.

¿Quién, quién ordenó todo esto?
—Aquí, aquí Batallón Olimpia.

—Hay muchos muertos.
Hay muchos muertos.

—Asesinos, cobardes, asesinos.

—Son cuerpos, señor, son cuerpos.

De los cuates pa' la raza

Los iban amontonando bajo la lluvia.
Los muertos bocarriba junto a la iglesia.
Les dispararon por la espalda.

Las mujeres cocidas por las balas,
niños con la cabeza destrozada,
transeúntes acribillados.

Muchachas y muchachos por todas partes.
Los zapatos llenos de sangre.
Los zapatos sin nadie llenos de sangre.
Y todo Tlatelolco respira sangre.

—Vi en la pared la sangre.
—Aquí, aquí Batallón Olimpia.

—¿Quién, quién ordenó todo esto?

—Nuestros hijos están arriba.
Nuestros hijos, queremos verlos.

—Hemos visto cómo asesinan.
Mire la sangre.
Mire nuestra sangre.

En la escalera del edificio Chihuahua
sollozaban dos niños
junto al cadáver de su madre.

—Un daño irreparable e incalculable.

Antología

Una mancha de sangre en la pared,
una mancha de sangre escurría sangre.

Lejos de Tlatelolco todo era
de una tranquilidad horrible, insultante.

—¿Qué va a pasar ahora, qué va a pasar?



Antología

Palabritas

Francisco Pérez Arce

Uno de los internos del manicomio, a quien los enfermeros llamaban Palabritas, —era chaparro, moreno, lampiño y flaco—; pronunciaba hileras de palabras sin sentido, a veces con gestos desesperados, a veces sereno, entreverando palabras comprensibles, pero incomprendibles en ese contexto de ruidos e interjecciones, y a veces lloraba y señalaba la puerta, o el techo, o la ventana, o el piso, y a veces abría los brazos como si rezara y había días enteros en los que no pronunciaba palabra alguna, enmudecía y miraba hacia todas partes como si esperara algo. Nadie sabía su nombre. Llevaba muchos años internado. Cada vez hablaba menos y enmudecía más. Al final ya casi no lloraba, y eran más infrecuentes sus gestos de angustia.

La empresa de Virgilio se ocupó de la seguridad exterior del manicomio. Envío a dos parejas de guardias que se turnaban cada 24 horas. Uno de esos guardias, Pablo Roque, chiapaneco de la selva, que ya llevaba varios meses trabajando ahí, entró al manicomio a petición de los enfermeros para que ayudara a cargar unas camas y otros muebles. Casualmente, al pasar al lado de uno de los cuartos múltiples (en cada uno de ellos dormían diez o doce locos pacíficos), Palabritas estaba perorando. Pablo Roque entendió lo que decía por la sencilla razón de que estaba hablando en su idioma materno; lo saludó y algo le dijo. El otro

De los cuates pa' la raza

no entendió lo que pasaba. Contestó con unos ojos que no le cabían en sus cuencas. Siguió el diálogo ante el rostro horrorizado de los enfermeros. Le preguntaron qué decía. Pablo les dijo que eran del mismo pueblo, de la selva, y le estaba preguntando por su familia.

Así que Palabritas no estaba loco, nada más hablaba en su lengua y no hablaba ni una palabra de Castilla. Hablaron con el director y con los psiquiatras y, aunque con muchas dudas, lo dieron de alta. Y tenían razón en tener dudas. Después de tantos años Palabritas no sabía vivir en otro lado. Cuando quisieron sacarlo se aferró a su cama y gritaba desesperado. Llamaron a Pablo Roque. Habló con él. Simplemente pedía que lo dejaran en paz. Ya estaba muy viejo y pronto murió. Cuando estaba agonizando volvieron a llamar a Pablo Roque para que tuviera a alguien de su tierra en ese tránsito final. Sus últimas palabras fueron éstas: “Me equivoqué de camino, yo no quería venir a este lugar, aquí todos están locos”.

Antología

El Chino (fragmento)

Elena Poniatowska

El día 19 Héctor Méndez, apodado El Chino —por el pelo—, de 39 años, egresado de la Facultad de Comercio de la UNAM, le dijo a su mujer:

—Haz de cuenta que estamos en guerra, me voy a ir a Tlatelolco.

En el 68 estábamos en el segundo año de la carrera profesional, tuve una participación mínima, pero vi nacer la Prepa Popular, movimientos sindicales independientes en la Secretaría de Programación, cooperativas; por mis inquietudes sociales fui a ayudar en la reconstrucción de casas, autoconstrucción de vivienda popular en Tláhuac, así como el saneamiento de canales en Xochimilco, luego en Tlalnepantla y en Ecatepec. A Tlatelolco la vi nacer, vi desde las excavaciones, cómo piloteaban, cómo fue llegando a vivir la gente, los de la Guerrero somos clase popular, pero nuestro arraigo es de años.

Llegó un nuevo tipo de habitantes; burócratas con otra mentalidad, pero hubo una mezcla con nosotros, los del barrio antiguo, y nos hicimos buenos amigos. Por eso vine y desde el primer día entré a un túnel con dos muchachos de Sanidad Militar, y logramos sacar primero a una señora muy robusta de unos 85 a 90 kilos y nos costó mucho trabajo, pero a su sobrina la sacamos facilísimo, como si fuera una muñeca. La

De los cuates pa' la raza

señora tenía una fractura en la pierna, la sobrina en el brazo pero vivas las dos, vivas, y estuvimos excavando de las 10:30 de la mañana a las 6:30 de la tarde, así que fue bastante rápido, porque otros rescates han durado hasta 42 horas, y en eso le va a uno creciendo por dentro la desesperación.

A la señora de 90 kilos la montamos sobre una colcha; en ese rescate, ya en la nohcecita, nos ayudaron los militares. Hasta el domingo 22 en la tarde dormí dos horas y durante los quince días siguientes nuestras jornadas fueron de 20 horas de trabajo continuo y cuatro de descanso.

Ahora en Topeka, con la fatiga acumulada, la situación es distinta. Trabajamos un promedio de 18 a 20 horas diarias, pero ya no con la misma intensidad porque sabemos que ya no hay vida. Usamos instrumentos más descansados también: el martillo neumático, el acetileno, las motosierras, porque el estar rescatando en los túneles es físicamente agotador.

Héctor Méndez se ve exhausto, pero no lo admite:

—Como muy bien —protesta—, muy bien; aquí está el Ejército de Salvación y yo nunca quería dejarles ni un centavo en los “altos”, pero ahora voy a darles porque dan muy buen café y unas tortas calientitas. Aquí vienen las muchachas de la Anáhuac, ni un solo día han dejado de venir y nos traen excelente comida: pasteles de caja, platillos como de restaurante de lujo, galletas muy finas. No han fallado jamás esas muchachas. Estamos muy bien, tenemos los elementos suficientes para trabajar. Estas muchachas

Antología

nos alimentan desde hace mucho. Ya pasó lo peor. Los primeros días, desde el jueves al domingo, no comí nada, nada más tomaba agua, y no me tiraba a dormir porque el problema era dónde dormir; después nos pusieron un campamento: casa de campaña y cobertores, y ya podíamos dormir dos o tres horas y otra vez a darle. Era imposible descansar sabiendo que había gente sepultada allá adentro.

Aquí me he mojado mucho con los aguaceros, pero mire, no está uno en condiciones de pensar que se va a enfermar porque tiene una conciencia de que está haciendo algo más importante que cuidarse de un resfriado.

—Oiga Chinito, ¿y ese cinturón con cierre de mariposa?

—Allí estaba tirado y como sabía que se iba a ir a la basura lo conservé como recuerdo. Es de mujer, pero no importa.

Aquí trabajando he encontrado a gente que conozco desde que era estudiante de la Universidad, gente que anduvo en el 68 y veo que mantienen la misma línea de ayuda. He visto a muchos preocuparse por lo de las costureras, gente que se ha enfrentado a los patrones —peritos legales en cuestión laboral—, a Elías Serur y a otros dueños de talleres, todos ellos judíos y explotadores de las trabajadoras de la industria de la ropa. ¿Usted leyó a Shakespeare? ¿el mercader de Venecia? Se acuerda de Shylock ¿verdad? Pues Shylock es el retrato del judío mexicano, pero no me refiero a la generalidad de los judíos, sino al explo-

De los cuates pa' la raza

tador, al negrero, el de las costureras y talleres clandestinos. Porque hay gente de la comunidad israelita que mis respetos, científicos, e incluso industriales que son muy humanos. ¿No ha oído de Jacobo y José Zaindenweber? Tienen una fábrica de telas, American Textil, sus trabajadores no sólo tienen todas las prestaciones de ley, sino que están en buenas condiciones, buenas instalaciones, con horarios justos, salarios justos. Gente bien nacida. Me refiero a gente que por herencia en su genética ha recibido el preocuparse de los demás.

Muchas costureras han muerto aquí, los responsables tendrán que pagar, pero del mismo modo que aquí jamás se han aparecido los dueños de las fábricas desplomadas, tampoco he visto a ningún responsable del gobierno. A Ramón Aguirre, a ése nunca lo vi en Tlatelolco ni aquí. Y ¿a poco no hubiera sido importante que se asomara aquí a ver la monstruosidad esa de las costureras?

Antología

Tres rolas con la música por dentro...

Víctor Ronquillo

Bolero porno

Es el recuerdo de tus sabores...
la sal de la lujuria... el dulce
sexo del animal en celo

La entrada al único paraíso posible
está en tu bajo vientre
para llegar a ella hay que hurgar
la maravillosa maraña
de tu vello

Ni ángeles, ni demonios.
Animales de puro deseo.

El enésimo sueño húmedo...
sabor a ti.

17/3/2003

Este cielo no merece
la amenaza de la guerra

El batir de la voz de los poderosos
no puede levantarse
sobre las
voces de mis hijas
y sus juegos.

En el territorio del deseo,
no hay lugar para el miedo.
La guerra aparece en el espejo negro del poder
un payaso viejo y triste
incapaz para la risa y el llanto
alardea

nos declara el miedo
sita la esperanza y el futuro
El abominable hombre de la Casa Blanca
quiere apretar el botón...

Pero el cielo, las voces de mis hijas,
el cuerpo de mi mujer...
Aquí no hay lugar para la guerra.

Las palabras todas
tienen su encanto
su magia
son como pedernales
si las frotas una con otra
provocan fuego

Las palabras solas
al encontrarse una con otra
son capaces de sonar
a maravillas

Los juegos de palabras dan siempre qué decir
Y todos sabemos de la existencia de las palabras mágicas.

Palabra a palabra
se nombra al silencio

Mis palabras son tuyas
al leerlas las inventas
en este juego de versos.

Un puñado de palabras
hacen un poema
y pueden ser más que una historia.

Palabra a palabra
palabra de palabra
te doy mi palabra

Antología

Lucio Blanco

Pedro Salmerón

El hombre cuya autoridad discutía Jesús Agustín Castro, el general Lucio Blanco Fuentes era, en el verano de 1913, el más afamado caudillo militar de la Revolución. No había entonces quien compitiera con él en presencia, prestigio y poder. Álvaro Obregón tenía a sus órdenes contingentes más numerosos y acababa de ganar las célebres batallas de Santa Rosa y Santa María, pero su mando aún era discutido y estaba sometido a los directores políticos de la Revolución en Sonora. Emiliano Zapata se había ganado el respeto de numerosos militares agraristas, pero había sido desalojado de su base de operaciones, el estado de Morelos, y pugnaba por hacerse un espacio en Guerrero. Pablo González iba de derrota en derrota en Coahuila y nadie lo conocía fuera de su estado adoptivo. Pancho Villa, en fin, no era entonces otra cosa que un afortunado jefe de banda, con menos de mil hombres a sus órdenes.

En cambio Lucio Blanco tenía varios miles de hombres a sus órdenes, una aureola de prestigio y carisma incomparables, y una zona liberada sobre la que ejercía un control casi absoluto, con poca o ninguna injerencia de don Venustiano Carranza o cualquier otro jefe civil de la Revolución. Algunas de sus acciones en la zona bajo su mando lo harían famoso en todo el país, pero todo el poder y todo el prestigio que

De los cuates pa' la raza

acumuló se desvanecieron como por encanto y tuvo que reiniciar su carrera militar a mil kilómetros de distancia, donde nadie lo conocía.

¿Cómo llegó Lucio a Matamoros, base de su fuerza y de su fama? Nacido en Nadadores, Coahuila, en 1879, “un hermoso villorrio agrícola donde pequeños productores se dedicaban a la siembra de trigo y otros productos”, Lucio descendía de una prestigiosa familia del centro de Coahuila, que había dado un gobernador de Texas y un secretario de Guerra (en el gabinete de Juárez). Como buena parte de los futuros jefes carrancistas del Noreste, era de familia acomodada y con fuerte raigambre en la región, lo que le permitió cursar estudios medios en Saltillo y superiores en Estados Unidos. Se dice de él, sin pruebas, que participó en la rebelión magonista de 1906, aunque sí está probada su filiación al Partido Liberal Mexicano hasta 1909 ó 1910, cuando se unió al maderismo por invitación de don Atilano Barrera (cuya filiación magonista sí está más que probada). A fines de 1910 reclutó a un grupo de hombres junto con Luis Alberto Guajardo: el pie veterano del regimiento Libres del Norte, que tan famoso lo haría en la lucha armada. Lector voraz de novela romántica y participante activo en el magonismo, desarrollaría una actitud y un discurso que, sumados a su presencia, lo harían un jefe particularmente atractivo. ¿La presencia? Dice Martín Luis Guzmán:

Rafael Zubarán hizo las presentaciones necesarias. Muy en particular nos presentó al general Lucio

Antología

Blanco y a Adolfo de la Huerta. Blanco, con su porte noble, sus facciones correctas, su bigote fino y su sombrero de forma entre tejana y mexicana —sombrero de pelo café con visos de oro viejo, ala ancha y arriscada, copa caída hacia atrás, con dos pedradas deformes por el uso— suscitó en mí, impresión gratísima: corrieron del uno al otro, en el acto, efluvios subconscientes de simpatía.

Muchos años después, su mejor biógrafo escribió: “Es cierto: Lucio Blanco era un hombre fascinante. Fascinaba a las mujeres, fascinaba a sus soldados, fascinaba a los cronistas y fascinaba aún al que se detenga brevemente a contemplar su vida. Me ha fascinado a mí también”.

El reparto de “Los Borregos”

Lucio, mientras tanto, seguía holgando y acrecentando sus efectivos militares. Al mismo tiempo, planeaba con Francisco J. Múgica —el más influyente de su círculo una vez alejado Saucedo— un acto político espectacular aunque poco trascendente: el reparto parcial de la hacienda La Sauteña, que con sus anexos abarcaba el 10 por ciento del estado (tendría setecientas u ochocientas mil hectáreas), siendo una de las más grandes de México. En 1913, la antigua hacienda estaba constituida, legalmente, por dos compañías agrícolas, la de Colombres y la del Río Bravo, cuyos accionistas estaban encabezados por Íñigo Noriega y otros socios, de quienes se decía que eran prestanom-

De los cuates pa' la raza

bres de Porfirio Díaz y de su sobrino Félix, propietario de un anexo de hacienda llamado “Los Borregos”.

Lucio Blanco pasó al imaginario de la Revolución al instrumentar el primer reparto agrario del constitucionalismo, para disgusto de Carranza, quien consideró violados los términos del Plan de Guadalupe pero, sobre todo, porque Lucio pasó por encima de su autoridad. Pero además se ganó el respeto y la simpatía de muchos revolucionarios jóvenes, tanto los reunidos en Matamoros como —sobre todo—, los que separados por grandes distancias de ese puerto, vieron agigantarse por el rumor y sus propios deseos el acto efectivo que, en sí, consistió en el reparto de 151 hectáreas a 12 campesinos. Sin embargo, la importancia estribó no en lo repartido, sino en el precedente sentado y en las movi­lidades del reparto que creara una especie de propiedad protegida por la figura de “patrimonio familiar”.

También fue importante por el sentido político que se le dio al acto, pues en la ceremonia de entrega de los títulos de propiedad, el 30 de agosto, luego de los discursos de Francisco J. Múgica y Ramón Puente, Lucio leyó un manifiesto en el que se decía, que por fin, luego de tres años de lucha, “la Revolución comienza a orientarse en la manera de resolver uno de los grandes problemas (...) La repartición equitativa de la tierra”. Expuso que la tierra había sido acumulada por unos cuantos terratenientes porque los vicios de la antigua administración así lo habían permitido, “otorgando concesiones monstruosas a favoritos y

Antología

espectaculares”, mermando la riqueza de la patria y “matando el impulso de los humildes”.

Arrancando la tierra por la fuerza de las armas a los despojadores de ella —a los que, bajo un gobierno tiránico como el del general Porfirio Díaz, usurparon derechos y violaron prerrogativas sagradas—, va a volver de nuevo a nuestro pueblo: a los humildes, a los desheredados, para que bajo la influencia de una legislación apropiada y liberal, que dictará el gobierno emanado de la Revolución, puedan transformar, con el empeño noble de su trabajo constante, los campos incultos del país, en centros de activa producción y de riqueza.



Antología

Giordano Bruno (1548-1600)

Benito Taibo

Tener razón
pica en la garganta
nubla la vista,
quema las plantas
de los pies.

En el Campo de Flores
la multitud, sin pizca
de recato, come manzanas,
jalea
se apeñusca
buscando ver de cerca
al condenado.

Tener razón
sin duda duele.
Y no hay al final
ni el más mínimo atisbo
de aleteos de ángeles
que suelten las amarras.

En el Campo de Flores
los pétalos brillan
por su ausencia.

El hombre
desmadejado, roto

De los cuates pa' la raza

lleno de sí mismo,
ha perdido
hasta la última letra
de esperanza.

Tener razón
es, estar equivocado
(a menos que seas salamandra).

En el Campo de Flores
el humo
denso, acre, negro.
obliga a que la noche
caiga como un golpe.

Al centro de la plaza
un resplandor maldito
ilumina sin quererlo
todo.

Tener razón es
no tenerla nunca.

Al final
acabaremos
todos
junto a Giordano Bruno
en el centro mismo de la
hoguera.

Pavesas en al aire
ascuas,
escoria

Antología

cenizas
polvo
y por fin,
sólo
por tener razón
seremos hombres.



Antología

Apaches en la colonia Granjas México

Paco Ignacio Taibo II

“Sigilosos en la noche, y en el día cabrones. Como apaches”

A la salida de la reunión Severo se detuvo en una esquina a fajarse el pantalón y a rascarse los tompiates, y le dijo al Máspendejo:

—Este güey está bien loco.

—A mí sí me pasa —respondió el Máspendejo, que era parco en sus opiniones y fiel a la primera decisión.

—No, si a mí también me pasa, pero está bien lurias. Ve si no. Fuimos a buscar a un licenciado pa’ lo del registro, el licenciado nos dijo que si no éramos veinte no lo hacíamos; pa’ pronto que nos mandó a la verga, y llega este güey, por las escaleras y nos dice que no hace falta, que a puro valor y con estrategias nos cogemos al patrón. Y ahí vamos. Y ahora nos sale con lo de los apaches.

—A mí me pasa —dijo el Máspendejo. Chingo mi madre si no le hago caso.

—Se me hace que ese güey no es comunista, es orate.

—A mí me pasa —repitió el Máspendejo sonriente.

Y estaba sonriente el Gordo (que cargaba con el terrible apodo porque en esa fábrica eran todos muy

De los cuates pa' la raza

cabrones), imaginándose lo que iba a pasar un día después. Y así pasó.

La hora de entrada era a las siete y media y tenían de tolerancia diez minutos. Por eso de la desconfianza, se fueron juntando en la esquina de Avena, a una cuadra de la fábrica y allí aguantaron hasta las siete cuarenta, para luego, en la bola, avanzar hacia la empresa.

La fábrica era un galerón de 30 metros de largo, sin más división departamental que la que los muebles levantándose en pilas construían. Sillones destripados, un poco obscenos con sus fierros saliendo por todos lados, borra aventada por aquí y allá, y tachuelas por todos lados. El suelo estaba lleno de humedad y se hacían charquitos por todos lados cuando llovía. El taller de costura era una esquina del galerón, con cinco máquinas de coser y rollos de tela amontonados.

La oficina del jefe, una cueva de paredes de metal y vidrio con un escritorio y una caja fuerte. Ahí había teléfono. El teléfono a veces servía y a veces no servía. Pero valía madres, porque el patrón (y capataz) manejaba la fábrica a la antigüita, con el látigo, camioneta de reparto, botella en la noche para pagar con pumo las horas extras, pistola en el cajón del escritorio cuando las discusiones subían de tono.

El patrón había dicho, primero muerto que un sindicato. Era una fábrica chica, de 21 trabajadores, y dos eran tan culeros, o más que el patrón, de manera que con 19 no salía el sindicato.

Antología

—Te ves a toda madre, hijo —le dijo Severo al Máspendejo. Éste ni contestó, contemplando embobado el penacho de plumas de águila que tría don Ramón el carpintero.

—¿Nos encueramos? —preguntó Marcial al asesor del sindicato, un estudiante de psicología charrito que había llegado trajeado en bicicleta y que estaba quitándose los clips para no delatarse.

—A güevo. ¿Han visto alguna vez apaches con chamarra?

Severo negó muy serio. A él le había costado un güevo salir de su casa con tres tremendas rayas rojas pintadas en los cachetes y una franja ondulante de amarillo eléctrico cruzándole la frente. Su vieja estaba convencida de que no iba a trabajar, que se iba de extra a una película o a un concurso de la tele. Y él, la verdad, no tenía fuerza para explicar, pero se había juramentado y ahí estaba. Lo mismo que los otros 18. Nadie había fallado. La fuerza del juramento, o el haber tocado fondo, el haber perdido siempre, el tanto ver los amaneceres desde el fondo del barril.

El Máspendejo era rechoncho y se había pintado en la panza tres círculos concéntricos con pintura blanca.

—Mi vieja no quiso dormir conmigo —informó mientras se quitaba la camisa.

—¿Cuándo te lo pintaste?

—Desde ayer, para ensayar.

—Las armas, compañeros, no se les olviden —dijo el asesor mientras se calaba unos lentes sin au-

De los cuates pa' la raza

mento para ver si disimulaban un poco los veinte años que tenía.

Relucieron desarmadores, cuchillos de cocina, martillos tachueleros, un par de hachas de muy buen filo, algunas navajas de palmo y medio.

—Listos. Ya todo el mundo sabe lo que hay que hacer.

La columna avanzó por Avena. Un borracho que salía de La Vencedora se zurró al verlos venir de frente.

—¡Ahí vienen los pinches indios! —se fue gritando sin acabárselo de creer y jurándole a San Juan Tadeo que sólo iba a beber brandy del bueno de ahora en adelante.

Jerónimo, el Chiflas, se escondió en la bola al pasar frente a la tlapalería. Servando lo jaloneó.

—No sea puto. ¿Vamos o no vamos?

Los patrones de la pequeña industria mexicana sólo habían podido resistir en aquellos años a punta de instinto, y el famoso Mieles, propietario cincuentón de Mieles y Maderas S.A., salía hacia la calle impulsado por malas vibras que le estaban llegando, cuando se dio frente con sus 19 obreros vestidos de apaches. Retrocedió prudentemente mientras se meaba del miedo.

Luego empezó a correr y terminó encerrado en el despacho.

—¡Sobre él, sobre él! —grita Severo metido de lleno en su papel.

Antología

—No se lo acaben, compañeros, ahora me toca a mí. Fase dos —dijo el asesor.

Los apaches muebleros se fueron sobre los vidrios del despacho mostrando cuchillos y navajas, hachas y caras pintadas. Los rostros se apretaban contra el cristal deformándose. El asesor muy serio tocó la puerta con dos suaves golpecitos de nudillos.

A la media hora salió con el contrato firmando y un 75 por ciento de aumento en los destajos, promesa de baños nuevos con todo y papel higiénico, limpieza de las coladeras y retechado con impermeabilizante. Y por sacar, traía hasta un convenio para que la empresa entregara a los trabajadores diez mil pesos el Día del Niño para comprar dulces a los hijos de la plebe.

Mientras leía el convenio ante aullidos de los apaches muebleros, el patrón se estaba tomando tres aspirinas en la oficina, aún no muy seguro de lo que había pasado.

—Hay un pedo, compañeros —dijo el asesor impidiendo que la raza lo alzara en hombros— ¿Qué chingaos vamos a hacer cuando nos toque revisar el contrato dentro de un año?

—Ya se nos ocurrirá —dijo Severo mientras comenzaba a soltar la imaginación y trataba de contener una lágrima que amenazaba con despintarle las rayas rojas del cachete.



Antología

Desnudos en la calle. Hotel de paso en la madrugada. Cambio de temperatura

Armando Vega-Gil

Para Caro y Jorge la relación que los unía era una pesadilla verde y permanente: sus pleitos alcanzaban los puntos más álgidos a las cuatro de la mañana, comenzando en la cama, bajo las sábanas calientitas, tal y como lo hacen las pesadillas verdes. La ventaja con los sueños podridos es que siempre despiertas de ellos (a menos que en la pesadilla te dé un infarto fulminante) y cuando mucho quedas llorando un rato en la almohada. Pero los espectáculos de luz y sonido que Jorge y Caro armaban de madrugada no tenían el consuelo del despertar, como cuando la propia Caro sufría ese horrible sueño recurrente en el que se veía corriendo desnuda por la calle, atenazada por la angustia de nunca encontrar una esquinita o matorral donde esconderse.

Las discusiones con Jorge la animaban volver realidad estos sueños y salir disparada de la cama a la calle, así tal cual, sin ropa, pues ellos, desde novios, dormían encuerados, incluso durante las peleas invernales. A lo más lejos que llegaba Caro era la puerta. Ella quería huir de los sarcasmos crueles y violentos de él, pero el piso de loseta siempre estaba helado, así que Caro, descalza, regresaba al tapetito de la sala a echarse a llorar. Jorge se burlaba y la acusaba de cobar-

De los cuates pa' la raza

de, a lo que ella respondía lanzándole algún pisapapeles de piedra rumbo a la cabeza, sin atinarle jamás.

Pero algo ocurrió aquella noche del 24 de marzo, ¿la primavera?, en que Caro se echó a correr desesperada, ensordecida por los gritos de Jorge, abrió la puerta, bajó los dos pisos del edificio y cruzó el pasillo del zaguán con ganas de reventar y hacer culpable a Jorge por todo el mal que le pudiera ocurrir. Y salió a la calle desnuda, corriendo, para morirse bien muerta y desaparecer fulminada. En esas recordó que una tía suya, esquizofrénica y desesperada, salía trotando en cueros a la calle en sus ataques de angustia. Un terror místico se le echó encima a Caro al darse cuenta de la desmesura que hacía, pero no podía detenerse ni volver a casa, pues Jorge venía detrás de ella, con sus aullidos de loco, también desnudo.

El terror de que alguien la viera así y le gritara obscenidades o la trepara a un coche a golpes para hacerle lo peor, se fundía con la vergüenza radical y un pudor gigante ardiéndole por dentro como si se hubiera tragado una fogata entera y viva. Pero a diferencia de sus sueños recurrentes, Caro encontró una esquinita salvadora y dobló por ella, entonces un alivio absurdo le pellizó los talones y corrió aún más de prisa para alcanzar una segunda, una tercera y una cuarta esquinas por las que doblaba siempre a la izquierda en torno a su manzana.

Como en un sueño (otro sueño, éste de alivio), estaba de nuevo en la calle de su depa. Jorge casi la alcanza, pero un guijarro con sus filos se le clavó en

Antología

un pie. Caro volvió a entrar por el zaguán de su edificio, subió los dos pisos, cruzó por la puerta que Jorge había dejado abierta, se echó de un clavado a la cama y se cubrió con el edredón. Su corazón retumbaba a más de ciento cincuenta bofetones por minuto. Jorge apareció pálido, sofocado por la carrera y se le quedó a ella mirando sin dar crédito a lo que había pasado. Permanecieron callados más de un minuto, recuperando el aliento, quitándose el sudor de la cara. De pronto, Caro se echó a reír, así nomás, como la loca de su tía, y Jorge también. Rieron y rieron, se abrazaron, se pidieron perdón e hicieron el amor con una calma inaudita esa noche en que salieron desnudos a la calle, como en una pesadilla de la que despertarían al día siguiente, desnudos en la calle.

Hotel de paso en madrugada

Chayo, parada a media sala en aquel higiénico y putrefacto cuarto de hotel de la Portales, se cuestionó: ¿en qué momento la amistad se vuelve enemidad, un córtalas-córtalas para siempre? ¿Por qué la frontera entre estos dos universos excluyentes era tan poca y flaca cosa?

Chayo tenía que haber salido de la fiesta a las 11 para llegar a la terminal de autobuses de Taxqueña, tomar el último camión de la noche, y salir pitando a Acapulco para hacer su práctica de campo (¿práctica de mar?) con esbeltos peces vela, esgrimistas veloces del Pacífico que terminarían en tostadas de marlin en

De los cuates pa' la raza

algún restaurante sinaloense de la Narvarte. De esta práctica dependía su calificación final en Biología Marítima III y la requería alta para que no le degollaran su beca.

¿Qué esperas para despedirte de todo mundo?, se achacó, pero la fiesta estaba buenísima. Le gustó que pusieran en la rocola rolas retro-antidiluvianas de The Kings y T. Rex. Edith y ella se disfrutaban muertas de risa, agitando juntas los brazos como jipis de los sesentas. Miguel las calificaba con ojos sospechosos. Edith y Migue eran novios, Edith y Migue eran sus mejores amigos, sí, los amaba juntos y por separado, pero en la amistad frágil de la vida siempre ronda el gusanillo barrenador del erotismo, pensó Chayo, y si se hubiera decidido habría besado los labios de Edy y acariciado las nalgas de Migue, pero esa idea la turbó: ella, con sus 19 años encima, aún era virgen, ¡uf!

Pasó una hora más, ¡el autobús se le iba! Miguel se ofreció, ligero y neutral, a darle un aventón a la caseta a Cuernavaca: chance y alcanzamos allí al camión. Voy con ustedes, apuntó Edith con güeva. No te preocupes, yo la llevo y luego me lanzo a mi casa a dormir, estoy molido. Todos creyeron creer esta excusa débil, y Chayo salió a la carrera con Miguel. En el camino pusieron Radio Universal para seguir con el *mood*.

Al llegar a la caseta se enteraron, entre risas nerviosas, de que el camión de Acapulco había pasado hacía horas. Y van de regreso, pero no a casa de Chayo sino a la Portales, paisaje siniestro y lleno de mons-

Antología

truosa maquinaria de construcción, a Eje Central con sus moteles de seiscientos pesos la noche. Chayo tenía la piel erizada. Entraron sin decir nada al estacionamiento, de allí al *garage* con puerta corrediza. Subieron al cuarto con *jacuzzi*.

Chayo pensó con asco en las cosas que flotarían allí si abrían las llaves de agua, y le dijo a su ex amigo: —yo no voy a estar aquí un minuto más, Edy es mi mejor amiga y tú su novio. —Qué más da, Edith no tiene por qué enterarse. —Claro, no tiene por qué enterarse de que te dejé aquí para que te bañaras solo en una tina con burbujas. Y salió, con su maletita de bióloga marina, a pararse a las 3 de la mañana a la siniestra avenida Central.

Chayo sabía que perder su virginidad no era cosa de sexo deportivo y se sintió una cursi espantosa. Encima, no llegó a su práctica. Miguel no llegó a dormir a su casa pues tenía que desquitarse en el hotel su vergüenza de macho mandado al carajo, y Edith, al enterarse de que su novio no llegara a dormir, dedujo que Chayo y él habían intercambiado fluidos vitales.

25 años más tarde seguirían viéndose, desayunando una vez al mes en el Konditori, amándose, guardando un silencio denso como el frío de la madrugada que precede al asesinato, aunque supieran que se les había roto el corazón, todos contra todos, con sus consuelos por separado, a sabiendas de que ese año Chayo perdiera su beca pero no su virginidad, decidiéndose la boda de Migue y Edy, perdonándose

De los cuates pa' la raza

porque la frontera entre la amistad y la enemistad es tan fácil de saltar como el escalón de un motel.

Cambio de temperatura

Animal de costumbres y holgazán para cualquier tipo de cambio, mudanza o variación, Manuel se había negado por décadas a abandonar su oscuro departamento en la colonia Álamos, conocido por él y sus amigos como el Jacal Hiperbóreo.

La buhardilla aquella estaba en planta baja, rodeada de edificios y árboles llenos de plagas que atajaban cualquier rayito de sol, a más de que, metros abajo, metros a un lado, un manto freático fresco y la cisterna del edificio mantenían los cimientos de su condominio perennemente empapados.

Él le había hecho la broma a Inés de que podías dejar un litro de leche en el comedor y ésta no se echaría a perder durante un par semanas debido a las bajas temperaturas que habitaban el departamento: el secreto era no cerrar la ventila, —por la que el gato hacía sus entradas y salidas callejeras—, para que las corrientes de aire lamieran sillones, platos, toallas, pantuflas y el piso de losa anacrónica con sus babas de hielitos. Pero su prometida tenía una contractura crónica cuyo dolor se agudizaba con las frioleras nocturnas, debido a dos huesos mal ensamblados en el hombro y, durante la primera temporada de invierno, ella lo visitaba con chamarra doble, bufanda y un gorro andino de orejas caídas: un chuyo. Gripas y faringitis

Antología

eran las medallas que Manuel portaba con orgullo seis veces al año, e Inés, cuando su novio la invitó a quedarse a vivir en su casa, estalló.

Meses después del primer rito de enamoramiento que Manuel planeara con meticulosidad para ligarse a Inés, no quedaba ahora un solo rastro de aquella cita en el sabroso restaurante neomexicano de la Roma y sus botellas de cabernet Santo Tomás recomendados por el *sommelier* para acompañar tacos al pastor con mucha piña. Esa madrugada entraron eufóricos y mareados al Jacal Hiperbóreo para, según esto, oír un disco que él decía era la cumbre de Sigur Rós, Svefn-g-englar, y ella se echó a temblar como perro de Tres Marías. Manuel no encontró otro método para aliviar su ataque de hipotermia que meterla bajo el edredón de plumas de ganso y volver esa madrugada de temblores un hornito de pan. Estupendo pretexto. Pero el noviazgo, cansado y repetitivo, cumplía ya más de un año y había que sacar las pasiones del refrigerador. Inés se negaba a vivir con el brazo izquierdo atrofiado por el frío a perpetuidad, con sus dedos y labios en continuo morado, criogenizada toda ella como la cabeza de Walt Disney.

Luego de cien batallas en las que descubrió grietas aguanosas en los muros sur de aquel departamento-iglú, moho olorosísimo tras los cuadros colgados en las paredes, ampollas de yeso en rincones y techo, mantos de salitre en el piso del baño y pelos de gato en la cama, Inés buscó un departamento soleado en la Condesa. Los enormes ventanales de éste deja-

De los cuates pa' la raza

ban entrar hasta la sala-comedor la última brizna solar que anduviera vagando por la atmósfera chilanga, y el calor de verano se vaticinaba de crematorio. Vivir allí fue la primera condición que, de entre una larga lista sin espacios para negociaciones, Inés impuso a su contrincante. Para colmo, el gato estuvo de acuerdo. Y por fin, Manuel se mudó.

Herido de furia, día tras día, Manuel finge olvidar el bote de Alpura light 2000 en su comedor de Michoacán y Amsterdam, para explicarle a sus amigos que, obligado a dejar su pasado hiperbóreo, el amor no es más que un vasito de leche tibia..., tibia, cortada y amarga.

Antología

Invasión zombie

José Luis Zárate

Tal vez fue el cometa, un virus, la maldición. Lo muerto cobró vida. Las novelas que no terminé están aquí atormentándome.

**

Lázaro se levantó para comer cerebros.

**

No circular por ciertos sitios, cerrarlo todo, armas para protegerse. Suspiró. Y él que pensaba que la invasión zombie iba a cambiar su vida.

**

Tuvo que matar a su madre, a su esposa, a sus compañeros. Luego se sentó a esperar que la invasión zombie cubriera los rastros.

**

LA NOCHE DE LOS MUERTOS MURIENTES

Nada pudo detener a los zombies. Excepto los gusanos, las moscas, los carroñeros, las ratas, los...

**

PREJUICIOS DE CLASE

Entre los inmortales: dioses, vampiros, marineros eternos, alquimistas, qué despreciados son los zombies.

De los cuates pa' la raza

LA MALDICIÓN DE LA MOMIA

Tutankoth III va a matarlos a todos, en cuanto pueda quitarse de encima esas mil toneladas de la pirámide.

**

Cuando un mago zombie mete la mano dentro del sombrero saca un cerebro.

**

Rastros hay de lo que fueron. El policía zombie empieza a tratar de arrestar a la multitud gris por asesinato.

**

De ti sólo conservo los recuerdos y parte del cerebro.

**

Miran impasibles la masacre, las hordas devorando a los vivos, lo fantástico triunfante. Las estatuas empiezan lenta, densamente a sonreír.

**

Después de eternidades de silencio y soledad, salían de sus tumbas dispuestos a satisfacer un hambre milenaria que, ni por asomo, era de comida.

**

DÍA ACIAGO

Los muertos salieron de la tumba con un hambre milenaria. Abarrotaron restaurantes y cafés. No conseguimos mesa en ninguna parte.

Antología

La comida no satisfacía a los zombies, infectaron hamburguesas que se arrastraban por el piso buscando devorar no sabemos qué ni cómo.

**

El virus Z muere arriba de los 50 grados. Para que los zombies continúen siendo una efectiva arma no infecciosa basta con hervirlos.

**

—Amor, traje un zombie a cenar.

**

Tal vez sea yo quien no sabe integrarse, pensó el monstruo de Frankenstein al no hallarse cómodo entre las hordas de muertos vivos.

**

CÓMO TERMINÓ LA HUMANIDAD

Demostrándonos que más de cuarenta años de películas de zombies no nos prepararon para esa eventualidad.

**

El virus Z se transmite por la saliva. Por ello los zombies se pasan horas pontificándonos sobre las ventajas de no morir.

De los cuates pa' la raza

La última mujer del mundo está en su habitación. Tocan a la puerta. Balbucean:

—Cerebros.

**

El virus zombie revive lo muerto. Aquellos que lograron cerrar los imbatibles portones, se sintieron a salvo en el museo de historia natural.

**

Los muertos caminan. Los sepultados salen de sus tumbas. Una densa, hambrienta nube de polvo negro reúne a los cremados.

El Fisgón





Los derechos de autor de la presente antología han sido cedidos gratuitamente por los autores para una única edición que se regalará durante la Feria Alternativa del Libro en la Alameda.

Agradecemos enormemente este gesto de solidaridad con la actividad y con los lectores.

Brigada Para Leer en Libertad AC
Octubre 2010

Este libro se imprimió en la ciudad de México en el mes de octubre del año 2010.

El tiraje fue de 4000 ejemplares para su distribución gratuita, cortesía del Partido de la Revolución Democrática del Distrito Federal y
Para Leer en Libertad AC

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.

